



Università
Ca' Foscari
Venezia

Corso di Laurea magistrale (*ordinamento
ex D.M. 270/2004*)

in ITES – Interpretariato e Traduzione
editoriale, settoriale

Tesi di Laurea

—
Ca' Foscari
Dorsoduro 3246
30123 Venezia

La cultura de los Demonios

La traducción y su relación con la cultura
en la novela negra *Los demonios de
Berlín*

Relatori

Ch. Prof. Luis LUQUE TORO

Ch. Prof. ssa Claudia CABURLOTTO

Laureando

Linda GARGIULO

Matricola 831475

Anno Accademico 2011/ 2012

Alla mia piccola principessa, perché possa essere una donna curiosa e indipendente, ed essere domani quello che io sono oggi.

A tutti coloro che hanno reso possibile il raggiungimento di questo traguardo.

ABSTRACT

The aim of this work is to focus on the connection between culture and translation. It is not an odd claim: culture influences translation in so many different ways, from understanding to re – elaborating. For this reason we can easily say that the job of a translator is strictly linked to the cultural aspect that becomes a key player on the translation process. As we will show in the study you are going to read about, the translator task is not easy as it may seem even if it has been considered a second-level activity for a long a time. Many linguists, researchers and academic professionals as well, such as Susan Bassnett and Eugene Nida, talked about translation, defining what it is, its development process and describing the task of the leading role involved with it: the translator. Even not in a specific and detailed way, this work sketches out a general view of the translation process as a whole, focusing on the claim that it is not enough to study grammar, structural sentences or linguistic peculiarities to be a good translator, that would be a very shallow attitude and not a professional one at all. As a matter of fact, it is also necessary to have a strong cultural knowledge of the source language, knowing not only its history, social background or literature but also its political assets, costumes, traditions, and so on. In this way it will be possible to catch the linguistic hints of a text, its characteristics, being able to lead the target reader in the world of the source one.

Culture is not a static process, is a dynamic one, because culture is busy going on with life passing. We also dealt with this aspect in the following work, showing how it concretely influences the translator job, describing how culture can be defined and the way she can affect a translation. We did all this through examples taken from *Los demonios de Berlín*, a crime novel set on 1945's Berlin written by Spanish author Ignacio Del Valle, where fictional murders, mysteries and love mix with real historical events and characters. This historic aspect is one of the most culturally charged one and it forces the translator to know well about that in order to do his job in the better way. We also mentioned some linguistic problems connected with culture the translator may encounter during its working process: neologisms and special culturally charged words called *culturemas*. It had also worth a mention idiolect and problems linked to translator choices to be adherent to author writing style.

Let's enter the cultural translation world.

ÌNDICE

Introducción p. 5

Traducción:

Texto en español p. 12

Texto en italiano p. 64

CAPÌTULO 1:

Notas sobre *Los Demonios De Berlín*

1.1 El autor Ignacio Del Valle: su vida y su obra p. 116

1.2 *Los demonios de Berlín* : introducción a la novela p. 116

CAPÌTULO 2:

Perspectiva general sobre la traducción

2.1 **Introducción a la traducción: breve enfoque teórico** p. 118

2.1.1 El concepto de equivalencia p. 125

2.2 **La traducción: sus posibles definiciones** p. 130

2.2.1 El proceso de traducción y el papel del traductor p. 131

CAPÍTULO 3:

Cultura y diccionarios culturales: sus relaciones con la traducción

3.1	Cultura y traducción	p. 139
3.2	Definiciones de Cultura	p. 148
3.3	Los diccionarios culturales y su importancia dentro del proceso de traducción	150
3.4	Casos particulares	p. 155

CAPÍTULO 4:

Neologismo, Culturema, Idiolecto: la cultura y los problemas de traducción

4.1	El neologismo	p. 158
4.2	El culturema	p. 162
4.3	Idiolecto y estilo	p. 167

	Conclusiones	p. 177
--	---------------------	---------------

	Glosario	p. 181
--	-----------------	---------------

	Bibliografía	p. 197
--	---------------------	---------------

INTRODUCCIÓN

El objeto de mi análisis es la traducción de algunos capítulos de la novela negra *Los demonios de Berlín* del autor asturiano Ignacio Del Valle, joven prometedor de la escena literaria española del género del misterio. Apasionante combinación de relato bélico y novela policíaca escrita tras una documentación detallada y minuciosa, lo que ha atraído mi atención es esta mezcla de misterio e historia, porque me apasionan muchísimos los libros negros y ya tengo un conocimiento de este tema y de su lenguaje específico. A todo esto se añadió un viaje a Berlín, un lugar muy evocador que ha despertado mi curiosidad: quería conocer algo más sobre la historia de aquel tiempo, y encontré esta novela desconocida que unía el conocimiento histórico a un género que ya me gustaba mucho. Al leerla me di cuenta de que no sabía nada sobre la posición de España dentro del segundo conflicto mundial, que fue, dicho con las palabras del autor en su obra, pasar de la no beligerancia a la neutralidad y de ahí a un si te he visto no me acuerdo. En este tipo de novela el conocimiento de los hechos, los lugares y los personajes es necesario para la tarea del traductor porque permite hacer una traducción fiel y correcta. Esta es otra motivación que ha condicionado mi elección, me atraía mucho el hecho de que la cultura jugaba un papel fundamental en el proceso de mi traducción, porque también el lector de partida tenía que tener un alto nivel de conocimiento del argumento de la novela porque muchas veces, como se puede ver leyendo mi traducción o los ejemplos puestos en el comentario, el autor no explica nada, deja los términos en alemán y asume que su lector conozca de lo que se está hablando proyectándolo a otro lugar y a otra época. Me gustaba mucho la idea de recrear esta situación con el lector italiano, dándole la misma oportunidad que su correspondiente español. Un ejemplo muy interesante podría ser la descripción del palacio de la embajada española, de su particular forma en uve y del águila de San Juan, emblema de España. El lector español puede comprender de manera mucho más fácil que el italiano, su conocimiento es mucho más inmediato y por eso ha sido una tarea muy interesante trabajar sobre este pasaje de la traducción, buscando imágenes y referencias, porque se han tenido que elegir las palabras y las formas correctas para respetar el autor y al mismo tiempo el lector y sus necesidades.

Al hablar de la estructura de mi trabajo podemos afirmar que esta es muy simple. Ante todo se puede encontrar el texto en español, es decir los primeros tres capítulos de la novela,

cada uno con su propio título. Luego, aparece la traducción de dichos capítulos repartidos como en el texto de partida. En seguida llega el comentario sobre mi trabajo, dividido a su vez en cuatro capítulos que tratan los temas que más están entorno al enfoque de mi interés, es decir el aspecto cultural y su manera de influir en el proceso de traducción. De hecho, al traducir este texto encontré algunas dificultades de tipo cultural y de diferente naturaleza. Cuando se habla de cultura se entiende algo que es propio de una nación entera, que refleja su pensamiento, su manera de vivir y ese elemento cultural es fundamental: no se puede hacer una buena traducción si no se conocen los usos y costumbres de la comunidad al que el idioma pertenece, sus peculiaridades y hábitos, su historia y su sociedad. La cultura es parte integrante del estudio de una lengua; no es bastante conocer sus reglas gramaticales para conocerla profundamente y sobre todo comprenderla, se necesita una visión global de ella. Entonces, he repartido el comentario de esta manera: tras una primera, breve introducción al autor y a su obra, el segundo capítulo es una perspectiva general sobre lo que es el proceso de traducción, desde un punto de vista teórico pero también práctico, hablando de las posibles maneras en que se puede definir una traducción y del papel de un buen traductor; luego seguimos con un tercer capítulo que tiene un enfoque cultural mucho más directo, donde se habla de lo que es cultura, de su estrecha relación con el proceso traductológico y de una herramienta que podría ser de ayuda por la tarea del traductor es decir los diccionarios culturales, con casos particulares en que dichos diccionarios habrían podido aligerar el proceso. Llega como último capítulo el número cuatro, cuyo título lo explica todo: *neologismo, culturema e idiolecto, la cultura y los problemas de traducción*, es decir un viaje entre problemas concretos encontrados por el traductor y que muchas veces han sido verdaderos obstáculos por una traducción no simplemente bien hecha, sino excelente, que tenía en cuenta las elecciones del autor, su estilo y las necesidades de comprensión del lector de llegada. En todos los capítulos que acabamos de describir se pueden encontrar ejemplos de la novela y de su propia traducción, aclarando de manera concreta lo que se había afirmado de forma teórica. Entonces no es fácil hacer un buen trabajo si no nos ponemos de la manera adecuada frente al análisis de un texto, a su complejidad y a sus matices, teniendo en cuenta el aspecto cultural que le caracteriza. Eso es lo que me ocurrió también a mí a lo largo de mi trabajo: no elegí una novela sencilla porque mi texto tiene diálogos muy informales juntos a tecnicismos propios de la historia política española y mundial. En efecto, siendo un escenario bélico, militar y político específico, algunas veces no es fácil encontrar la palabra

correspondiente en una lengua que no sea el español. Por eso ha sido necesario un estudio preliminar de la novela de tipo histórico y cultural para comprender lo que el autor describía en su obra, de lo que hablaba; comprender el escenario en el que la historia se desarrollaba y en el que los personajes vivían sus vidas miserables, con efecto en los discursos que hacían entre ellos. Muchas veces, al traducir un pasaje específicamente agotador, se ha tenido que hacer una búsqueda de tipo casi enciclopédico sobre temas o elementos culturales específicos. Un ejemplo podría ser el Palacio de Santa Cruz, puesto por el autor dentro de un diálogo así, al original, sin explicar lo que es; entonces ha sido tarea del traductor conocer lo que este Palacio es y sobre todo representa, comprendiendo su importancia dentro del dicho diálogo. De forma concreta, el Palacio de Santa Cruz es la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, lo que en italiano podría tener su correspondiente en *La Farnesina* pero es bastante claro que no se puede poner así porque no se podría ser fieles al texto de partida y a las elecciones estilísticas del autor; entonces, la mejor solución posible ha sido poner simplemente *Ministero degli Esteri*. De hecho, cuando traducimos un texto de una lengua de partida son muchos los elementos culturales para tener en cuenta. Como hemos visto en la descripción del comentario de mi traducción, entre ellos elegí los conceptos que más podían haber afectado a mi novela, es decir los neologismos, los idiolectos, la falta de diccionarios propios del factor cultural y palabras específicas como los culturemas. Ligados con el aspecto cultural del estudio traductológico, son elementos capaces de crear confusión en el traductor, siendo tal vez obstáculos aunque a la traducción que parece ser la más sencilla. Por eso veremos qué son, qué ocurre y sobre todo como han afectado de manera tangible y concreta el conjunto de mi trabajo.

Al hablar del principio de mi trabajo, la primera cosa que he hecho ha sido elegir el material para mi traducción. Siendo una novela bastante larga no podía traducirla toda, por eso decidí empezar simplemente desde el principio; luego seguí hasta al final del tercer capítulo para no dejar nada incompleto. Desde un punto de vista práctico, busqué los términos que no conocía o que me creaban algunas dudas en dos diccionarios de papel: un bilingüe, el de Laura Tam, y un monolingüe, el Clave; junto a ellos he también empleado a Internet, con el sitio web de la Real Academia Española, el de Treccani para la lengua italiana y la búsquedas de tipo cultural gracias a su enciclopedia, y uno de los sitios lingüísticos más conocidos y utilizados en el mundo: Wordreference, donde se pueden intercambiar opiniones con los usuarios del sitio sobre temas ligados a la traducción de palabras o dichos específicos.

Al seguir con mi trabajo de selección y traducción, me di cuenta de que un aspecto muy interesante para tratar en mi comentario habría podido ser el cultural, entonces me puse a tomar notas sobre posibles términos, palabras o conceptos interesantes desde este punto de vista. Por eso, mi estrategia de traducción no podía limitarse solamente a una simple búsqueda lingüística o gramatical, tenía que ser mucho más. Como dice Umberto Eco, *talora si è presi dalla tentazione di dire di più non tanto perché il testo originale risulta incomprensibile, ma perché si ritiene di dover sottolineare una opposizione concettuale, strategica per l'andamento del racconto*¹. Esto es lo que me ocurrió a mí también a lo largo de mi trabajo, cuando encontraba pasajes del texto de partida que no resultaban claros o naturales en la lengua de llegada y que necesitaban de un trabajo adicional; es decir que se tenía que comprender lo que el autor quería decir y ponerlo de manera accesible al lector de llegada de la forma más natural posible. Algunas veces esta intervención se podía traducir en un cambio de la estructura gramatical de la oración o en la adición de pequeños elementos léxicos capaces de desarrollar en manera natural un discurso o un concepto. Un ejemplo muy interesante es el que se refiere al uso, por parte de Del Valle, de la antítesis suerte/mala suerte dentro de la misma oración, que no puede ser expresada de la misma manera, con el mismo juego léxico, en italiano; y es una verdadera lástima porque se pierde algo del texto de partida, pero el traductor tiene que ser ingenioso y encontrar una solución satisfactoria que en este caso es la elección de la palabra *fortuna* opuesta a *sciagura*. He elegido *sciagura* en vez de *sfortuna* porque en italiano la combinación de las dos no parecía como un juego de palabras similar al de suerte/mala suerte sino se parecía mucho más a una sencilla repetición que no es natural para nada. Otra estrategia de traducción que he utilizado en mi trabajo y que creo es muy útil dentro de un proceso traductológico completo y detallado es la de la imaginación, es decir la capacidad de imaginar una escena, la descrita por el autor, de comprender sus matices y sus miles significados y facetas. Luego, cuando tenía una idea mucho más clara intentaba recrear la misma escena en el idioma de llegada, utilizando también términos diferentes comparados al texto de partida o simplemente cambiando el orden de las estructuras dentro de una oración, pero siempre siguiendo siendo fieles al contenido semántico original.

¹ Cfr ECO, U. (2010): *Dire quasi la stessa cosa*, Milano, Bompiani, p. 107.

Vamos a ver ahora lo que ocurrió con el comentario. El tema que había decidido tratar es muy vasto, y las cosas que decir sobre ello son muchísimas: la cultura no es un elemento estático sino dinámico, que se desarrolla y sufre cambios con el transcurrir del tiempo; por eso tenía que hacer ante todo una elección de lo que habría sido el enfoque de mi trabajo. Luego se fue necesario seleccionar las informaciones de manera muy precisa, al decidir lo que habría podido ser interesante y lo que no lo era por mi objetivo. Aparte de los diccionarios ya citados y los sitios enciclopédicos de Internet como el de Treccani o el de la Gran Enciclopedia de España de la Universidad de Granada, necesitaba de material de papel para completar mi investigación. Tras varios libros, encontrados en diferentes bibliotecas italianas o comprados desde España gracias a Internet, han sido de gran ayuda elementos casi desconocidos en un proceso de elaboración de tesis o mejor, a los cuales nunca había pensado, es decir los ensayos que han sido una fuente de informaciones actuales, minuciosas y, algunas veces, divertidas, como fue el caso del ensayo del profesor José Avendaño-Inestrillas llamado *Sociedad, traducción y cultura* y publicado por Tremédica en *Panacea*, una revista de Medicina, Lenguaje y Traducción, donde el autor explica de manera muy sencilla la importancia social del papel del traductor. Todos estos ensayos me han permitido ver las cosas desde diferentes puntos de vista, del didáctico al profesional, del teórico al práctico, ofreciendo una perspectiva del tema de mi trabajo más amplia. En los libros que he utilizado por mi trabajo creo que merecen ser destacados por su utilidad los de Umberto Eco, Lucía Molina y Susan Bassnett. Empezando por el último, *La Traduzione: teorie e pratica*, se puede decir que ha sido fundamental para impostar y organizar el trabajo desde el principio porque en sus páginas se afirma lo que yo había pensado al leer y traducir *Los Demonios de Berlín*, es decir que existe una conexión muy importante e interesante entre la cultura de un país y la traducción de un texto escrito en la lengua de la comunidad de dicho país. Se dice también que la tarea del traductor desde este punto de vista no sea fácil y que no se limita solamente a un simple conocimiento lingüístico o gramatical; al principio se le consideraba como una actividad de nivel secundario pero en el tiempo ha demostrado su importancia dentro del contexto social. El libro de Molina tiene un título muy divertido: *El otoño del pingüino*. Es un conjunto de análisis de tipo descriptivo sobre la identificación, definición y traducción de los culturemas, de los problemas y choques culturales que pueden crear y de la dificultad, por el traductor, de devolverlos en la lengua de llegada. Los culturemas son un elemento léxico que me ha fascinado mucho porque creo que sean el emblema de la cuestión cultural que decidí

tratar en mi trabajo; investigar sobre ellos me ha gustado porque el trabajo de investigación lingüística se mezclaba con el conocimiento cultural y me ha permitido conocer algo más sobre España. El primer libro que había nombrado al hablar de los que más me han ayudado en mi tarea es el de Umberto Eco, *Dire quasi la stessa cosa*, una obra muy útil que por su sencillez influye en la visión del mundo y del trabajo de un traductor. El autor pone muchísimos ejemplos prácticos de su historia personal, de su experiencia como escritor traducido en todo el mundo y en muchas lenguas, y como traductor de obras escritas por otros. Mezcla todo con conceptos teóricos tratados de manera sencilla, que ayudan al traductor al hacer una buena traducción, explicando también las dudas que cualquier profesionalista puede encontrar en su camino.

Concluyendo, se puede decir que la cultura y la traducción se mezclan de manera casi perfecta en una relación interesante y que tiene miles de facetas, por eso vamos a ver lo que ocurre entre ellos.

Traducción: Texto Español

EL PRIMER DEMONIO

- ¿ Lo notas? Su alma todavía tiene que estar en la habitación.

Arturo pronunció esa frase consciente de que dos de sus tres acompañantes no se iban a enterar de la misa la media, y volvió a repetirla, esta vez en alemán. Los dos SS expresaron perplejidad en su idioma de rígidos acentos, y junto al camarada español que estaba a su lado, se emplearon en contemplar la muerte horrible, pálida y objetiva que se alzaba ante ellos. A vista de pájaro, la colosal y blanquísima maqueta de Germania, la metrópolis que Hitler proyectaba construir sobre Berlín para ser la capital del futuro Reich, se extendía sobre una plataforma que ocupaba toda la sala. Avenidas de siete kilómetros para desfiles, arcos de triunfos de más de cien metros de altura, estaciones de ferrocarril con fachadas de cuatrocientos metros de longitud..., ministerios, óperas, plazas, museos, prisiones..., todo diseñado a la medida de la gigantomanía del Führer, y, al fondo, la Volkshalle, la Sala del Pueblo, con una capacidad para ciento ochenta mil personas, con su cúpula dieciséis veces más grande que la de San Pedro coronada por una gran águila. Allí, frente a su entrada principal, ligeramente escorado a la derecha, como un macabro Gulliver, yacía el cadáver de un hombre. Estaba de espaldas, con su brazo izquierdo estirado y crispado sobre uno de los inmuebles de escayola, y su sangre salpicaba la blancura de los edificios circundantes en una composición abstracta. Antes de ver su rostro, Arturo sabía ya de quién se trataba: la persona que llevaban buscando desde hacía una hora por toda la Cancillería. Se miró la punta de las botas, como si no hubiera nada mejor que ver, y volvió a contemplar durante unos segundos la maqueta iluminada por focos que, mediante un mecanismo automático, simulaban el sol en su arco diario. A continuación posó el fusil ametrallador, se quitó las botas y, ante la mirada atónita de sus acompañantes, se subió a la plataforma y entró en la maqueta. Unos raros escrúpulos le habían asaltado inmediatamente antes de subirse y le impidieron ensuciar la blancura de los edificios. Ni siquiera notaba ya el olor de unos calcetines que llevaba puestos desde hacía tres semanas, así que con cuidado de no aplastar nada, avanzó por el eje principal sorteando el arco de triunfo e incluso las pequeñas miniaturas de automóviles que circulaban quietos por la avenida, hasta llegar al cadáver. Se agachó a la altura de su pecho y le dio la

vuelta. No hacía mucho que le habían liquidado, el olor a cobre de la sangre caliente era muy particular. Se fijó con atención; el hombre tenía uno de esos semblantes crispados que se veían en ciertos martirologios. La cuchillada limpia que le habían asestado en el corazón era suficiente motivo para tal aspecto. Arturo rebuscó entre sus ropas de civil la documentación o algo que acreditase su identidad. En el bolsillo del pantalón encontró una cartera, y en su interior su *Ausweis*; comparó el gesto desencajado con los rasgos finos y bien cincelados de la foto, y comprobó que el nombre era el mismo que les había proporcionado el oficial al mando: Ewald von Kleist, nacido en Múnich, 1897. Fallecido en Berlín, 1945, completó Arturo mentalmente. Corroborando su epitafio, en algún lugar sobre su cabeza los terremotos de baja intensidad provocados por los bombardeos afirmaban que, efectivamente, se hallaban en Berlín, un Berlín que estaba siendo tragado por una guerra atroz y borradora. Hacía ademán de seguir registrando el cuerpo, cuando a sus espaldas oyó un crujido que le hizo darse la vuelta. Descubrió a su paisano avanzando hacia él; ya se había llevado por delante una ópera, dos Volkswagen, un Wander, e iba directo a por el arco de triunfo. Arturo le fulminó con una mirada que hizo que se le congelase el paso y se le descolgara la mandíbula.

- Coño, Manolete, ¿para qué me quito las botas? – gruñó Arturo al comprobar el rastro de huracán que había dejado.

- Lo siento, mi teniente, creí que me iba a necesitar ...

- Sí – le cortó con rudeza - , te voy a necesitar para pelar guardias hasta que las ranas bailen ...

Arturo contempló al soldado Francisco Ramírez, alias Manolete; daba un poco de pena ver sus brazos flotando en un uniforme demasiado ancho, y decir que era feo era hablar en su favor, pero, a juzgar por los meses escasos que llevaban juntos en aquel fregado, era innegable que el guripa Ramírez, al igual que el torero Manolete, se ponía donde había que ponerse. Meneó la cabeza resignado.

- Eres más burro que un arado. Venga, tira para acá, y ojito con pisar más uvas.

Manolete avanzó como si estuviese debajo del agua, se arrodilló junto a Arturo y echó un vistazo.

- A este le han dado bien el pasaporte – comentó - . Le han metido el pincho por debajo de las costillas y hacia arriba.

- Por lo que parece.

- ¿Y es el cacho carne que buscamos?

Arturo le miró con cansancio; era una definición cruda pero exacta. Le mostró la documentación. Manolete leyó con dificultad, silabeando las letras.

- Es el *doiche* – confirmó -. ¿Y quién puede haber hecho el estropicio?

- A saber, en esta ciudad cualquiera puede hacer cualquier cosa. Lo único seguro es que no se encuentra un muerto aquí por nada.

- Más razón que un santo, mi teniente. Y entonces, ¿qué hacemos?

- De momento, seguir fisgando.

Siendo realistas, su labor debía haber finalizado con el hallazgo, pero una curiosidad poliédrica le urgió a explorar el cuerpo de manera metódica y minuciosa. Mientras lo hacía, recordó el requerimiento del puesto de mando apenas una hora antes de todos los hombres que custodiaban la nueva Cancillería dei Reich, tanto de la Dienststelle y el Begleitkommando como de la Kripo, a fin de peinar el edificio en la búsqueda del tal Ewald von Kleist, de poco más o menos uno noventa de estatura, cuarenta y ocho años, corpulento, moreno, sin pormenorizar más. El oficial que les había mandado, en su calidad de correa de transmisión de las órdenes, se había empeñado en no dejar traslucir sus emociones, pero a juzgar por la lividez de su rostro aquélla era una de esas misiones cuyo fracaso implicaría un despojamiento de galones, cuando no un consejo de guerra. A pesar del secreto con que habían tratado la identidad del interfecto, Arturo pudo conjeturar su calidad por la llegada que había protagonizado la noche anterior junto con cuatro individuos más en un enorme Opel Admiral, todo pintado de negro – incluso los faros, que sólo tenían una franja maquilada que proyectaba una astilla de luz de un amarillo turbio – y sin ningún distintivo, escoltado por un destacamento de las Waffen-SS. Al hilo de esas reflexiones, Arturo fue sacando de sus bolsillos marcos del Reich y *pfennings*, inútiles ya, un cortaúñas, una pequeña navaja, una fina pitillera de plata acanalada, una cartulina repleta por las dos caras de notas y tachaduras...

Arturo se tomó su tiempo y repasó la cartulina; era el programa de una boda en cuyos intersticios habían escrito ideas, ecuaciones, esquemas, esbozos, abreviaturas... sin una idea de organización, un punto central. Se tropezó un par de veces con lo que podía ser un eje sintético, una extraña palabra encerrada en un círculo: WuWa. No tenía anotaciones explicativas ni adicionales, pero estaba dibujada con una letra perfilada que podía indicar su trascendencia en medio de la velocidad caótica del resto del galimatías. Arturo andaba sopesando toda la infomación cuando un oficial entró en la sala como una exhalación; se había olvidado de los otros dos SS que le acompañaban, pero ellos no se habían olvidado de la cadena de mando. Un acto reflejo le hizo guardar la cartulina con rapidez. Al instante, el Untersturmführer Franz Schädle, jefe de la guardia de la Cancillería, se plantó en el borde de la maqueta superando la sorpresa al descubrir las botas, una de pie y otra volcada. Arturo se volvió hacia él. La tensión de los tendones laterales de su garganta indicaba un barril de pólvora en su interior.

- ¿Qué hace, soldado? – ladró.

Arturo se irguió e hizo el saludo alemán con precaución de no encender ninguna mecha.

- Comprobaba la identidad del muerto, mein Untersturmführer.

- Muy bien, aquí termina su labor. Retírense.

Manolete y Arturo se apresuraron en dar cumplimiento a las órdenes y bajaron de la plataforma. Arturo se puso las botas con rapidez y a continuación hizo un breve informe de la batida por el edificio, tras el cual abordó los aspectos más accesorios, estado del cadáver, inspección de ropa, enseres... obviando, sin una causa concreta, la cartulina. Cuando terminó, el oficial ordenó a los miembros de los SS que retirasen el cadáver; lo hicieron sin ningún atisbo de método, aplastando edificios sin miramientos, como si fuese más importante ocultar la víctima que descubrir al victimario. Seguidamente conminó a Manolete y a Arturo a levantar el campo y regresar a sus rondas maquinales, previa orden de que hicieran uso de la principal facultad de la memoria: olvidar. Tras ejecutar la salva nazi, abandonaron la planta baja de la Cancillería y se internaron en las vastas estancias cubiertas de mármol y separadas por puertas que llegaban hasta el techo. Aquel monumento al poder, levantado para intimidar e impresionar a los visitantes, ofrecía ahora un aspecto fantasmal; se habían retirado todos los

cuadros, tapices, muebles..., los techos tenían grietas enormes, las ventanas estaban tapadas con maderas... Sus botas resonaban por los amplios corredores.

- Aquí hay tela que cortar, ¿eh, mi teniente? – sugirió Manolete.

- No es asunto nuestro.

- Pero no me diga que no es raro.

- Te repito que no es responsabilidad nuestra.

- Claro, la responsabilidad era verde y se la comió un burro. En fin... – suspiró Manolete -, pero sí podemos hacer algo.

- Acabar la ronda.

- Eso aparte. Me refiero a que podríamos ir a fumarnos un pitillito a los jardines.

- ¿Estás loco? Allí se nos van a congelar las pelotas.

- Total, para lo que las utilizamos... Ande, mi teniente, que a mí esta casa me da mal fario.

Arturo no acabó de responder, parecía ensimismado; en menoscabo de su anterior indiferencia, no podía quitarse de la cabeza el cuerpo que habían dejado abajo. Se le ocurrió que, necesariamente, los oficiales tendrían que informar de los hechos en el Führerbunker de la Cancillería, y que una de las entradas más cercanas se hallaba en los jardines. No era sólo curiosidad: todo lo que aconteciera en aquel lugar era de su incumbencia, sobre todo si esa incumbencia se dedicaba a acuchillar. Se encogió de hombros.

- No nos vendrá mal un poco de aire fresco.

Manolete sonrió como un niño ante de una tarta de cumpleaños y se dirigieron a los jardines. En cuanto salieron, los dientes del frío se hincaron en su carne y se subieron los cuellos de sus capotes grises; el vapor hizo visible su respiración. Las fuentes, el pabellón de té, las estatuas, el invernadero..., todo se había volatilizado entre trozos de hormigón, árboles arrancados de cuajo y enormes cráteres. A lo lejos, der Amis, los aviones estadounidenses, seguían empeñados en demoler Berlín – por la noche les tocaba a der Tommys, los británicos

-, y en los jardines rompía, como en una playa siniestra, el fragor de sus bombardeos. Un leve olor a chamuscado hablaba de toda aquella histeria y desintegración. Saludaron a los guardias apostados ante la casamata de la salida de emergencia del Führerbunker; Manolete sacó un pitillo y Arturo le pidió uno.

- Pero, mi teniente, si usted no fuma.

- Pues hoy sí fumo.

Arturo apartó el fusil ametrallador, cogió el pitillo y dejó que se lo encendiera. En aquel mundo necesario, le había apetecido hacer algo sin finalidad práctica, un residuo de la vida normal. A la tercera calada empezó a toser.

- Estaba visto, lo suyo no es el fumeque.

- Tienes razón – corroboró Arturo apagando el cigarrillo y devolviéndoselo -. ¿Qué día es hoy?

- ¿Hoy? – Manolete soltó el humo de manera desordenada -. 14 de abril.

- ¿Y qué se sabe de éstos? – Arturo apuntó con su barbilla al cielo.

- Los americanos andan por el Elba, y dicen que los ruskis ya están dando leña en Seelow.

- O sea, que unos cerca y otros más cerca.

- En nada nos pican a la puerta.

Arturo miró el cubo de hormigón de la salida del búnker; allí, a doce metros de profundidad, se escondía ahora el antiguo amo de Europa, Adolf Hitler.

- Y de ése ni pío, ¿no?

- Desde hace un par de meses, mi teniente, pero yo ya creo que ni da ni toma... Y en nada nos van a crecer los enanos, se lo digo yo.

- En fin, a mal tiempo buena cara, Manolete.

- Lo crea o no, ésta es mi mejor cara, mi teniente.

Arturo contempló la mueca de irónica resignación que se dibujó en su rostro de Picio y sonrió con cierta tristeza. Luego estudió el búnker. Sabía que cuando Manolete miraba aquel cubo no le impresionaba, incluso sentía algo de desprecio, porque no era capaz, al contrario que él, de valorar su importancia histórica. La enorme diana en que el mundo había convertido a Berlín tenía su centro allí. La entronización del mal, la derogación del humanismo, la extinción de la humanidad, el vértigo de los dos últimos años de la derrota alemana, todo confluía allí, en su masa fortificada. Y en su insondable y humeante abismo, der Führer, en la última estación de su huida de la realidad, seguía soñando con su Germania, la ciudad babilónica que sería la capital de un imperio germano que duraría mil años, construida para que en un futuro el tamaño de sus ruinas fuesen el testamento de su grandeza, mientras sobre su cabeza el futuro ya le había alcanzado, un futuro de incendios y escombros y miles de toneladas de bombas. Arturo escupió de lado y observó a Manolete.

- ¿Qué cojones hacemos aquí? – le preguntó fatigado, descreído.

Era una pregunta retórica, pero no contaba con la sencillez de Manolete, su profunda lógica.

- No tenemos ningún sitio adonde ir, mi teniente.

En ese instante, de la puerta del búnker comenzó a brotar un remolino de uniformes negros, pretorianos de las SS que custodiaban a cuatro civiles de sombreros oscuros y gabardinas grises. Arturo les identificó como a los individuos que habían llegado la noche anterior con el muerto; el rostro de uno de ellos era difícil de olvidar, rasgos fofos, muy pálidos, y sin cejas. Sus ojos se quedaron enganchados una fracción de segundo en los de Arturo; eran unos ojos negros, achinados por el frío, y en cuyo interior se vislumbraba un abismo. El grupo desapareció con rapidez en el interior de la Cancillería.

- Aquí va a haber verbena, mi teniente – murmuró Manolete con pesimismo.

Arturo no pronunció palabra, se hallaba pendiente de un sexto sentido a flor de piel que hacía brillar con fuerza en su memoria aquella palabra, WuWa. Se quitó el casco y se lo volvió a poner, se ajustó la correa del fusil ametrallador, miró al cielo.

- Sí – terminó por responder vagamente, distraído -, y me temo que no va a acabar bien...

Una brisa perfumada, como si hubiera soplado por encima de kilómetros de campos llenos de lilas, cubrió por unos momentos el olor a chamuscado de Berlín. Terminó la frase.

- Pero ¿tú sabes de algo que termine bien, Manolete?...

TRES MILLONES DE ALMAS

El enorme gorila, enflaquecido por la escasa alimentación, observaba a los cinco soldados desde el interior de su jaula, sentado, con la más concentrada de las expresiones. Estos, hombro con hombro en posturas desaliñadas, le devolvían la mirada con idéntica curiosidad. A poca distancia, sobrevolando la mañana ligeramente nublada, se hallaba la enorme torre antiaérea del búnker del Zoo. Y al fondo, en un ángulo del Tiergarten, se distinguía la ruina más espectacular de Berlín: el gigantesco Reichstag, la sede del Parlamento.

- Y es muy fiero? – le preguntó Arturo al encargado de cuidar a los monos, un anciano que más que viejo era antiguo.

- No, no mucho, sólo ruge fuerte alguna vez. Seguro que Iván es más fiero.

Iván era el mote de los soldados rusos.

- ¿Qué dice? – se interesó Manolete.

- Que no te acerques mucho porque el bicho este ya se ha merendado a algún berlinés – le tomó el pelo Arturo.

- Ya será menos – respondió chulesco.

En ese instante el gorila pareció bostezar y a continuación soltó un bramido que le hizo saltar a todos y agotar la lista de santos y improperios. Luego volvió a observarles con gesto fruncido.

- Coño, tenía razón – afirmó Manolete.

- Venga, no se diga, que no somos ursulinas – se defendió el cabo Hermógenes Guardiola, alias Saladino, por su tez oscura debido a los años que había servido en Marruecos.

- Pero Saladino, si tú eres un saltapatrás – se choteó el soldado Gonzalo Cremada, alias el Ninfo, por lo guapo que era.

- Pues tú no te has visto la cara de susto, Ninfito – le refregó Manolete.

- Menuda banda – salmodió Arturo con fingida resignación -, vosotros sí que estáis para que os echen cacahuetes ...

Se volvieron a enzarzar pero siempre dentro del buen clima que compartían, una mezcla de camaradería, subordinación y cierta democracia, como correspondía a los pocos españoles que permanecían en el atolladero de Berlín. Era 15 de abril, un domingo frío y luminoso, y aunque Arturo sabía que aquélla era una definición civil, que no tenía sentido en aquellos tiempos porque la guerra no tenía domingos, se sorprendía de que el zoo del Tiergarten – un inmenso y frondoso parque ahora convertido en un solar arruinado – mantuviese aquella apariencia de normalidad, con berlineses aquí y allá visitando las jaulas de los babuinos, de las aves tropicales, de los canguros, de los osos ... Berlín, como todas las ciudades asediadas, se esforzaba en mantener la distribución de sus periódicos, el correo, la recogida de basuras, sus cines y teatros, la circulación del transporte público, en presentarse en punto en sus oficinas. Ellos mismos, en cuanto tenían ocasión, procuraban escaquearse de sus deberes y quedar para sellar los vínculos de su amistad a base de coñac, naipes, café, rancho o putas. Arturo llevaba ya casi un mes en la ciudad, merced a un error administrativo que le había destinado a la defensa de la capital, y que a la vista de los acontecimientos de momento le había salvado la vida. Manolete había sido usufructuario de la misma lotería. Y a Ramiro, Ninfo y Saladino los había conocido en un acto en la Embajada española, ya que servían en diversas delegaciones oficiales. Era una de esas connivencias que se forjan en situaciones al rojo vivo y por tanto mucho más perdurables, y que Arturo agradecía porque llevaba tiempo sin sentir aquella soledad habitual, la sensación de estar en la barquilla de un globo y flotar a cientos de metros sobre la humanidad. Consciente de la introspección que lo había aislado durante toda su vida, y que en el peor de los casos le volvía irascible, se sorprendía de que por primera vez los demonios no habitasen en su interior, unos demonios que ahora estaban ocupados con la ciudad de Berlín, concediéndole una tregua en su hoguera

personal. Incluso tenía una amante, Silke, una caálida y dulce berlinesa – cuyo marido, un conductor de Panzers, había sido dado por desaparecido en Kursk – con la que compartía un amor tibio, con aduanas, que sólo dejaba pasar la comprensión, cierta confianza y una compañía estable. ¿Se sentía feliz? Pensándolo con calma, más bien culpable de ser feliz.

- A propósito, Arturo, ¿tú tienes algo pendiente en la Embajada? – se interesó Ramiro, flaco como hilo de zurcir, muy discreto.

- No, ¿por qué?

- Porque hoy estabas en la agenda del secretario. Y no me preguntes cómo lo sé porque no tendría que saberlo.

Arturo respingó como si se hubiera quemado.

- Pues no, no creo. ¿Y tú no sabes nada?

- Sólo que estabas en lista.

- Ya.

Manolete también lo había escuchado y abrió la boca como un pez fuera del agua: había sido asaltado por el mismo pensamiento. Se acercó a Arturo de refilón.

- A ver si ahora algún chupatintas ha encontrado el borrón y se acabaron las vacaciones – susurró.

- No, esto lo llevan los *doiches*, y si no estamos ya jugándonos las pestañas es que no se han enterado.

Respiró hondo. Incluso él quería creerse sus palabras.

- Del amo y del mulo, cuanto más lejos más seguro, mi teniente – insistió Manolete.

Arturo impostó una sonrisa. Se dirigió al grupo.

- Y qué, ¿al final os vais a llevar a Chita de vinos?

- No lo acabo de ver yo jugando al mus – apuntó el Ninfo.

- Mejor que tú seguro que juega – se choteó Saladino.

- Puede, pero yo por lo menos respeto las reglas, moro mierda, no como otros ...

- ¿Reglas? ... – se admiró Saladino, como si el juego limpio fuera una afrenta a todos sus antepasados -. Pero ¿tú qué te crees, que esto es *Güinbledón*?

La franqueza e ingenuidad con la que había respondido provocó la hilaridad del grupo. Todos tenían claro que la tragedia marchaba a su lado, por lo que siempre agradecían una sonrisa.

- Y hay sitio donde comer? – preguntó Ramiro circunspecto.

- Sólo hay que seguir a éste – Manolete apuntó a Saladino -, que ve un potaje en una noche negra y sin bengalas.

- A ver ... – se defendió Saladino -, con el rancho científico, o sea, rácano, que nos dan ... Tengo localizado un garito en la *noséquéstrasse* que no pone sólo salchichas.

- Vale, entonces yo invito y tú pagas – concluyó el Ninfa -. ¿Cómo nos organizamos?

Por rutina, todos miraron a Arturo, que era quien ostentaba virtualmente la mayor graduación. Pero éste no contestó, tenía la mirada sonámbula de quien sólo se está escuchando a sí mismo.

- ¿Mi teniente ...? – le apremió el Ninfa con suavidad.

- Sí, disculpad ... – esbozó una levísima sonrisa de cortesía; buscó rápidamente en su reserva de mentiras -. Me temo que hoy no os podré acompañar, me acabo de acordar de que tengo asuntos en la Embajada que no admiten dilación. Tendrá que ser otro día.

Romper la disciplina de grupo le supuso una pitada colectiva que bordeaba la insubordinación, pero Arturo no tenía en cuenta aquellas oscilaciones en el tratamiento entre oficiales y tropa, por otra parte tan comunes cuando se comparten fatigas. Cortó por lo sano.

- Vale, como sigáis os empaqueto.

Fue mano de santo. Ramiro, el único que había guardado la distancia jerárquica, se le acercó solapadamente para recordarle con sutileza que ni quitaba ni ponía rey, pero que él

servía a su señor. Arturo le tranquilizó asegurándole que sería una tumba; también tuvo que limar la tensión de Manolete, a quien su firmeza anterior se le antojaba de cartón piedra.

- Voy a ver por si acaso – le resumió sin argumentos lógicos.

- Pues venga, detrás de mí al trote cochinerero – dispuso Saladino.

- Pues antes habrá que despedirse de Chita, ¿no? – les detuvo el Ninfo.

Manolete buscó al cuidador; su rostro arrugado como una verruga parecía no haber conocido nunca la juventud.

- Pregúntele cómo se llama el bicho – le pidió a Arturo.

Arturo lo hizo.

- ¿Qué dice? – le interrogó Manolete.

- Dice que no tiene nombre.

- Ah, pues qué raro, ¿no?

Todos guardaron un extraño silencio mientras contemplaban al descomunal primate. Su cuerpo y su mirada hablaban de la reluciente vegetación de una selva violenta, pródiga, asfixiante, donde no había miramientos, ni piedad, ni justicia, y donde un asesinato fascinante y colectivo era el pan de cada día. Aquel animal vaciaba de sentido la expresión madre naturaleza, negaba a los hombres, a su civilización.

- No, no es raro ... – concluyó Arturo -, qué va a ser raro ...

Arturo se dirigió a buen paso hacia la Embajada española, en el barrio diplomático del Tiergarten. En ausencia de un embajador ya evacuado por enfermedad, el conde de Bailén, primer secretario, había clausurado oficialmente el edificio dos semanas atrás, partiendo también él hacia Suiza con todos sus funcionarios, claves y documentación, pero aún permanecía en él en retén semiclandestino, cinco personas que se ocupaban de los últimos asuntos con la diplomacia alemana y de la repatriación de la colonia española. La Lichtensteinalle no se hallaba lejos, pero sí lo suficiente como para que Arturo pudiese comprobar hasta la extenuación lo mucho que se le había torcido la guerra a Alemania.

Edificios tronchados, destripados; anchas calles y avenidas llenas de baches y escombros; manzanas enteras volatilizadas ... El fragor sordo y continuo procedente del este era de tal intensidad que, en los distritos orientales de la capital, a pesar de hallarse a sesenta kilómetros del frente, las casas temblaban y los cuadros se caían de las paredes. No obstante, la defensa no era la principal preocupación de unos berlineses demacrados por la falta de víveres y la tensión, como podía confirmar Arturo en cada esquina, sino la de llenar las despensas antes de que la ciudad fuese sitiada, soportando las largas colas del racionamiento frente a las panaderías y las tiendas de alimentación. Ya en la Lichtensteinalle, Arturo salvó en embudo en medio de la calle y se plantó frente a la enorme y familiar uve del edificio, con el escudo del águila de San Juan y el yugo con las flechas presidiendo una fachada hundida parcialmente por una bomba. Llamó a la puerta y no tardó en abrir Matías, un mecanógrafo rubio y espigado al que Arturo le expuso una necesidad ficticia de consultar unas dudas sobre los haberes del ejército alemán en su época de divisionario. Matías le hizo pasar hasta la escalera de honor y después le guió por un edificio vacío hasta el despacho del secretario de la Embajada. Le conminó a esperar unos instantes en la entrada mientras era anunciado. Al poco volvió a salir y le informó – hablaba muy bajo y Arturo tuvo que esforzarse para oírle – de que el secretario le esperaba, rogándole que le permitiese guardarle el casco y las armas. Arturo no opuso ninguna objeción e incluso le entregó la Tokarev que se había traído como souvenir de Rusia. Entró en el despacho; era una habitación pequeña, fría y desnuda que producía cierta incomodidad al tiempo que un respeto debido. Sentado tras una mesa bajo un retrato del Caudillo le aguardaba Francisco Maciá, en aquel momento el máximo representante de la diplomacia española en el Reich. Vestía un traje de corte impecable y despertaba la misma impresión sobria y aséptica que su despacho. Arturo se acercó a la mesa y le saludó militarmente; Maciá se irguió alisándole el traje, salió de detrás de ella y le tendió la mano, dándole la bienvenida con una levísima sonrisa de ensayada cortesía. Arturo juzgó que el secretario era no mucho de todo, alto pero no mucho, fuerte sin llegar a robusto, bien parecido aunque no exactamente guapo. Èste le acercó una silla, le invitó a sentarse y volvió tras la mesa.

- Es una afortunada casualidad que se haya acercado usted a la Embajada precisamente hoy – comenzó con estudiada lentitud -. Ya me han comunicado que tiene un problema con las soldadas, pero yo le iba a hacer llamar para otro asunto.

Arturo se reacomodó en la silla, se desabrochó parcialmente el capote de lana y rayón, y mantuvo una máscara de mansedumbre.

- Usted dirá.

- ¿Puedo ofrecerle primero un café? Es café café, no se preocupe.

- Hace tiempo que ni lo huelo. Se lo agradecería.

Maciá efectuó una rápida llamada por una línea interior y retomó su discurso.

- Bien, antes de empezar querría aclarar algunas cosas – carraspeó -. Usted se ha ganado una merecida reputación en el seno de la extinta División Azul a raíz de los desafortunados incidentes acaecidos en el sitio de Leningrado. No obstante, ¿cuál no fue mi sorpresa cuando desde España me encomendaron este pequeño asunto con órdenes expresas de que fuese el teniente Arturo Andrade Malvido quien se encargase de él? Es evidente que en el palacio de Santa Cruz saben quién es usted, lo que no me resultó tan evidente fue que yo pudiese localizarle, y más teniendo en cuenta la repatriación de la División. Puedo asegurarle que mi sorpresa se convirtió en desconcierto cuando me informaron de que usted se hallaba en Berlín y, si seguía vivo, debería ponerme en contacto de inmediato – hizo una pausa -. Por lo tanto, mi primera pregunta es: ¿qué hace usted aquí todavía?

Era una buena pregunta. Arturo recapituló mentalmente los últimos dos años de su vida. Tras resolver los tenebrosos crímenes que se sucedieron en la División, gracias a los cuales había sido rehabilitado en el grado de teniente, había sobrevivido milagrosamente a la masacre sufrida a manos de los soviéticos en Krasny Bor – más de dos mil españoles habían caído en las primeras veinticuatro horas; y todavía tenía pesadillas con la salvaje lucha cuchillo en mano que había librado con uno de ellos -, y más adelante a la hemorragia de la batalla por la orilla occidental del río Ishora. A esas alturas de la guerra, finales de 1943, cualquier tipo de ideología que hubiera albergado el régimen en España había sido condenada a una búsqueda insaciable de poder, su conquista y su conservación, por lo que todo el altar ricamente decorado de la lucha contra el comunismo y la hermandad germano-española estaba siendo desmontado por la amenaza de la aplastante superioridad militar soviética, la presión británica y norteamericana y la alarmante debilidad del Eje. El vuelo ya constante de las Furias sobre Alemania provocaba que las ratas empezaran a abandonar el barco, y durante

el repliegue de la Wehrmacht, desde el extremo más lejano de su avance oriental y occidental hasta el mismo corazón del Reich, España había pasado de la no beligerancia a la neutralidad y de ahí a un si te he visto no me acuerdo. La primera víctima fue la División Azul, que había sido repatriada dejando dos pequeños contingentes voluntarios para salvar la ropa, la Legión Azul y la Escuadrilla Azul, más adelante también demasiado peligrosos para la salud patria, y finiquitados en apenas unos meses permitiendo quedarse únicamente a los guripas que quisieran alistarse por su cuenta en la Wehrmacht o las SS, acerca de los cuales el Estado español se lavaba las manos. Llegado a este punto, ni siquiera Arturo sabía exactamente por qué continuaba al borde de aquel abismo. No tenía motivos ideológicos ni presiones jerárquicas, podía haber cogido aquel tren en Nikolajevska y regresar a Madrid para reintegrarse tranquilamente en un plácido quietismo militar. Sin embargo, había preferido enrolarse en la Legión y, más tarde, en la brigada belga de las SS de Léon Degrelle, la Wallonie, como simple granadero, luchando con gran quebranto en Pomerania contra las vanguardias soviéticas. Trasladado a Potsdam, allí se había encontrado con la Unidad Izquierda, un grupo de combate que los alemanes le habían encargado formar al capitán Miguel Izquierda, y que encuadrado en las Waffen-SS sería destinado a la defensa de Berlín, tras el cual, mediante algún sortilegio burocrático, había terminado sirviendo en la Cancillería. ¿Por qué?, se preguntaba, ¿por qué continuaba dando vueltas como una mula atada a una muela? No tenía certidumbres; quizás la guerra se había convertido ya en un estado de conciencia, un estado primitivo y hipnótico que le mantenía atado a una sensación de misterio, peligro y belleza. Quizás.

- Debemos impedir que las hordas de mongoles invadan Europa, luchar hasta el último segundo contra el bolchevismo – mintió finalmente.

Maciá le miró como si estuviera intentando reconocerse en los añicos de un espejo. Si sacó alguna conclusión, se la guardó para él.

- En estos tiempos tan críticos y difíciles es muy loable que haya hombres como usted – respondió -. La patria está al tanto de su elevado espíritu y se siente orgullosa, teniente. Esta batalla puede que esté perdida, pero seguiremos luchando en esta Cruzada donde, cuando y siempre que sea necesario contra los enemigos de España. Y ahí es donde entra usted de nuevo.

- ¿En qué puedo ser útil?

Maciá no perdió tiempo; arrió la bandera neutral e izó otra negra con dos tibias y una calavera.

- Iré al grano – dijo poniendo las manos sobre una carpeta de cuero -. Alemania tiene perdida esta guerra, y la situación de España en el momento presente es, cuando menos, delicada. Por un lado, el país depende del petróleo que le suministra Estados Unidos, y por otro hay entre los Aliados desafectos que han interpretado mal nuestro empeño en luchar contra el comunismo, *incluso* al lado de los alemanes, y que están empeñados en tomar represalias. A esto debemos añadir que dentro de España existen ciertos elementos ... – Arturo supo que había obviado su continuación: falangistas -, ciertos logreros y oportunistas que continúan intrigando en contra del Caudillo. Así las cosas, la patria ha de tener cuidado porque todo compromete; incluso su presencia aquí, luchando por el Reich, la compromete. De hecho, usted no existe.

Maciá le miró con gravedad, aguardando el efecto de sus palabras.

- Soy consciente – convino Arturo.

- Créame, eso añade más quilates a su oro. Sin embargo, los buenos nadadores siempre se ahogan y con esto quiero decir que hay que ser previsores. Usted habrá oído los rumores ...

- ¿Qué rumores?

- WuWa – respondió Maciá con un tono grave.

Arturo sostuvo su mirada una fracción de segundo más de lo conveniente. Colocó el puño en su boca y carraspeó.

- ¿A qué se refiere?

Justo cuando Maciá se disponía a contestar picaron a la puerta. El secretario dio su permiso y Matías entró con una bandeja y dos tazas de café, que dejó humeando sobre la mesa. A su lado colocó un azucarero y dos cucharillas. Junto con el sabroso olor del café, Arturo olfateó otro aceitoso, proveniente de las manos de Matías, que seguramente habría

estado trasteando en su Underwood. Pidió permiso para retirarse y cerró la puerta con cuidado.

- WuWa – repitió Maciá acercándose su taza -, las *Wunderwaffen*, las armas maravillosas.

Arturo congeló el gesto de echarse azúcar en el café. Se reprochó no haber relacionado la palabra escrita en la cartulina que guardaba en el bolsillo con aquel desesperado mito nazi.

- Pero eso es un cuento chino – continuó con el repertorio de ademanes para endulzar su café.

- Eso parece. Goebbels lleva advirtiendo desde hace meses de la existencia de nuevas e increíbles armas que cambiarán el curso della guerra. Asegura que la Wehrmacht está esperando a tener los rusos más cerca para hacerles caer en una trampa, pero aparte de los cohetes V1 y V2 y de los cazas a reacción Me-262 no se ha visto nada maravilloso y, por supuesto, las antedichas no están cambiando nada.

- No es más que una invención del señor Goebbels para dar moral a la población.

- Lo más probable. Incluso cuando Mussolini visitó en abril del año pasado al Führer en el castillo de Klessheim, y tuvimos constancia por el mismo Ciano de lo que allí le aseguró Hitler ... – abrió uno de los cajones de su mesa y sacó un folio que centró sobre la carpeta de cuero -, cito literalmente: “Tenemos aeroplanos a reacción, tenemos submarinos no interceptables, artillería y carros colosales, sistemas de visión nocturna, cohetes de una potencia excepcional y una bomba cuyo efecto asombrará al mundo ... – aquí titubeó -. Todo esto se acumula en nuestros talleres subterráneos con rapidez sorprendente. El enemigo lo sabe, nos golpea, nos destruye, pero a su destrucción responderemos con el huracán y sin necesidad de recurrir a la guerra bacteriológica, para la cual nos encontramos igualmente a punto. No hay una sola de mis palabras que no tenga el sufragio de la verdad ...”. Repito, incluso cuando supimos de esta entrevista, no se le dio demasiado crédito.

El silencio ulterior a las palabras de Maciá se elevó como durante la consagración de una hostia. Arturo no dejó de remover el café en el sentido de las agujas del reloj. Dio un corto sorbo.

- Un café excelente – ponderó -. ¿Y bien?

- Como digo, todo esto no tendría vuelta de hoja si no fuera porque nuestro servicio de información en Italia nos remitió hace poco cierto informe acerca de un tal Luigi Romersa.

- ¿Debo conocerle?

- No necesariamente. Es un periodista, fue enviado por el Duce en octubre con una misión especial: viajar a Alemania e informarle de cuánto había de verdad en las palabras de Hitler.

- ¿Y cuánta verdad había?

Maciá se rascó la barbilla en un gesto de especulación.

- Bien, he aquí el problema: que sobran opiniones y faltan criterios. Los datos son imprecisos, genéricos ... Nuestros agentes afirman que el tal Luigi regresó impresionado hablando de fábricas subterráneas tan grandes como ciudades llenas de artefactos prodigiosos y de cómo fue testigo de la prueba de una misteriosa bomba, denominada bomba disgregadora, capaz de destruirlo todo en kilómetros a la redonda.

- Ya – asintió Arturo con escepticismo, dando un sorbo -. Otro cuento de hadas, supongo.

Maciá guardó el folio en el cajón y movió la cabeza como si llevase mucho tiempo sin hacerlo.

- Bien, nosotros debemos ser consecuentes con los hechos, y éstos son que en Normandía el SHAEF informó de la destrucción de veinticinco carros de combate británicos por un solo Tiger, un extraño modelo. Los Me-262 volaron el puente de Remagen sobre el Rin a base de bombas que parecían buscar el blanco. La infantería norteamericana descubrió a un francotirador que disparaba de noche y les causaba bajas reales, es decir, que podía ver en la oscuridad. Son casos aislados, excepcionales, pero están comprobados, son hechos – repasó la línea de sus cejas y continuó - : A la luz de estos datos también cobraría sentido la extraña seguridad con la que Mussolini afirmó en su alocución de diciembre en Milán, su último discurso público, que los alemanes atacarían de forma inminente las ciudades de los Aliados con bombas capaces de arrasarlas enteras. Y en febrero de este año, también en su último

discurso radiado, Hitler pide a Dios que le perdone por hacer uso de un arma demoleadora y definitiva.

- ¿Y por qué no la ha utilizado ya? – preguntó Arturo categórico.

Maciá evaluó su interrogación con calma. Respondió con otra pregunta.

- ¿Se ha preguntado por qué el pueblo alemán resiste de esta manera tan irracional, tan feroz?

- Supongo que por un lado disciplina y por otro miedo a los rusos.

- Puede ser. ¿Y por qué los Aliados han multiplicado sus misiones de bombardeos tan cerca ya del final y han ordenado a sus generales que se den prisa en tomar Berlín?

- Ganas de acabar la guerra.

- También puede ser que la Wehrmacht necesite tiempo para ultimar lo que tenga que ultimar. O que ya lo tengan listo y aguarden a que los rusos estén más a tiro, y que todo esto ya se lo hayan olido los Aliados, y por ello estén nerviosos y actúen en consecuencia...

Guardó un silencio que remitía a una de esas ausencias que lo condicionan todos: la bomba disgregadora. Arturo terminó su recio café, el mismo que estaba enfriándose en la taza intacta de Maciá.

- ¿Para qué me ha llamado, señor secretario?

- Es muy sencillo, teniente: para tener un criterio en vez de una opinión. Nuestro deber es salvaguardar la integridad de España, y si hay alguna posibilidad por pequeña que sea de que el nuevo orden en el que deberá moverse la patria no sea el que está previsto, nosotros debemos considerarla. Dios siempre está del lado del ejército más fuerte, y España siempre está del lado de Dios, ¿estamos de acuerdo?

Arturo lo juzgó una muestra sofisticadísima de cinismo.

- Totalmente – contestó tendencioso.

- Usted se halla ahora destinado en la Cancillería y es de los que saben mirar, pero también de los que no tienen miedo a ver. Durante el tiempo que la delegación permanezca a

Berlín será nuestros ojos y nuestros oídos, y nos mantendrá al tanto de cualquier cosa que tenga relación con el asunto que nos atañe. Por descontado, si usted regresa a España todo esto se le tendrá en cuenta en su debido momento.

- Comprendido. Estoy a sus órdenes.

Maciá abandonó entonces el arquetipo de diplomático; era evidente que tenía una inteligencia llena de matices, o al menos creaba la ilusión de ello, y Arturo adivinó que no le iba a costar nada pasar a un tono más cálido sin patéticos gestos de intimidación ni intentos de falsa amistad.

- Muy bien, teniente, ¿necesita usted algo?

- ¿Presumo que si lo necesito puedo recurrir a usted?

Maciá reflexionó sobre su pregunta con el mismo cuidado con que se manejaría una pluma que perdiese tinta.

- Dentro de nuestras limitaciones, y de una manera no oficial, sí puede – concluyó; luego abrió otro de los cajones y extrajo un grueso sobre color manila que colocó justo en el centro de la carpeta de cuero -. Son dólares, seguro que le podrán ayudar en una situación apurada. Matías también le hará entrega de una radio para ponerse en contacto con nosotros cuando todo se ponga imposible; le sugiero que la guarde en lugar seguro. Y a propósito, teniente, no me quedaría a gusto si no le comentase una cosa más.

- Le escucho.

Las siguientes palabras de Maciá le sorprendieron por su franqueza.

- Mire, esta ciudad se va a convertir en un infierno. Aquí hay tres millones de almas condenadas. Y a no ser que ocurra un milagro, los rusos van a vengarse por lo que los nazis hicieron durante la ocupación; de hecho, ya han demostrado las abominaciones de que son capaces en Prusia, en Silesia, en Pomerania ... Usted estuvo en Pomerania, ¿no es verdad?

Arturo recordó las inmensas caravanas, la riada homérica de mujeres y niños, famélicos, aterrorizados, que huían de los *frontoviki* soviéticos; el clima inmisericorde; las

atrocidades, los saqueos, las llamas, la sangre a borbotones de una lucha febril y sin cuartel, siempre en retirada a través de bosques cubiertos de nieve.

Asintió sin replicar y Maciá lo interpretó como un gesto para que siguiera.

- Además, en la ciudad hay trescientos mil extranjeros trabajando, esclavos, caballos de Troya, y entre ellos muchos rojos españoles esperando para resarcirse de la guerra que perdieron. Créame, aunque Hitler esté en las últimas, lo único que les contiene es el hábito de saltar cuando restalla el látigo y en cuanto acumulen el suficiente valor para darse cuenta de que ya no hay nadie para manejarlo van a saquear, robar, asesinar, violar ... Lo harán, y lo harán a conciencia, no le quepa duda. La delegación no se va a quedar mucho tiempo, cinco o seis días más a lo sumo. Tenemos un avión en Tempelhof preparado para evacuarnos a Dinamarca en cuanto las cosas se pongan feas. Con esto quiero decirle que si al final considera la lealtad a los alemanes como una cuestión de fechas, y atendiendo a su calidad especial, siempre habrá un hueco en ese avión para usted.

Arturo esbozó una sonrisa esfumada. Definitivamente, se replanteó, lo de Maciá no era un refinado cinismo, sino únicamente una manera de adelantarse a los hechos.

- Muchas gracias, señor secretario. Lo tendré en cuenta. Aunque de momento, creo que Berlín es un lugar tan bueno como cualquier otra para esparcir mis cenizas.

- Es su decisión. En fin, creo que sólo nos queda lo suyo ...

La desorientación de Arturo fue el tercer invitado de aquella reunión.

- Sí – encadenó Maciá -, sus haberes ...

- Ah, es cierto ...

- Si todavía desea informarse sobre ellos – Arturo no adivinó si su “todavía” iba con segundas -, hable con Matías. Bien, ¿necesita algo más? ¿He olvidado algo?

Arturo tenía claro que la franqueza sólo es una virtud cuando se manifiesta hacia los superiores jerárquicos.

- Comida – dijo sin vacilar -. Si pudiesen proporcionarme algo de comida se podría aguantar mecha.

- Por supuesto.

Maciá acompañó su respuesta con el gesto de a quien no le importa que le pongan ciertos puntos sobre las íes, y se levantó con desenvoltura, dejando clara su calidad sin remarcarla. Se planchó el traje con una mano y extendió la otra. Arturo se cuadró primero militarmente y luego le dio la mano.

- Pues vista, suerte y al toro, teniente.

Que Maciá citase el lema de García Morato, el famoso as de la aviación nacional durante la guerra civil, no confortó demasiado a Arturo, visto el calamitoso final que había tenido. Guardó el sobre y con él, bien lo supo en ese momento, cualquier esperanza de ser salvado.

Sin necesidad de comentárselo y junto con su impedimenta, el esbelto Matías le hizo entrega de una pesada radio, que Arturo se colgó como una mochila, así como – tras confirmar la orden de Maciá – de un paquete con comida. Para salvar las apariencias, se consideró obligado a hacer una consulta acerca de las soldadas que todavía podía deberle el ejército alemán, y a continuación se dejó conducir hasta la puerta. En el exterior se encontró con un frío que le ensartó como una pica y con aquel malestar casi físico en el aire. Se colgó la Schmeisser del cuello, comprobó el estado de su Tokarev, y dejó que su imaginación contemplase a las Furias que, con sus alas de diosas negras, permanecían posadas en las cornisas de Berlín. Los antiguos tenían tanto miedo a aquellas feroces deidades que no se atrevían a nombrarlas, y las llamaban con ironía las Euménides, las bondadosas. Pero Arturo no temía llamarlas por su nombre, una por una, mientras le vigilaban con sus enormes ojos como canicas negras y brillantes, Tisífone, Alecto, Megeira ...

Lo primero que debía hacer era encontrar un lugar seguro para guardar la radio. Aparte del riesgo que suponía para el aparato pasear con él por una ciudad que estaba siendo bombardeada con la intención de que sus restos pudieran colarse por una raqueta de tenis, la neurosis de Goebbels por la quinta columna y los derrotistas había llenado la capital de patrullas de SS que ejecutaban juicios sumarísimos sin pestañear, y para los que, en un día cruzado, un españolito con un transmisor de radio, y por mílite que fuese, podía ser culpable

de estar haciéndole un informe a Iván sobre las defensas de Berlín. En esas reflexiones estaba cuando al entrar en la Potsdamer Platz observó cómo un Kübelwagen descubierto, el robusto jeep alemán, se detenía de una manera casual que no tenía nada de casual pocos metros más adelante, montándose sobre la acera. A su lado, pintada sobre una pared, había una advertencia tan tranquilizadora como un cuervo negro: TOD UND STRAFE FÜR PFLICHTVERGESSENHEIT, “Muerte y castigo a todo el que no cumpla con su deber”, y en sus asientos, dos SS vestidos con abrigos negros para que todo el mundo recordase de quiénes se trataba y cuáles eran sus intenciones. Arturo vio perfectamente el cepo, pero dudó si meter el pie. Aquellos dos venían sin duda a por él, la duda era por qué. Lo único que se le ocurría era la cartulina que tenía en el bolsillo de la guerrera, y de confirmarse significaría que no iba a tardar en verle los pies al Cristo Crucificado. A pesar de estar pelado de frío, sintió el sudor arrollándose por la espalda; no obstante, ni se planteó escapar, y con su mejor cara de quien no tiene nada mejor que hacer mantuvo sus piernas funcionando como pistones en su dirección. Cuando llegó a su altura uno de los SS, un Scharführer con unos rasgos tan bastos que la evolución parecía haberle pasado por alto, se puso de pie apoyándose en el parabrisas y le dio el alto. Arturo se detuvo e hizo el saludo nazi.

- Identifíquese – ladró el SS.

Arturo se dio cuenta de que era un requerimiento impostado, pero le siguió el juego y se identificó. También tuvo que responder a un par de preguntas, una de rigor y otra impertinente acerca de su origen y destino así como de su lealtad al Führer. Cumplimentada la batería de interrogaciones, el compañero – que una vez apeado del vehículo, y a pesar de ser muy alto, parecía bajo de tan fuerte – abrió la puerta trasera y hablándose como si le importase convencerle le informó de que llevaban toda la mañana buscándole con su foto pegada al parabrisas, y que tenían órdenes de que les acompañase: alguien quería hablar con él. Aquel singular aprensivo, sombrío, dejaba entrever una cita tan fría como la superficie de una mesa de mármol.

- ¿Adónde hay que ir? – inquirió Arturo

- Prinz-Albrecht-Strasse.

La simple mención de aquellas tres palabras provocó que Arturo temiese que, junto con el rancio sudor de su capote, los SS pudiesen oler el miedo que le atenazó de repente.

Asintió y pensó con cierto cinismo que aquel día parecía ser el tipo más popular de Berlín. Sin mediar palabras se montó en el Kübel, que tras un portazo arrancó dando tripazos entre los socavones de las calles berlinesas. Durante el corto trayecto por el distrito gubernamental, Arturo, con el rostro cortado por el frío y la mano en el casco de acero, consideró que el miedo estaba diseñado para ayudar a sobrevivir, era algo natural, uno tenía que manejarlo, sobre todo si le llevaban al número ocho de la Prinz-Albrecht-Strasse, sede de la Reichssicherheitshauptamt o RSHA, la Oficina Central de Seguridad del Reich. En el antiguo palacio se combinaban las oficinas del Sicherheitspolizei o Sipo, la policía de seguridad, que comprendía a la Kripo, la policía criminal, y a la temible Gestapo, la policía política. Y era desde allí desde donde, de una manera eficaz, metodológica, se había organizado un terror que había quemado hombres y abrasado fronteras durante seis largos años. Tras dejar atrás hileras de fachadas decimonónicas el Kübel se detuvo frente a su puerta principal, asimétrica al igual que el resto del edificio debido a los bombardeos. Al bajarse del vehículo Arturo fue encajonado por los dos Schutzstaffel y conducido al interior. Tras un control de seguridad ascendieron por una inmensa escalera hasta un vestíbulo que hacía de sala de espera, con un techo abovedado y tres inmensas ventanas en forma de arco. En los espacios entre ellas descansaban los bustos de Hitler y Göring. Era la primera vez que pisaba el interior de la RSHA, la Casa de los Horrores, como la habían bautizado los berlineses, y frente a la energía oscura, el inmenso latido de sombra que su imaginación había esperado encontrar, se sorprendió puerilmente de la eficacia industrial que se respiraba en sus pasillos, una minuciosidad de archivos por triplicado que, mezclada con una crueldad primitiva, había tenido unos efectos devastadores sobre Europa. Únicamente un algo febril, apresurado en sus movimientos, indicaba la tragedia que se cernía sobre ellos; era evidente su conciencia de que en el libro en que los rusos tenían anotada la gente con la que había que saldar cuentas, las SS tenían reservado un capítulo entero, por lo que una de las causas primordiales de todo aquel babel era la destrucción exhaustiva de documentos. Algunas puertas abiertas y cerradas de improviso delataban las escenas que en ese momento se estaban repitiendo en todas las oficinas y departamentos de la Allgemeine-SS a lo largo del Reich, la eliminación sistemática de miles de tarjetas color marrón rojizo de los registros personales, dossieres, autorizaciones firmadas, órdenes ..., rastros de una responsabilidad que aumentaba a medida que se alejaba de los hombres que sostenían las armas. Pero, sobre todo, se deshacían de las pilas de *Dienstaltersliste*, un volumen secreto que se elaboraba varias veces al año con las listas

jerárquicas de los oficiales de las SS, con nombres, destinos, cargos, condecoraciones ... Definitivamente, una pera en dulce para las guadañas del SMERSH soviético. No obstante, la bestia, aunque herida y acorralada, aún respiraba, y durante un tiempo indeterminado Arturo iba a tener la cabeza entre sus fauces. Sus escoltas se detuvieron en un despacho, y cuando quiso darse cuenta se encontraba ya de camino hacia los sótanos del complejo.

- Es aquí – le informó el SS que parecía el poli bueno de la pareja.

Picaron en una puerta metálica cubierta de ronchas de óxido y les abrió otro miembro de aquella orden negra, un tipo con ninguno de sus rasgos especialmente marcado, que llevaba la guerrera desabrochada en parte y salpicada de lamparones oscuros. El olor del pánico asaltó a Arturo de inmediato: el aire saturado de mierda, sangre, orina y sudor, con el añadido característico del aroma dulzón de las salas de interrogatorio que se intentan lavar continuamente de todo lo anterior. Sus acompañantes consideraron cumplida su misión y dieron media vuelta sin despedirse; Arturo entró entonces en una de esas habitaciones sin ventanas que se encuentran en las pesadillas y de las que se logra salir entre gritos de madrugada y empapado en sudor. En el centro de la estancia, apenas iluminado por una luz con tonos whisky, mortencina, había un hombre desnudo sentado en una silla negruzca anclada en el suelo. Tenía correjas y anillos que mantenían atrapados sus tobillos, muñecas, pecho y cabeza. Un manojito de cables salía de detrás hacia una especie de mostrador donde otro SS con cara de bulldog y los brazos muy largos controlaba el voltaje. De pie, a su lado, un Hauptsturmführer con las piernas arqueadas, como si hubiera servido en caballería, y un rostro errabundo que no se decidía por el aburrimiento o la pereza. Parecía ser el director de aquella inquisición. Y en una esquina, una presencia en penumbra que Arturo no acababa de distinguir: en su vida, Arturo había aprendido a temer sobre todo a esas presencias. Se puso firme con un duro sonido de botas entrechocadas y el brazo alto.

- ¿Ve lo que les ocurre a los enemigos del Reich? – le preguntó el capitán con una mirada extraviada sin devolver el saludo.

Arturo se limitó a adoptar el gesto que la gravedad de la situación requería.

- Deje la mochila y su arma y póngase cómodo. El espectáculo lo merece.

Arturo cumplió la orden y dejó el macuto, el casco y el fusil ametrallador contra la pared. Contempló a aquel desgraciado. Resultaba difícil mirarle, parecía un cadáver listo para una sesión de anatomía si no fuese porque todavía seguía respirando. Era un individuo fuerte, con mucho vello, y su rostro tumefacto por los golpes hacía difícil su identificación. Su cuerpo estaba cubierto de verdugones violetas salpicadas por gotitas de sangre. El capitán movió la cabeza y el hombre fue lanzado hacia delante con los ojos en blanco por una fuerza demoladora que le machacó cada nervio de la cabeza a los pies. La electricidad hurgaba con miles de alfileres en los poros de su piel y convertía sus ojos en bolas de fuego. Luego volvió a aplastarse contra el asiento, como una marioneta con los cables relajados momentáneamente. A pesar de todo no había gritado, sino que había intentado mantener su orgullo a base de gruñidos; eso y que no pedía compasión indicaba horas o días ya de continuo calvario, desmayos, vómitos, palizas... Un acto de barbarie obscena y reconcentrada que alcanzaba su punto álgido en un detalle del que Arturo acababa de percatarse. Frente al martirizado habían colocado un espejo de cuerpo entero para que pudiese contemplar su miseria, verificar segundo a segundo el despojo en que se iba convirtiendo.

- Yo soy el Hauptsturmführer Friedrich Möbius – le informó el capitán -, y nuestro invitado es el sargente de Rangers Philip Stratton, un comando norteamericano que cayó en las afueras de Berlín, cerca de una granja. Fue apresado por los dueños en el establo. Tuvo suerte, no le mataron allí mismo -. Arturo observó el cuerpo desollado del americano: en efecto, había tenido suerte, una mala, malísima suerte-. En un principio se hizo cargo la Gestapo, pero al incautarle un mapa de Berlín con diversos puntos señalados, entre ellos la Cancillería, y después del crimen cometido ayer, pensaron que a lo mejor nos interesaría más a nosotros.

- Comprendo, mein Hauptsturmführer – le interrumpió Arturo con aplombo, disimulando el rabo entre sus piernas -, lo que no entiendo es para qué me ha mandado a llamar.

- No sea impaciente, permítame que le explique – Arturo asintió -. Herr Stratton lleva unas horas disfrutando de nuestra hospitalidad, y aún le quedan unas cuantas más, me temo. Si no fuese tan obstinado, nos habría ahorrado ya mucho tiempo, ¿no es cierto, Herr Stratton?

Tras la pregunta, hizo una seña imperceptible con el mentón que fue convertida por su subordinado en un estallido de electricidad. El comando volvió a combarse de una forma inverosímil y al instante un olor fétido anegó la habitación. Los músculos de Stratton habían cedido sin poder retener sus excrementos. El SS que les había abierto la puerta bromeó tapándose la nariz y buscó un vaporizador de perfume con el que roció el aire.

- Eso ha sido una grosería, Herr Stratton – le reprochó el capitán sin la menor ironía -. Bien – prosiguió-, hemos podido averiguar que su visita tiene que ver con el entorpecimiento del esfuerzo de guerra alemán. Ya vimos lo que hicieron los británicos en las fábricas de agua pesada de Noruega y en las de cohetes en Peenemünde. Claro que aquí no hay agua pesada ni cohetes. ¿Qué venía usted a buscar, Herr Stratton? Dígaselo al señor Andrade.

El comando movió la cabeza infinitesimalmente, pero no respondió.

- Vamos, ya nos lo ha dicho una vez, no sea tímido. No querrá que le demos más luz.

- Haus... – dijo con una voz débil, el fantasma de su voz.

- ¿Cómo ha dicho?

- Virus Haus... – completó con un esfuerzo inaudito de su lengua.

Arturo no acabó de entender por qué un comando se jugaba el pellejo para husmear en la Virus Haus, el popular sobrenombre del Instituto de Física Kaiser Wilhelm.

- Muchas gracias, Herr Stratton – se dirigió a Arturo -. Ahora está un poco espeso, pero ahí donde le ve, nuestro invitado forma parte de una maniobra a gran escala orquestada por la OSS para espiar y en su caso neutralizar nuestro programa armamentístico. Esta parte de la operación se denomina Alsos, comenzó en el desembarco de Normandía y su objetivo es capturar a nuestros principales científicos. Avanzan inmediatamente detrás de su ejército, les buscan y les detienen; en Heidelberg tenemos noticias de que han arrestado a Hans Berthe y Walter Genter. Como le digo, ya teníamos noticias de ellos, pero no pensábamos que tuviéramos que empezar a fumigar tan pronto la casa. A propósito, ha de ser consciente de que a partir de ahora estamos hablando de información clasificada, cualquier comentario fuera de aquí lo pagaría con su vida y con la de su familia.

- Me doy cuenta, mein Hauptsturmführer, pero no sé por qué me lo cuenta a mí ni para qué estoy aquí, ni por qué...

- Porque viene recomendado.

Las palabras fueron acogidas con un impresionante silencio. La voz ronca, metálica, había surgido de la penumbra. Se oyó entonces el sonido de una silla corriéndose. Alguien poniéndose en pie. Dos taconazos como ajustando las botas. Gradualmente, el propietario de la voz salió de la oscuridad. Cuando Arturo pudo verle con claridad, pensó que en Alemania la combinación de poder y gracia era tan rara que no había una palabra concreta para designarla. Era un Sturmbannführer realmente conformado como en la antigüedad clásica; su uniforme parecía puesto sobre una estatua, y su rostro era geométrico, inexpresivo; uno de los cachorros del III Reich, mezcla de entusiasmo juvenil y adoctrinamiento ideológico que les convertían en soldados políticos, los asesinos perfectos de Hitler. Arturo se volvió a cuadrar con un duro sonido de botas.

- *Heil Hitler*- respondió el mayor elevando ligeramente su palma derecha -. En efecto, viene usted recomendado por el Hauptsturmführer Wolfram Kehren, ¿le recuerda?

Nunca sabemos en qué recodo de nuestro futuro nos está aguardando el pasado. Arturo recordaba al capitán Wolfram Kehren, por supuesto que lo hacía: cómo olvidarse del mismísimo Belcebú.

- Claro, le conocí en Leningrado. Hace ya un par de años. ¿Qué ha sido de él?

- Le hirieron en Prusia y tuvieron que evacuarle. Está en un balneario, recuperándose de su heridas. En breve se hallará dispuesto para cumplir con su trabajo, necesitamos hombres como él.

Arturo reflexionó sobre la capacidad de las palabras para encubrir la labor de sangre y brutalidad que había desempeñado aquel oficial en Rusia. Inevitablemente, enredado en su recuerdo venía el de Hilde, su rostro, uno por que mil barcos se hubieran echado a la mar.

- El capitán tenía una ayudante, mein Sturmbannführer – comentó incómodo pero decidido -. Se llamaba Hilde. No sé si la conocerá.

Los ojos del mayor se contrajeron como si estuviera mirando a través de una mirilla, y Arturo se sintió por unos instantes tan culpable como si le hubiera pillado encendiendo siete velas en el interior de una sinagoga.

- Sí, la Sturmscharführer Hilde Wünster, ¿eran tan amigos?

- Digamos que en poco tiempo compartimos muchas cosas.

- Desgraciadamente la brigada fue alcanzada por un francotirador.

Arturo dejó que su estupefacción fuese visible, pero no su tristeza.

- Una verdadera pena – asumió.

- Sí, claro. Bien – ajustó sus guantes de piel -, soy el mayor Eckhart Bauer, y estoy encargado de fumigar la casa, como bien ha dicho el capitán Möbius. Respecto al capitán Kehren, a pesar de su convalecencia continúa trabajando para el SD, como puede suponer; por diversas circunstancias disponemos de escasos efectivos para atacar con solvencia nuestro problema, y en el transcurso de una conversación telefónica con él surgieron varios nombres, entre ellos, y como una remota posibilidad, el suyo. El capitán quedó notablemente impresionado por la eficacia con que desempeñó la investigación de aquellos asesinatos en su división.

- Es un honor.

- Si he de serle sincero, no había tomado en consideración su propuesta hasta que leyendo el informe sobre el asesinato acaecido en la Cancillería me topé con su nombre, e incluso con que había sido usted quien había encontrado el cadáver. Como sabrá, el muerto era Ewald von Kleist, pero de lo que no está informado es de que era un importante científico del programa armamentístico del Reich. Si tenemos en cuenta que Herr Stratton nos ha revelado que con él han saltado tres comandos más sobre Alemania, con la misión de entorpecer y si es posible detener el esfuerzo de guerra mediante la captura o la ejecución de los principales investigadores, puede ir sacando sus conclusiones.

- La historia no deja de ser un cúmulo de casualidades – dijo Arturo en español, resignado.

- ¿Cómo dice?

- Hoy está resultando un día extraño para mí, mein Sturmbannführer – aclaró en un alemán de piedra su piedra, pensando tanto en la hoja de Von Kleist como en Maciá.

- Son tiempos extraños para todos – coincidió sin dramatismo pero con unos ojos sombríos, trepanadores -, donde las palabras valen tanto como los hechos, tiempos en los que nuestro deber es resistir, ganar tiempo para que el Führer pueda concedernos la *Endsieg*, la victoria final. Como hombres no somos nada, pero entregados a una gran causa somos invencibles, y usted forma parte de ella.

Arturo se estremeció porque había calado bien al tipo con quien se iba a jugar los cuartos, y que, definitivamente, era lo peor que se podía ser en aquellas circunstancias: un idealista. No sólo un hombre que creía en una idea o no aceptaba sobornos, sino alguien que vivía para su idea, que sacrificaría todo en aras de esa idea, todo y a todos. Y él iba a estar bajo de su mando, con una ausencia total de albedrío. Tiempos extraños, sí. ¿Y qué sagrada majestad cabría atribuirle a la casualidad por engarzar en apenas una hora todos los hilos dispersos en un solo destino? WuWa. Maciá. Alsos. ¿Virus Haus? Arturo imaginó que, con los vientos necrológicos que barrían la ciudad, se estaban mezclando otros vientos paganos que la habían llenado de un conglomerado de dioses y demonios de todos los ritos y tiempos, atraídos morbosamente por el apocalipsis ciclotímico de Berlín, provocando una distorsión de la realidad. Todas aquellas reflexiones desaparecieron cuando el mayor se colocó la gorra de plato con un elegante giro de su mano derecha que completó ajustándola por detrás con la izquierda, acariciando luego la visera. La grisácea *Totenkopf*, la cabeza de la muerte sonriente que le adornaba, atrapó la mediocre luz del cuarto dando una preponderancia infinita a su inquietante motivo.

- A partir de ahora – terminó de aclarar -, usted forma parte de un grupo cuya misión es neutralizar a esos comandos cueste lo que cueste, por lo que queda relevado de cualquier otra función y bajo mi mando directo. Le quiero mañana a las siete en el puesto de mando de la Cancillería, allí le daré más instrucciones.

Arturo dio su conformidad y seguidamente Bauer distribuyó unas cuantas órdenes rápidas y escuetas. Luego se abotonó el pesado abrigo de cuero negro y salió de la celda entre *Sieg Heils* y sonoros taconazos. Arturo tampoco encontró motivo para permanecer allí por

más tiempo y pidió permiso para retirarse. Recogió su mochila, el arma, se tocó el casco y respiró hondo: aquel olor, aquel condenado olor ... Al mismo tiempo, el capitán recondujo el interrogatorio de una manera impersonal, como si Stratton no existiera: era su manera de reducirlo a la nada. Justo al darse la vuelta, Arturo se topó con su imagen en el espejo. Hacía muchos días que no se había mirado en uno. Un rostro azulado por la barba, ojeras, y una expresión exhausta. ¿Qué esperas, Arturo?, se dijo con ironía. Realmente, ¿qué esperas? Si a un espejo se asoma un mono, no puedes esperar que salga reflejado un apóstol.

UTOPIÍA

- ¿Café, cariño?

No eran necesarios paraísos ideales ni revoluciones inaplazables para alcanzar el más perfecto estado de felicidad, sólo bastaba una frase, simple, cotidiana, incluso vulgar. Todo un oasis de calma en un mundo anómalo. Arturo respondió desde la cama: sí, gracias. El día anterior, después de abandonar aquel cuarto de calderas del horror, había optado por olvidarse de todo e ir a casa de Silke, en Schöneberg. Por diversas causas, hacía tres semanas que no se veían, pero ambos habían firmado un silencioso trato, un relativo grado de infelicidad en cambio de la paz y cierta estabilidad. Ella le había acogido sin preguntas, dado un beso y luego le había preparado un baño. Él le había entregado el paquete de comida y dólares para poder acopiar lo suficiente en el mercado negro con lo que sobrevivir a la incertidumbre de las próximas semanas, y le había pedido que le guardase el radiotransmisor. Durante la siguiente media hora todo fue jabón y agua caliente, lavándose a conciencia, hasta el pecado original. Después se había metido en la cama y se había abrazado a Silke, que le había colocado en los pies un ladrillo calentado con la diminuta llama de gas. No tenía fuerzas para hacer el amor, sólo quería permanecer abrazado, apretado contra su cuerpo como si quisiera huir del suyo, hasta quedarse dormido. Se había despertado horas después, solo, siendo recibido por el sabroso olor del café recién hecho. Se desperezó y se levantó de la cama; sentía el tabique de la nariz helado. Era alrededor de la medianoche y, aunque todavía había corriente eléctrica en la ciudad, la humilde buhardilla estaba iluminada por algunas velas debido a las prohibiciones por los bombardeos. Había dormido con un viejo jersey de lana

hecho para la caja torácica de un gigante y unos pantalones dos tallas más grandes. Era ropa que había pertenecido a Ernst, el desaparecido marido de Silke. Èste le observaba sonriente desde una fotografía en un marco de alpaca sobre sobre la mesita, asomando a la torreta de su Panzer con el uniforme negro de las SS, en algún lugar de Ucrania. Silke no había querido nunca retirar aquella foto; era la fidelidad al profundo eros del recuerdo, algo tierno y ligeramente ridículo, como una rosa prensada entre las páginas de un libro. Pero también algo morboso, creía Arturo, ya que entre esa imagen y él nunca dejaría de haber un silencio inhóspito, porque ambos sabían lo que el otro estaba pensando. Silke le esperaba en la pequeña salita también envuelta en un grueso jersey; le había preparado algo de comer del generoso paquete que le habían entregado en la Embajada, latas de carne danesa, tocino, pan con mantequilla, guisantes ... y estaba acabando de poner la mesa esquivando con gráciles movimientos un par de gotetas que caían con precisión de metrónomo sobre dos cacharros. En el cuarto – frío como una nevera y con algunas ventanas rotas cubiertas con cartones y pedazos de alfombra -, alrededor, se apilaban todas las cosas que ella había ido acumulando en el transcurso de sus viajes como traductora del Auswärtiges Amt, tapices, estrellas de mar, extraños instrumentos musicales, esferas armilares, botellas de licores imprecisos ..., todo agrupado siguiendo extraños impulsos, sin orden ni método.

- Te has levantado – le recibió con una sonrisa.

- Sí, estaba agotado. Huele muy bien. ¿Te ayudo?

- No, siéntate.

Acompañó la invitación con un tierno beso y le puso entre las manos una taza de humeante café con la efigie de Federico el Grande. Se quemó las palmas. Le gustó quemarse las palmas. El café corrió benéfico y ardiente por su garganta mientras observaba los movimientos de Silke. Tenía veinticinco años, natural de Hamburgo, delgada, de cabellos rubios y un tono de piel de leche con nata, con ciertos reflejos azulados en las zonas donde ésta corría más pegada al hueso. No era del todo hermosa, quizás unos labios demasiado gruesos o su nariz demasiado fino no permitían concretar una belleza preadolescente que aún serpenteaba entre sus rasgos, pero a cambio poseía algo que le tranquilizaba: un sentimiento de profunda calma cuando le pasaba un plato o le llenaba la taza, y que mantenía a sus demonios agazapados en la oscuridad y hacía que el futuro no fuese una ventana tapiada.

Terminaron su tardía cena; hablaban sin un propósito claro, sólo por el hecho de escuchar y ser escuchados. Fuera, la noche era clara y fría. El hálito de las velas tembló por alguna corriente invisible.

- Hoy cerraron nuestras oficinas, no iré más a trabajar – Arturo descubrió una inflexión de desamparo -. Me dieron mi último sueldo.

- No te preocupes – la consoló -, tenemos dinero.

- La gente corre a los bancos a retirar sus ahorros, Arturo – parecía obsesionada -, no se dan cuenta de que si todos hacemos lo mismo los marcos perderán su valor, ¿y con qué compraremos entonces? Debemos mantener la calma.

- Tienes dólares, Silke, no te pasará nada. Y yo estoy contigo.

- Ayer ... ayer en el refugio una chica de Könisberg nos contó lo que les hacían los rusos a las mujeres – se levantó y cogió un trozo de periódico en forma de país inexistente, una edición del *Völkisher Beobachter* -. Y mira: deshonrada una anciana de setenta años – leyó -, una monja violada veinticuatro veces.

Arturo cogió el pedazo y le echó un vistazo. Impostó un gesto de exagerado pasmo.

- ¿Y quién cuenta las veces?

Silke comprendió la broma, su intención. No pudo evitar reír. El sonido de su risa, el mayor espectáculo del mundo. Arturo también la imitó. Le cogió una mano. Le quitó una pestañita de los ojos.

- Estoy aquí para protegerte. Nunca dejaré que te hagan daño. Y todo esto es temporal, Silke, en el mundo hay un apagón, sólo tenemos que esperar a que vuelva la luz.

Silke volvió a reír.

- Además, te contaré un secreto – añadió -. Hay una forma de escapar de los rusos. Me lo contaron en Pomerania. Cuando lleguen, llena la bañera de agua y aprovisionate, luego atranca la puerta y no te muevas de aquí para nada. Los rusos odian subir escaleras, tienen miedo, porque la mayoría son campesinos y viven en casas de una planta, pegados a la tierra, y se sienten inseguros lejos del suelo.

A continuación se aplicó en seguir desgranando palabras lenitivas. Le habló de unas próximas vacaciones en las que visitarían juntos España; un país imaginario mezcla del Madrid de portales de mármol y ascensores con mandos de brillante latón, madera de palo santo y pequeños amorcillos soplando chorros en sus cristales, automóviles italianos, escopetas inglesas, partidos de tenis y aviones que tomaban tierra suavemente en Barajas, junto a rincones protegidos de su memoria, una Extremadura de apariencia agreste y colores tostados, punteada por los dados blancos de las casas, encinas, alcornoques, roquedos graníticos, y habitada por toros oxidados y niños medio desnudos. A medida que hablaba su ánimo se agrandaba, todo le parecía un poco más claro. Silke asentía o volvía a reír o se acariciaba las mejillas o se llevaba un mechón de pelo a los labios y lo chupaba. La tensión que experimentaba Arturo desde hacía meses iba diluyéndose, y a medida que hablaba se le ocurrieron ideas absurdas, ideas como desear una razonable dosis de felicidad, algo legítimo, universal. Y lo que dijo a continuación lo dijo suavemente, como si fuese una revelación asombrosa, tanto que él fue el primer sorprendido.

- Silke – comenzó -, el heroísmo es para la gente que no tiene futuro. Quiero decir ... Me refiero a que yo enterré mis sueños hace mucho, en algún lugar, tanto que no recordaba dónde y casi había renunciado a recuperarlos. Por eso quería ser un héroe, pero ahora... ahora puedo tener un futuro... podemos – completó con timidez -. Desde que te conozco todo ha empezado en mi vida, inesperadamente; tú ahora estás sola, yo tampoco tengo a nadie, si tú ... si tú quisieras podríamos seguir juntos, la guerra terminará en pocos días, sólo habría que tener cuidado, mantenernos vivos hasta que todo acabe y entonces yo podría regresar a España ... Y tú conmigo. No serían sólo unas vacaciones ... quiero decir ...

Silke apretó su mano y le colocó el índice en los labios. Se acercó tanto como para sujetar entre sus frentes una manzana.

- ¿Me estás pidiendo que me case contigo? – le preguntó muy seria.

Las velas proyectaban sus perfiles sobre las paredes, los alargaban. El viento silbó por alguna grieta en la pared, crujieron las vigas.

- Sí – respondió Arturo muy suave, seguro de sí mismo.

Silke. Silke. Cuando ella respondió que sí, que quería casarse con él y tener muchos hijos, tantos como estrellas en el cielo y granos de arena en las playas, se sintieron tan unidos como un nombre al objeto que designa. La sensación adormecida de los dedos entre sus cabellos dio paso a besos que fueron volviéndose cada vez más ávidos, una mezcla de ternura y violencia, que desembocó en la cama. Arturo cerraba así los pestillos de su memoria, renunciaba a seguir vagando por un laberinto sin paredes, transparente, y quiso creer que se puede recuperar la inocencia, y vivir en los reinos de leche y miel. Si el amor fuese un lago, él aguantaría la respiración y empezaría a hundirse con una piedra entre las manos. En los siguientes minutos el sexo no fue sólo sexo, sino algo más, una necesidad imperiosa de salir de uno mismo y de una vida que ni se entendía ni se quería. Sus orgasmos coincidieron con el comienzo del sonido estridente de las alarmas, la luz de decenas de reflectores entrecruzándose y los primeros disparos del Flak. Las Furias, perchadas hasta entonces en los capitales de la Cancillería, comenzaron a chillar y a batir sus alas de cuero, alimentándose de la hirviente ira de la guerra. Berlín empezó a aplanarse y a arder, pero ni Silke ni Arturo pensaron en bajar a los refugios; se quedaron en la cama, mirando por las pequeñas ventanas de su buhardilla, hechizados por la belleza del mundo, la insoportable belleza que otorga la inminencia de la desintegración.

La interminable galería de mármol de la nueva Cancillería resonaba siniestra bajo las botas de Arturo y el Rottenführer que le acompañaba. Sus pulidos suelos aún conservaban en parte la función para la que habían sido creados: que los diplomáticos extranjeros resbalasen en ellos a fin de subrayar la fragilidad de su posición. De vez en cuando, una enorme rata los cruzaba de lado a lado. Se dirigían a la reunión que iba a tener lugar a las siete de la mañana en uno de los despachos de la sección administrativa, tras un cambio de última hora. Dos horas antes, a una orden del mariscal Zhukov, había comenzado la última ofensiva contra Berlín con el aterrador fuego de miles y miles de cañones, morteros y Katyushas a lo largo de río Oder, en el mayor alarde artillero de la historia. Y la última esperanza de los berlineses, el Noveno Ejército de Estados Unidos, había recibido la orden de interrumpir su marcha hacia la capital y tomar posiciones en la línea del Elba. Sin embargo, aunque Arturo hubiera estado al tanto de las malas noticias, sólo habría podido pensar que estaban en primavera, y su amor por Silke casi le hacía concebir esperanzas sobre el mundo y la humanidad. Ahora lo más

importante era permanecer vivo, como fuera, porque felicidad ya no era sólo una palabra cruel, sino una perspectiva, una posibilidad, aunque fuese pesada, amenazadora, como un aire que trajese tormenta. Llegaron hasta una puerta y el cabo picó en ella; a la orden de pase penetraron en un despacho espartano, se destocaron y se cuadraron con lujo de taconazos y salvas. Arededor de una mesa llena de teléfonos de carcasa negra, con mapas doblados e introducidos en fundas transparentes y otro mapa desplegado de Berlín, estaban el mayor Bauer y dos individuos más, un civil de gabardina y Friedrich Möbius, el capitán a cargo del interrogatorio en los sótanos de Prinz-Albrecht-Strasse, que seguía manteniendo aquel aire de mortal desidia. Bauer separó unos instantes los ojos del mapa sobre el que estaba apoyado, y al ver a Arturo no se inmutó más que si le hubieran pedido una cerilla; se dio la vuelta, cogió una tiza y dibujó tres círculos paralelos sobre la superficie verdosa de una pizarra colocada sobre dos sillas, numerando cada interior con un uno, un dos y un tres, En la última cifra la tiza chirrió tanto que les escalofrió a todos. A continuación la posó, aplaudió para limpiarse el áspero polvillo y miró a Arturo como si estuviera calculando lo que medía.

- Usted el número tres, Herr Andrade. El número uno es el Hauptsturmführer Friedrich Möbius – el capitán giró su cabeza, un peñasco rasurado, y elevó la barbilla a modo de saludo -. Y el número dos es el Kommissar Hans Krappe, de la Kriminalpolizei – Arturo saludó a aquel individuo gordo de gran bigote, con el cabello escarchado de canas y dividido por una raya trazada a tiralíneas, espejeante de brillantina, que le saludó con seca pero extrema corrección -. En caso de conflicto, ésa será la cadena de mando, y en última instancia los tres responden sólo ante mí, ¿Ha comprendido, Herr Andrade?

- Perfectamente.

- Bien – Bauer apretó la mandíbula -, quiero que esos tres círculos se llenen de soluciones, pero antes debemos aclarar algunas cosas. Acérquese.

Arturo se colocó a la vera de la mesa, con las manos a la espalda y un aarruga de esxpectación en su frente.

- Capitá¿qué tiene para nosotros?

Möbius hizo un movimiento lento y vago con la mano, como trazando una zeta en el aire.

- Como ya sabemos, con nuestro invitado americano han saltado tres comandos más sobre Alemania. El sargento Philip Stratton tenía una dirección en un inmueble del bulevar Kurfürstendamm a la que acudir, que ya hemos registrado y en la que hemos encontrado uniformes, documentación, armas..., todo lo necesario para que su excursión sea rentable. También nos ha revelado que tienen un topo, alguien que les ha señalado los distintos puntos estratégicos que atañen a nuestro programa de guerra, entre ellos, y a él en particular, la Virus Haus.

- Creemos que este espía, además de dirigirles – le interrumpió Bauer con una ansiedad que deformó su voz -, les suministra los medios. Y lo hace todo de una manera eficaz, si damos por bueno que el asesinato de Ewald von Kleist no puede ser obra de otra persona que no sea uno de los comandos. Su nombre en clave parece ser Pippermint, así que su labor será dar con él y neutralizar de paso a esos tres lobos que tenemos rondando por el bosque. Supongo que tendrá algo que añadir, Herr Kommissar.

Hans Krappe sonrió brevemente, mostrando unos dientes color arena que no hablaban muy bien de su higiene dental. Se tomó su tiempo; en el intervalo, Arturo sintió ese vínculo débil y suave que une a ciertos desconocidos sin causa aparente. Al poco, su rostro se iluminó con la majestad que da un pensamiento poderoso.

- Sí, es nuestra labor, por supuesto, un solo traidor vale más que cien valientes, es evidente, evidente... – torció el gesto mientras divagaba -. Y para eso está nuestro oficio, el segundo más viejo del mundo, Herr Andrade, ¿sabe usted cuál es?

Arturo simuló desolación por ignorar la respuesta.

- Adivinar el futuro, Herr Andrade, adivinar el futuro. ¿Y usted cómo lo ve?

Arturo aguantó su escrutinio y decidió atacar por el flanco: quedaba claro que le estaba ofreciendo una oportunidad de ganarse su respeto. En su cabeza se organizó con rapidez una cadena de montaje calculada, racional.

- Para ver el futuro, primero hay que estudiar el pasado – respondió con aplombo -. ¿Quién era exactamente el muerto?

- Un miembro del programa científico militar.

- ¿Cuál era su trabajo exactamente?

En la cara del Kommissar Krappe apareció la mueca de y ahora qué le cuento y consultó silenciosamente a Bauer.

- No es necesario que sepa usted todos los detalles, teniente – solventó Bauer.

- ¿Al menos puede decirme el grado de importancia que tenía dentro del programa?

- Muy importante.

- ¿Y que hacía en la Cancillería?

- Había ido informar al Führer de sus progresos.

- ¿Él y cuántos más?

- Le acompañaban el profesor Manfred von Ardenne, Otto Hahn y Gerlag von Weizsäcker.

Arturo recordó el rostro macilento y lampiño que había entrevisto a la salida del búnker.

- ¿Quién de ellos no tiene cejas?

Bauer vaciló, pero a continuación imprimió a sus palabras una excesiva fuerza que no enmascaraba, sino que subrayaba su anterior indecisión.

- Todos tiene cejas.

- No, yo les vi llegar, eran cinco, uno de ellos sin cejas, de piel muy pálida.

Möbius se acercó en ese momento al perfil de Bauer y le susurró algo al oído. Después respondió suave pero conminatorio.

- Ese hombre se encarga de su seguridad.

No se pueden expulsar demonios con la ayuda de Sántan, concluyó para sí Arturo. Estaba claro que, como los ajedrecistas mentales, tendría que empezar a deducir la posición de las piezas no por su posición física, sino por sus relaciones de ataque y defensa.

- Cada uno de ellos es un objetivo potencial, tengo que hacerme una idea de su perfil.
¿Puede proporcionarme fotos y sus biografías?

- El capitán Möbius se ocupará.

- ¿Y dónde se encuentran ahora?

- En lugar seguro.

- ¿En Berlín?

- Están bajo llave.

En acento definitivo de su última respuesta no daba lugar a más reclamaciones. Arturo siguió analizando los datos con frialdad.

- ¿Stratton sabía algo de la operación en la Cancillería? – se dirigió al SS.

- Herr Stratton sólo estaba al tanto del número de comandos porque saltaron del mismo avión – respondió apático-. No sabía nada de la Cancillería, por lo tanto se infiere que cada uno de ellos opera de una manera independiente, y que habrá tres casas más ocupadas en la ciudad.

- Antes hablaron de la Virus Haus, al parecer era el objetivo de Stratton, ¿qué buscaba allí?

Möbius hizo un breve suspiro de contrariedad o resignación. Luego observó a Bauer, que se puso rígido, como si le fueran a pasar revista.

- *Streng geheim*, es secreto, así que de momento puede obviar ese dato.

- Ya...

Arturo escudriñó el águila en el uniforme de Bauer, el viejo pájaro de batalla que los ejércitos llevaban enarbolando desde hacía siglos para ir a la guerra. También él lo alzó, tímido y desafiante a la vez.

- Mein Sturmbannführer, si queremos cazar a esos lobos debemos pensar como lobos. He de saber lo que están buscando para conocer sus proyectos, acercarme a ellos, parecerme a

ellos, comprenderles, ser uno de ellos – obvió la continuación lógica de su razonamiento: convertirse en lobo -. Y para ello la única forma es conocer la verdad, toda la verdad.

- La verdad...- masculló el Kommissar Krappe con cierta ironía -, es usted muy, muy ambicioso, Herr Andrade.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, en medio del silencio del mayor Bauer.

- Está bien – concluyó Bauer -, más adelante se le pondrá en antecedentes. Digamos que la Virus Haus es esencial para el esfuerzo de guerra alemán.

- Se lo agradezco, mein Sturmbannführer, lo hará todo mucho más fácil – dijo pensando en Maciá.

- Interesante – intervino de nuevo Krappe -, así que, según usted, si queremos encontrar culpables, no tenemos más que mirarnos al espejo.

- Es una manera de interpretarlo, Kommissar.

- Bien, ¿y qué ve usted en el espejo, Herr Andrade?

Arturo entendió que su examen aún no había acabado. Todos le observaban.

- ¿Puedo? – preguntó a Bauer apuntando a la pizarra.

- Adelante.

Arturo se acercó al encerado y pellizcó un pedazo de tiza.

- A mi modo de ver, deberíamos seguir tres líneas de investigación. La primera, intentar cazar a los lobos en la madriguera, es decir, intentar localizar los tres pisos que quedan. Por lógica, esta operación deben de haberla preparado hace ya algún tiempo, por lo que los pisos, y podríamos empezar por los alquilados en el último año y medio, por ejemplo, habrían de estar situados en zonas que no fuera muy bombardeada, pero que estuviese al mismo tiempo bien comunicada. Eso reduciría nuestra búsqueda. Hagan una batida fuera del distrito gubernamental, por la periferia, comprueben las zonas que no hayan sido demasiado castigadas. Puede que incluso la operación se haya coordinado con su aviación y haya zonas

respetadas a propósito. Por fuerza los vecinos tendrán que haber notado la presencia de algún extraño en el inmueble.

- Las SS y la Gestapo ya han empezado a rastrear Berlín – le confirmó Friedrich Möbius -. Pero su idea de reducir el área es buena.

- Eso creo – trazó una cuidadosa línea recta desde el círculo número uno hacia otro círculo, en el cual encerró la palabra “casas” -. La segunda línea se basaría – prosiguió – en fijar los objetivos que persiguen y razonar cómo podrían alcanzarlos; me refiero a que son hombres, podemos descifrar sus intenciones, al fin y al cabo todo es una cuestión de simetría, sólo debemos encontrar la mitad del círculo para poder completarlo – trazó otra línea partiendo del círculo número dos hacia otro en el que escribió “lobos”.

- Optimista, además de ambicioso – musitó de nuevo Krappe -. ¿Y la tercera línea?

- La tercera – completó – sería encontrar a Pippermint. Es evidente que existe una fuga de información, filtraciones, pero no sabemos dónde, así que hay que localizarla. ¿Cuántos hombres pueden estar al tanto de los desplazamientos de los científicos o de lo que se cuece en lugares como la Virus Haus?

- Pocos – respondió Bauer -, y ahora mismo todos están siendo interrogados.

- Bien, pues mientras se registran los inmuebles, deberían aflojar la presión sobre esos hombres, porque si uno de ellos fuera Pippermint o trabajase para él y ha simulado hasta ahora, no creo que unos cuantos gritos le amedrenten. Lo que debemos hacer es que trabajen para nosotros mientras creen trabajar para el enemigo. Que les suelten y que sigan ejerciendo el mando, más adelante se les proporcionará información sobre algún objetivo que tarde o temprano llegará a Pippermint. Y Pippermint enviará a sus lobos. Y nosotros estaremos allí para arrancarles la piel.

Krappe permaneció circunspecto, considerando su idea como una materia blanda que habría que moldear con paciencia.

- ¿Cree que ese Pippermint es idiota? – objetó -. Hace mucho que él ya está haciendo lo que usted planea: pensar como nosotros. Pippermint no juega contra nosotros, sino contra sí

mismo. Ahora mismo está en mi cabeza, en la suya, en la de todos, y cuando gana se derrota a sí mismo ...

El rostro fofo de Hans Krappe se volvió vaga e inesperadamente amenazador, el rostro de quien ha visto cosas, muchas cosas.

- Por eso le vamos a proporcionar una verdad, Herr Kommissar – contraatacó Arturo con firmeza -, para que luego se trague una mentira.

Las pupilas de Krappe se dilataron por la expectación. Arturo experimentó por primera vez la sensación grata y voluptuosa de sentirse admirado.

- Sí – prosiguió -, le daremos información cierta con un objetivo asumible. Pippermint actuará o no actuará, pero en todo caso comprobará que sus fuentes continúan siendo de confianza. Y entonces podremos largarle el cebo, y lo morderá, y cuando lo haga lo hará con fuerza.

Arturo cerró el puño para enfatizar su plan, y completó su esquema con un último círculo y una última palabra, lo que provocó una sonrisa casi risueña del Kommissar, que elevó los hombros y reflexionó acerca de lo fascinante que resultaba aquella mezcla de arrogancia e ingenuidad. Todos miraron a Bauer. Èste se dió la vuelta y, cogiendo otra tiza, encerró los círculos en uno solo, donde escribió a golpes que hicieron temblar la pizarra otra palabra en letras mayúsculas: ALEMANIA.

- Muy bien, creo que usted y el Kommissar Krappe podrán encargarse de buscar a Pippermint y a los comandos por su cuenta, tienen vehículos y combustible a su disposición en el garaje de la Cancillería. El capitán Möbius se ocupará de peinar Berlín de punta a punta y de ir probando a los sospechosos. Y, capitán, organice una visita para el Kommissar y Herr Andrade esta tarde a la Virus Haus, también le doy permiso para proporcionarles un dossier sobre los miembros del programa científico. Quiero un informe sobre esta mesa cada día, y no admitiré un fracaso, porque la patria – subrayó la palabra pronunciándola lentamente – no admite un fracaso.

Abrió una gaveta del escritorio y les entregó a cada uno una orden ya firmada y matasellada para poder desplazarse por todo el Reich.

- Eso es todo – concluyó abruptamente.

Arturo carraspeó incómodo, sintiéndose como un puñado de paja junto al fuego. Eckhart Bauer se dio cuenta de su embarazo.

- ¿Alguna cosa más, teniente?

- Ehhh ... sí, mein Sturmbannführer. Verá, yo no sé conducir.

Bauer esbozó una fina sonrisa, suficiente para transformar a cualquier individuo en congénere de un gusano.

- Pues que lleve el Kommissar – respondió cerrando con un seco golpe la gaveta.

Los tres jugadores comprendieron que ya se habían repartido todas las cartas y que ahora les tocaba jugar. Casi a la vez escenificaron el teatro del patriotismo entre andanadas de taconazos y *Heil Hitlers*. Arturo echó un último vistazo a la apostura *Übermensch* de Eckhart Bauer, la indolente prepotencia con que elevó la barbilla para despedirles, y con la elegancia de los maestros de armas que recalcan su superioridad sin humillar, le devolvió la estocada mentalmente: quien está con el agua al cuello no puede bajar la cabeza.

Salieron del despacho dejando a Eckhart Bauer en medio de un súbito concierto de teléfonos. El capitán Möbius les acompañó cruzando toda la planta marmórea de la nueva Cancillería hasta la entrada del ciclópeo despacho de Hitler, justo en el que se hallaba el enorme globo terráqueo de metal, el mismo que había caricaturado Chaplin años antes en aquella célebre escena. Se plantó frente a su inmensa hoja entreabierta y giró su cráneo cortado a cepillo, pelado en los temporales, contemplándola con la misma expresión de sopor y pereza de siempre, aunque con una insistencia que bien podía reflejar una nostalgia tanto del tiempo pasado como del tiempo futuro, lo que había sido y lo que podría haber sido, ambos apuntando ya a lo que era. A renglón seguido se volvió hacia ellos y se humedeció los labios antes de hablarles. Arturo no pudo evitar fijarse en que, a esas alturas, ni los oficiales podían librarse de cierta corteza de mugre y grasa en los uniformes.

-A las cuatro de la tarde preséntese en la Virus Haus. Para cualquier urgencia pregunten por mí en la Prinz-Albrecht-Strasse ...

Iba a añadir algo más cuando la monumental puerta chirrió abriéndose unos centímetros y, de repente, pareció como si la realidad se organizase por unas leyes distintas, extrañas. Risas alegres, inmaculadas, precedieron a la aparición de dos jóvenes ataviadas con vestidos caros que parecían perseguirse en un juego que desafiaba toda gravedad lógica. Ignorando su presencia, sus voces y taconeos se fueron perdiendo en la distancia de los pasillos.

- ¿Quiénes son? – preguntó Arturo con la mandíbula todavía algo descolgada. Möbius tardó en responder y Arturo acabó por mirarle.

- Es Eva Braun.

- ¿Y quién es Eva Braun?.

- La amante del Führer – sonrió ante el estupor de Arturo -. La otra es una de sus secretarías.

El Kommissar Krappe también sonrió con un sonido parecido a la tos. A él no le había cogido desprevenido y, ante el mutismo posterior de Möbius, se dignó a explicarle que aquél había sido un secreto de Estado hasta el punto de que incluso el Alto Mando del Ejército ignoraba su existencia. Era de recibo que el caudillo del pueblo alemán deseaba crear el mito del hombre místico y célibe al servicio exclusivo de la *Heimat*, la patria, además de alentar en los corazones de millones de alemanas la esperanza de que cualquiera de ellas podría ocupar un lugar a su lado.

-Y dicho esto ... - finalizó -, creo que tendremos que empezar a solucionar las cosas por nuestros propios medios. Capitán Möbius, Herr Andrade y yo iremos a dar un paseo, le veremos más tarde.

-De acuerdo.

El capitán Friedrich Möbius se despidió con un flojo manotazo y giró sobre su propio eje con un sonido arenoso, dirigiéndose hacia el patio de honor. El vaho de su respiración quedó suspendido en el aire helado, en finas madejas que se iban deshilachando poco a poco. Hans Krappe y Arturo se quedaron solas; el voluminoso Kommissar se dedicó a estudiar sus uñas, limpias y bien cortadas, por otra parte tan cuidadas como su cabello, su bigote o sus mismos zapatos, que brillan inverosímilmente en contraste con el polvoriento suelo.

-Mi madre siempre me decía que un caballero debe llevar siempre los zapatos limpios – subrayó al percatarse de los ojos de Arturo, incrustados en la piel resplandeciente.

La mía estaba contenta con que llevase zapatos – respondió Aruto, recordando la penuria de Extremadura.

Krappe le observó con un interés no disimulado, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

Creo que fue usted quien encontró el cadáver, Herr Andrade. Si me enseña el lugar del crimen yo puedo compartir algunos detalles con usted, ¿qué le parece? Así podremos comprobar esas teorías tuyas acerca de la simetría y la búsqueda de la verdad.

-Me parece bien, aunque no le veo muy convencido.

-¿Acerca de qué, de la simetría o de la verdad?

-Acerca de las dos.

-Llevo lo suficiente en este oficio como para saber que no existen las soluciones elegantes, porque el comportamiento humano no lo es; las personas son absurdas, ¿me entiende?, y las soluciones son sucias, muy sucias. Y lo cierto es que el que la verdad valga más que la apariencia no es más que un mero prejuicio moral, lo único importante son las consecuencias.

-Lo que está diciendo podría llegar a ser monstruoso, Herr Kommissar.

- Lo está siendo, Herr Andrade, lo está siendo, pero no tenemos tiempo para este tipo de discusiones, quizás otro día ... ¿Vamos?

Arturo tuvo que abrirse paso, perplejo, entre todo aquel pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad para seguir el Kommissar Hans Krappe. Se hallaba sorprendido porque en su apariencia de funcionario prusiano, obvio, ordenado, con perfectos giros idiomáticos, fruto de una fermentación de generaciones pequeñoburguesas, pudo intuir la contaminación de una de esas bibliotecas soberanas compradas para adornar los salones pero que, de vez en cuando, alguno de ellos abría. Recorrieron los pasillos de la Cancillería; todo el edificio parecía ahora embrujado, cada perspectiva, cada contorno poseía una calidad brumosa

y difuminada, y en las esquinas más alejadas se acumulaban sombras que nutrían de un material riquísimo e inagotable cualquier fantasía. Con cierto malestar terminaron por embocar las escaleras que descendían a la planta baja, y que les llevaron directamente a la sala de las maquetas, con su luz artificial simulando la mañana. Alemania parecía allí en toda su gloria. La acumulación de las inconcebibles dimensiones de edificios y avenidas sólo tuvieron en Arturo el efecto de recordarle el tremendo error en que habían caído los alemanes al confundir lo desmesurado con lo grande, porque lo verdaderamente importante significa proporción, no tamaño.

-El cuerpo le encontraron allí – apuntó Arturo, señalando la mancha oscura ante la enorme cúpula de la Volkshalle, en medio del terremoto que habían provocado las botas de los SS.

-Ya veo – confirmó Krappe.

El Kommissar echó un vistazo general a la sala y luego sacó una libretita y un lápiz. Después rodeó la enorme maqueta en el sentido de las agujas del reloj, comprobó algunas distancias a grandes zancadas, tomó notas erráticas y regresó al punto de partida.

-Así que le encontró donde está la sangre –se interesó.

-Tumbado, sobre el pecho, y con una mano estirada aferrada a aquel edificio. Fue una cuchillada profesional, por debajo de las costillas y hacia arriba, cuando llegué no hacía mucho que estaba muerto. Antes de que acudiera el cuerpo de guardia pude registrarle los bolsillos, no había nada en particular ... - Arturo obvió la cartulina que guardaba -. Retiraron el cuerpo antes de que pudiera hacer nada más. Aunque lo extraño ...

-¿Qué le parece extraño?

-Pues la manera como retiraron el cadáver, lo lógico sería que hubieran esperado a los médicos o a quien fuese.

Krappe frunció los labios, elevando su gran mostacho guillermino.

-Hágame caso, no busque razones para lo que no las tiene, Herr Andrade, fue una chapuza y nada más. Las SS siempre quieren ocuparse de sus propios asuntos, y acostumbran a hacerlo.

Arturo no supo qué decir, así que no dijo nada. No obstante, aisló aunque sólo fuera el punto de aquella interrogante. Krappe apuntó algo y continuó hablando.

-Por lo visto lo mataron aquí – se adelantó unos metros hasta colocarse al lado de un borrón más denso de sangre en el suelo -, y luego fue retrocedido, aturdido por el shock, o escapando de su agresor o lo que fuera que pase por la cabeza de un hombre que está a punto de morir. Todo este polvo que cae del techo por los bombardeos nos hubiera facilitado la labor con las huellas e las botas si no fuera por la irrupción de los guardias.

-¿No es extraño que se subiera a la maqueta y recorriese todo ese trecho con esa herida?

-Creo que fue un movimiento defensivo, se subió como pudo a la maqueta y acabó derrumbándose frente a la Volkshalle.

-Podría ser ...

-Bien – gruñó Krappe con satisfacción -, entonces ya tenemos un principio ...

Arturo compuso una expresión juiciosa y aprobadora.

-Herr Kommissar, me sería útil saber más sobre Ewald von Kleist ...

- Sí, disculpe – buscó algunas notas en su libretita -. Ewald von Kleist, un aristócrata soltero con castillo y viñedos, emparentado con la casa real de Baviera. Tenía inquietudes científicas y estudió Física en Múnich y Gotinga, junto a Arnold Sommerfeld y Max Born. Se graduó cum laude y empezó a trabajar en la Universidad de Wurzburg. Llegó a estar incluso en las listas del Nobel por unos trabajos sobre magnetismo. Más tarde acabó trabajando en el Instituto Imperial Físico Técnico, donde fue captado por Speer para trabajar en el programa de armamento. Como dato significativo fue sospechoso durante las purgas que siguieron a la conjura de Stauffenberg, e incluso estuvo encarcelado, pero no hubo pruebas concluyentes contra él y le soltaron. En cambio su familia fue perseguida, y lo que queda, si es que queda algo, hace tiempo que cogió un avión para Estocolmo, aunque me temo que su hermano fue uno de los que capturaron y fue declarado culpable. Está encarcelado en algún sitio, si no lo han colgado ya.

-Tuvimos noticias en Rusia del atentado, pero no demasiado detalles.

-Le resumo: el coronel conde Claus Schenk von Stauffenberg, un héroe de guerra con Rommel, organizó un atentado en el cuartel general del Führer en Prusia Oriental, el 20 de julio del año pasado. Era parte de una conspiración denominada Valkiria para derrocar al régimen, pero ya sabe que todo salió mal. La bomba no acabó con Hitler, el plan para hacerse con el poder en los distintos cuarteles generales fracasó y las represalias fueron terribles. Durante los meses siguientes las SS trabajaron a destajo aplicando el principio del *Sippenhaft*, es decir, encarcelando, torturando y ejecutando no sólo a los sospechosos, sino también a sus familiares y amigos. Miles de personas desaparecieron o fueron objeto de escarnio en los tribunales populares, una pantomima legal. Fue terrible, se lo aseguro – su tono fue de rotunda congoja -. Y Hitler aprovechó las circunstancias para iniciar una caza de brujas en el Ejército y neutralizar el único contrapoder que podía oponérsele ya. A partir de julio los únicos amos han sido las SS.

Arturo consideró la burocracia de los crímenes, los pasos habituales de registrar los vestigios del asesinato, los indicios indirectos, la investigación de las personas próximas, los aspectos accesorios, la búsqueda de testigos ..., pero en aquel caso particular se sintió ligeramente desorientado a la hora de cerrar el abanico de opciones. Buscó inspiración en la sangre que salpicaba los edificios, las avenidas, las estatuas paganas de Arno Breker ...

-¿Han interrogado a sus compañeros del programa, hay algún testigo? ... - preguntó.

-Ya sabe que tanto la Gestapo como la Kripo han comenzado las averiguaciones, pero los científicos están en paradero desconocido, y de momento las SS no nos permiten acceder a ellos. No obstante, uno de los guardias nos comentó que Von Kleist había sufrido un ligero ataque de claustrofobia en el búnker, y había pedido permiso para salir a fumar un cigarrillo.

-¿Y le dejaron ir solo?

-Aseguró que se quedaría en el jardín, allí también había guardias, pero al parecer optó por fumarse el cigarrillo dentro de la Cancillería.

-Y unos por otros, la casa sin barrer- Arturo miró alrededor como si acabase de aterrizar en un paisaje extraño -. Yo aquí no veo colillas.

-A lo mejor se lo fumó por el camino.

-¿Y qué vino a hacer a la sala de maquetas?

-Curiosidad ... extravió ...

-Entonces ..., a ver si lo entiendo – recopiló Arturo -. Se supone que Von Kleist sale a fumar, se pierde por la Cancillería, uno de los comandos lo caza en esta sala, le liquida y desaparece.

-Es una opción.

-Hay controles en los accesos.

-En el piso de Stratton encontramos la suficiente cantidad de documentación y uniformes para hacer un buen papel en cualquier carnaval, y con el desbarajuste de los bombardeos ...

La desinencia final de Krappe obligaba a Arturo a buscar otro ángulo de argumentación. Volvió al ataque.

-¿Cómo es posible que el lobo supiera dónde u cuándo iba a encontrarle?

El rostro de Krappe fue atravesado por un rictus serio.

-No lo sabía. Ellos apuestan. Pippermint pudo tener una idea de cuándo iba a tener lugar la entrevista en el búnker, colocar un informador alrededor de la Cancillería y esperar. Luego, cuando tiene la confirmación de su llegada, suelta al lobo.

-Arriesgado.

-Les entrenan para correr riesgos.

Arturo continuó buscando el punto de gravedad de su adversario dialéctico.

-¿Y por qué matarles? ¿Y por qué ahora? La guerra está a punto de ...

Se interrumpió al darse cuenta de que había estado al borde de hacer un comentario comprometido, y se sintió incómodo por el nervosismo de su silencio. Krappe había captado el desliz; sus siguientes palabras o bien arrancarían de raíz cualquier atisbo de confianza o bien empujarían su relación a un nuevo nivel de intimidad. Su corazón sonó como el latido submarino de las hélices de una inmensa nave.

-Seguramente por si caso Berlín quedara en manos de los rusos – dijo con cierta sorna no exenta de prevención, guardando el cuaderno en le bolsillo derecho de su abrigo -, y si los americanos no pueden hacerse con ellos, tampoco les conviene que lo haga Iván. Por si no se ha dado cuenta, ya ha empezado la tercera guerra mundial, y Alemania sólo está en medio, estorbando.

Arturo se sorprendió ante la nueva demostración del Kommissar de una visión peligrosamente amplia de la vida, en especial en aquellos tiempos, tanto como para alcanzar un saludable grado de incertidumbre, el único terreno en el cual, desde su punto de vista, podía crecer la moralidad. Se aguantaron la mirada, Arturo fue el primero en retirar los ojos.

-Bien, ahora sólo falta que la práctica encaje en la teoría ... - dijo Arturo -. Aunque, Herr Kommissar, usted que me reprocha mis teorías simétricas, ahora no veo que busque figuras menos platónicas.

Lo reprobó con una sonrisa, buscando prolongar la complicidad. El silencio reflexivo de Krappe indicaba que no lo iba a hacer. Pareció empuñar las palabras.

-No busco al principio, sólo al principio ...

Arturo reuló de nuevo hasta una línea de seguridad propicia, apoyó todo su peso en el pie derecho, y cerró bien el último botón del capote, quizás para protegerse del viento de eternidad que soplabá desde la maqueta. La inesperada respuesta de Krappe confirmó ciertas afinidades de esfuerzos y perspectivas que hasta ese momento habían permanecido ausentes, y algo cambió en su actitud. Arturo se planteó entonces compartir la cartulina que guardaba en el bolsillo no tanto para hacer una lectura lo menos equivocada posible de los hechos, como para conjurar mínimamente lo más precioso que había destruido la guerra: la confianza entre los seres humanos.

-¿Si le cuento un secreto promete guardármelo?

Krappe no le miró, se dedicó únicamente a volver a aparcar en fila, con gestos metódicos, cuidadosos, unos DKW que habían sido desplazados por alguna trepidación.

-Adelante – respondió.

Arturo sacó la cartulina y la desdobló con la minuciosidad de un maestro de origami. SE la entregó a Krappe, que la estudió por su anverso y por su reverso.

-¿Qué es esto?

-Lo encontré en uno de los bolsillos de Von Kleist.

La expresión que adoptó Krappe dejó abierta la puerta a todo tipo de especulaciones sobre sus pensamientos, pero no confirmó ninguno. Se limitó a volver a leer los números secos y burocráticos de las fórmulas mezclados con dibujos y palabras sueltas entre el programa oficial de una boda, un mosaico en el que su cara estaba dominada por la palabra WuWa, rodeada por el resto de garabatos. En la cruz había un dibujo de otra clase, una especie de península con un enrejado encima, con una serie de círculos concéntricos que partían de su centro adornado con diversas cifras.

-¿Tiene idea de qué es esto? – preguntó Krappe.

-No.

Krappe frunció los labios y le volvió a dar la vuelta a la cartulina. Frotaba el índice y el pulgar de la mano izquierda mientras la repasaba. En un momento dado, la mirada se le iluminó y a continuación se le oscureció, para adoptar seguidamente una expresión de abatimiento.

-Pues sea lo que sea más no vale que nadie sepa que está en nuestro poder – concluyó.

-¿Por qué lo dice?

-Es un palpito. ¿Ve usted esto?

Su dedo índice señaló el dibujo de una runa parecida a la habitual esvástica, pero con sus brazos vencidos, como si quisiera formar un círculo o girase a toda velocidad.

-Una *Hakenkreuz* – aseveró Arturo.

-No exactamente. Es otro tipo de runa, una *Sonnenrad*, una rueda solar, es una antigua representación nórdica del sol. En realidad, es el emblema de la Thule Bund, la Sociedad Thule.

-¿Y qué carajo es la Sociedad Thule?

Krappe pareció no escuchar su pregunta.

-Por ahora no diga nada a nadie, y cuando digo a nadie es a nadie. Tengo que hacer algunas preguntas por ahí. Y creo que será mejor que nos enteremos de lo que pueden significar esos dibujos por otro medios, no comente nada en la Virus Haus. ¿Me puedo quedar con el programa?

Arturo recordó a Maciá. Alargó la mano.

-Le hago una copia.

La rigidez que atenazó al Kommissar Krappe no denotó enfado, sino incomprensión; por un instante Arturo temió que hiciese uso de sus prerrogativas de mando y se lo arrebatase, pero quizás su educación pudo más que la jerarquía. No obstante, sus siguientes palabras sonaron demasiado indiferentes, como forzadas para encubrir un cierto rencor.

-Está bien. Tome.

Le devolvió la cartulina y Arturo la dobló con esmero y la guardó en un bolsillo de la guerrera. Observó la maqueta de Welthauptstadt Germania, toda aquella ansia de eternidad atrapada en un pedazo de ámbar. El estadio Maerzfeld, con una capacidad para cuatrocientos mil personas, el Museo Nacional, que hubiera sido el doble que el Louvre, la avenida central de siete kilómetros, la estación de ferrocarril del sur, mayor que la Grand Central Station de Nueva York ... Más de veinte años atrás Hitler ya había dejado escrito en su *Mein Kampf* que no quería una ciudad, sino el símbolo de una época. Todo aquel deseo de pureza, de perfección, no era más que un defecto de comprensión de la realidad, y como tal creaba una quietud estática, engañosa, al igual que la vida en el centro de un *mäelstorm*.

-Vayamos a comer algo, todavía no he desayunado – le sobresaltó Krappe, sacándole de sus pensamientos -. Y mientras, le contaré a qué nos enfrentamos ...

-¿Se refiere a esa Sociedad Thule?

-Me refiero a que vaya olvidándose de la simetría.

Traducción: Texto Italiano

Il primo demonio

“Potete percepirla? La sua anima è ancora nella stanza”.

Arturo pronunciò questa frase cosciente del fatto che i suoi tre accompagnatori non avevano capito un accidente di quello che aveva detto, e ripeté la frase, stavolta in tedesco. I due SS espressero perplessità nella loro lingua dai rigidi accenti, e assieme al camerata spagnolo al loro fianco, si accinsero a contemplare la morte orribile, pallida e oggettiva che si stagliava davanti a loro. Il colossale e bianchissimo plastico della Germania, la metropoli che Hitler progettava di costruire su Berlino per essere la capitale del futuro Reich, si estendeva su una piattaforma che occupava tutta la sala. Viali di sette chilometri per le parate, archi di trionfo alti più di cento metri, stazioni ferroviarie con facciate lunghe quattrocento metri..., ministeri, opere, piazze, musei, carceri ..., tutto disegnato per assecondare la mania di grandezza del Führer, e, in fondo, la Volkshalle, la Sala del Popolo, con una capienza di centottantamila persone, con una cupola sedici volte più grande di quella di San Pietro coronata da una grande aquila. Lì, davanti all'entrata principale, leggermente inclinato verso destra, come un macabro Gulliver, giaceva il cadavere di un uomo. Era supino, col braccio sinistro teso e contratto sopra uno degli immobili di cartongesso. Il suo sangue schizzava il candore degli edifici circostanti in una composizione astratta. Prima di vederlo in volto, Arturo sapeva già di chi si trattava: la persona che stavano cercando da un'ora per tutta la Cancelleria. Si guardò la punta degli stivali, come se non ci fosse niente di meglio da vedere, e tornò a contemplare per pochi secondi il plastico illuminato dai fuochi che, attraverso un meccanismo automatico, simulavano il sole nell'arco di una giornata. Posò poi il mitragliatore, si tolse gli stivali e, sotto lo sguardo attonito dei suoi accompagnatori, salì sulla piattaforma ed entrò nel plastico. Lo avevano assalito degli scrupoli appena prima di salire, che gli avevano impedito di insudiciare il candore degli edifici. E non si era nemmeno accorto dell'olezzo dei calzini che portava ormai da tre settimane così, facendo attenzione a non schiacciare nulla, procedette verso l'asse principale superando l'arco di trionfo e le miniature di automobili che circolavano silenziose sulla via, fino a raggiungere il cadavere. Si chinò sul morto e lo girò. Non lo avevano fatto fuori da molto, l'odore di rame del sangue caldo era molto particolare.

Lo fissò con attenzione: l'uomo aveva una di quelle facce contratte che si vedono in certi martirologi. La coltellata netta che gli avevano inferto al cuore era motivo sufficiente per il suo aspetto. Arturo frugò tra i vestiti da civile alla ricerca di un documento o di qualcosa che ne accreditasse l'identità. Nella tasca dei pantaloni trovò un portafoglio, e al suo interno il suo Ausweis; mise a confronto quel piglio distorto con i lineamenti delicati e ben cesellati della foto, constatando che il nome era quello a lui indicato dal Comandante: Ewald von Kleist, nato a Monaco, 1897. Morto a Berlino, 1945, aggiunse Arturo mentalmente. Corroborando il suo epitaffio, in un qualche luogo sopra la sua testa i terremoti di bassa intensità provocati dai bombardamenti confermavano che sì, effettivamente si trovavano a Berlino, una Berlino che stava per essere inghiottita da una guerra atroce e orribile. Stava registrando il corpo quando udì alle sue spalle un fruscio che lo fece voltare. Era il suo compaesano, che avanzava verso di lui. Si era già portato dietro un'opera, due Volkswagen, un Wanderer, e si dirigeva verso l'arco di trionfo. Arturo lo fulminò con uno sguardo che gli congelò il passo, bloccandogli la mandibola.

“Cazzo, Manolete, perché mi tolgo gli stivali??” – sbottò Arturo quando vide il casino che aveva lasciato, come se fosse passato un uragano.

“Mi dispiace tenente, pensavo che aveste bisogno di me...”.

“Sì” - lo interruppe bruscamente – “non so ancora per quanto ...”.

Arturò guardò il soldato Francisco Ramírez, alias Manolete. Faceva un po' pena vedere le sue braccia galleggiare in un'uniforme troppo grande, e dire che era brutto era fargli un favore, però, a giudicare dai mesi che avevano trascorso insieme in quella giungla, era innegabile che il soldato Ramírez, come il torero Manolete, stava dove doveva stare. Scosse la testa rassegnato.

“Sei più stupido di una capra. Dai, vieni da questa parte e occhio a dove metti quei cazzo di piedi”.

Manolete avanzò come se camminasse sulle uova, s'inginocchiò vicino ad Arturo e guardò.

“A questo qui han fatto la festa” – commentò. “Gli hanno ficcato la punta del coltello sotto alle costole e poi sono saliti”.

“Così pare”.

“È il pezzo di carne che stavamo cercando?”.

Arturo lo guardò infastidito; era una definizione cruda ma esatta. Gli mostrò i documenti. Manolete lesse con difficoltà, sillabando le parole.

“È il *doich*” – confermò. “E chi può aver combinato questo guaio?”.

“Per quanto ne so in questa città chiunque può fare qualunque cosa. L’unica certezza è che qui non ci s’imbatte in un cadavere senza un motivo”.

“Ha più ragione di un santo, tenente. E allora, che si fa?”.

“Per ora, continuiamo a dare un’occhiata in giro”.

A essere realisti, il suo lavoro si sarebbe dovuto concludere con il ritrovamento, ma una multiforme curiosità lo spinse a esplorare il corpo in maniera metodica e minuziosa. Mentre lo faceva, si ricordò del Comando, che solo un’ora prima aveva raggruppato tutti gli uomini che sorvegliavano la nuova Cancelleria del Reich, sia quelli della Dienststelle e del Begleitkommando che quelli della Kripo, al fine di ispezionare l’edificio in cerca di tale Ewald von Kleist, alto poco più di un metro e novanta, quarant’otto anni, corpulento e bruno, senza andare nel dettaglio. L’ufficiale che avevano inviato per comunicare gli ordini in qualità di portavoce, aveva fatto di tutto per non lasciar trasparire le proprie emozioni, però a giudicare dal suo volto livido quella doveva essere una di quelle missioni il cui fallimento poteva portare alla rimozione dei gradi militari se non addirittura alla corte marziale. Nonostante la segretezza con cui avevano gestito l’identità della vittima, Arturo fece delle congetture sul modo in cui era arrivato la notte prima insieme a quattro individui in un enorme Opel Admiral completamente dipinta di nero, fari inclusi (avevano solo una striscia dipinta, che proiettava una scheggia di luce color giallo torbido), e senza alcuna insegna, seguiti da un distaccamento della Waffen-SS. Continuando a seguire il filo logico dei suoi pensieri, Arturo svuotò le tasche del cadavere tirando fuori marchi del Reich e *pfenning*, ormai inutili, un tagliaunghie, un piccolo coltello a serramanico, un’elegante portasigarette d’argento a righe, un cartoncino zeppo su entrambi i lati di note e cancellature ... Arturo con calma esaminò il cartoncino: era il programma di un matrimonio nei cui interstizi erano state scritte idee, equazioni, schemi, schizzi, abbreviature ... senza una qualche logica, un punto di

partenza. S'imbatté un paio di volte in quello che poteva essere una sorta di punto focale, una strana parola racchiusa da un cerchio: WuWa. Non c'erano altre annotazioni esplicative, però era disegnata in modo ben definito e ciò poteva sottolineare la sua trascendenza in mezzo alla velocità caotica di quelle parole senza senso. Stava valutando attentamente tutte le informazioni quando un ufficiale entrò di corsa nella sala: si era dimenticato degli altri due SS che erano con lui, ma loro non si erano dimenticati della catena di comando. Di riflesso nascose velocemente il cartoncino. L'Untersturmführer Franz Schädle, capo delle guardie della Cancelleria, si mise immediatamente sul bordo del plastico, andando oltre la sorpresa di scoprire gli stivali, uno in piedi e l'altro rovesciato. Arturo si voltò verso di lui. I tendini tesi ai lati del collo indicavano che stava per esplodere.

“Cosa fai, soldato?” - ringhiò.

Arturo balzò in piedi e fece il saluto nazista, cercando di non scaldare gli animi.

“Stavo verificando l'identità del defunto, mein Untersturmführer”.

“È il nostro uomo?”.

“Sì, mein Untersturmführer”.

“Molto bene. Il suo lavoro è finito, venga via di lì”.

Manolete e Arturo si affrettarono ad eseguire gli ordini e scesero dalla piattaforma. Arturo si mise rapidamente gli stivali e fece rapporto circa l'incursione nell'edificio; dopo di che passò agli aspetti secondari come lo stato del cadavere, il controllo dei suoi vestiti, gli effetti personali ... evitando di menzionare, senza un motivo preciso, il cartoncino. Quando ebbe finito, l'ufficiale ordinò ai membri delle SS di recuperare il cadavere. Lo fecero senza la minima cura, schiacciando gli edifici senza prestare attenzione a dove mettevano i piedi, come se fosse più importante nascondere la vittima che scoprire il suo carnefice. Poi, invitò Manolete e Arturo a sgomberare il campo e a tornare a svolgere le loro ronde abituali, non prima di aver loro ordinato di fare uso della principale facoltà della memoria: dimenticare. Dopo il saluto nazista abbandonarono il pianterreno della Cancelleria e si addentrarono negli stanzoni pieni di marmo, separati da porte che arrivavano al soffitto. Quel monumento al potere, innalzato per intimidire e impressionare i visitatori, offriva uno spettacolo spettrale. Erano stati levati tutti i quadri, i tappeti, i mobili ..., i soffitti avevano crepe enormi e le

finestre erano state sbarrate con delle assi di legno ... I loro stivali echeggiavano negli ampi corridoi.

“Ce n’è qui da fare eh, tenente?” - suggerì Manolete.

“Non è affar nostro”.

“Però non mi dica che non è strano”.

“Ti ripeto che non è una nostra responsabilità”.

“Beh certo, meglio non impicciarsi. Insomma...” - sospirò Manolete – “però una cosa sì, la possiamo fare”.

“Finire la ronda”.

“A parte questo. Mi riferivo al fatto che potremmo andare a fumarci una sigaretta in giardino”.

“Ma sei scemo? Lì ci congeliamo le palle”.

“Beh, tanto, per quello che ci servono ... Su, tenente, che questa casa porta iella”.

Arturo non rispose, assorto nei suoi pensieri. Contrariamente all’indifferenza mostrata fino a quel momento, non riusciva a togliersi dalla testa il corpo che aveva lasciato di sotto. Gli venne in mente che gli ufficiali avrebbero dovuto necessariamente comunicare quanto era avvenuto al Führerbunker della Cancelleria e una delle sue entrate più vicine si trovava proprio nei giardini. Non era solo curiosità: tutto ciò che avveniva in quel luogo era di sua competenza, soprattutto se questa sua competenza si metteva ad accoltellare la gente. Si strinse nelle spalle.

“Non ci farà male un po’ di aria fresca”.

Manolete sorrise come un bambino di fronte ad una torta di compleanno e insieme si diressero ai giardini. Appena uscirono, la morsa del gelo attanagliò le loro carni, raggiungendo i bavari dei cappotti grigi e solo il vapore rese ne visibile il respiro. Le fontane, il padiglione del tè, le statue, la serra... avevano lasciato spazio a pezzi di cemento, alberi sradicati e crateri enormi. Da lontano, der Amis, gli aerei statunitensi, demolivano ossessivamente Berlino (di notte

toccava ai Tommys, i britannici) e il fragore delle loro bombe irrompeva in questo inquietante deserto. Tutto quell'isterismo e quel decadimento era testimoniato da un leggero odore di bruciato. Salutarono le guardie appostate davanti alla casetta dell'uscita di emergenza del Führerbunker e Manolete tirò fuori una sigaretta. Arturo gliene chiese una per sé.

“Ma tenente, lei non fuma”.

“Oggi sì, fumo”.

Arturo mise da parte il fucile, prese la sigaretta e se la fece accendere. In quel mondo necessario, gli sarebbe piaciuto fare qualcosa senza alcuna finalità pratica, un rimasuglio di vita normale. Alla terza boccata di fumo iniziò a tossire.

“Visto? Il suo non è fumare”.

“Hai ragione” – disse Arturo spegnendo la sigaretta e restituendogliela. “Che giorno è oggi?”.

“Oggi?” – Manolete rilasciò il fumo in maniera disordinata - “14 aprile”.

“E cosa si sa di loro?” - disse Arturo indicando il cielo con il mento.

“Gli americani vanno verso l'Elba e si dice che i *rossi* stiano dando un fracco di legnate a destra e a manca a Seelow”.

“Ovvero uno è vicino e l'altro ancora di più”.

“Tra non molto busseranno alla nostra porta”.

Arturo guardò il cubo di cemento dell'entrata del bunker. Lì, a dodici metri di profondità, si nascondeva l'ex dominatore dell'Europa, Adolf Hitler.

“E quello non ha dato nemmeno una sbirciatina?”.

“Sta lì da un paio di mesi, tenente, ma ora credo che non ne dia e non ne riceva... e in quattro e quattr'otto passiamo dalla padella alla brace, glielo dico io”.

“Alla fine, meglio far buon viso a cattivo gioco, Manolete”.

“Ci creda o no tenente, questa è la faccia migliore che ho”.

Arturo contemplò la smorfia di ironica rassegnazione che si dipinse su quella faccia da cesso e sorrise tristemente. Poi studiò il bunker. Sapeva che quel cubo non interessava Manolete, lo disprezzava addirittura, perché non era in grado, al contrario di lui, di comprenderne la rilevanza storica. L'enorme bersaglio in cui il mondo aveva trasformato Berlino aveva lì il suo epicentro. L'intronizzazione del male, l'abolizione dell'umanità, l'estinzione del genere umano, il turbinio degli ultimi due anni della disfatta tedesca, tutto confluiva lì, in quel blocco fortificato. E nel suo impenetrabile e oscuro abisso der Führer, all'ultimo stadio della sua fuga dalla realtà, continuava a sognare la sua Germania, la città babilonica capitale di un impero germanico dalla durata millenaria, costruita in modo da permettere alla maestosità delle sue rovine di testimoniare in futuro la grandezza, mentre sopra la sua testa il futuro era già arrivato, un futuro di incendi e macerie e migliaia di tonnellate di bombe. Arturo sputò di lato e guardò Manolete.

“Che cazzo ci facciamo qui?” – chiese stanco, demotivato.

Era una domanda retorica, ma non aveva fatto i conti con l'ingenuità di Manolete, con la sua logica profonda.

“Non abbiamo altro posto in cui andare, tenente”.

In quel momento, dalla porta del bunker uscì uno stuolo di uniformi nere, pretoriani delle SS che avevano in custodia quattro civili dai capelli scuri e dagli impermeabili grigi. Arturo li riconobbe come coloro che erano giunti la notte prima col morto. La faccia di uno di loro era difficile da dimenticare: flaccida, molto pallida e priva di sopracciglia. I suoi occhi penetrarono quelli di Arturo per una frazione di secondo ed erano occhi neri, resi orientaleggianti dal freddo e dentro ai quali si intravedeva un abisso. Il gruppo scomparve rapidamente all'interno della Cancelleria.

“Qui sta per succedere un gran casino, tenente” – mormorò pessimisticamente Manolete.

Arturo non pronunciò alcuna parola, era in preda al suo sesto senso: continuava a frullargli nella testa quella parola, WuWa. Si levò il casco e se lo rimise, sistemò la cinghia del mitragliatore e guardò il cielo.

“Sì” – rispose infine vagamente, in maniera distratta – “e temo che non finirà bene ...”.

Una brezza profumata, come se sopra di loro ci fossero chilometri di campi di lillà, coprì per alcuni istanti l'odore di bruciato di Berlino. Finì la frase.

“Ma tu conosci qualcosa che finisce bene, Manolete ... ?”.

Tre milioni di anime

L'enorme gorilla, indebolito dalla scarsa alimentazione, osservava attentamente, seduto nella sua gabbia, i cinque soldati. Questi, fianco a fianco e in modo disordinato, gli restituivano lo sguardo con la stessa curiosità. Poco distante, a sorvolare un mattino appena nuvoloso, c'era l'enorme torre antiaerea del bunker dello Zoo. E in fondo, in un angolo del Tiergarten, si stagliava la rovina più maestosa di Berlino: il gigantesco Reichstag, sede del Parlamento.

“È molto feroce?” – chiese Arturo a colui che badava alle scimmie, un anziano che più che vecchio era antico.

“Non particolarmente: ogni tanto grida ma niente di più. Di certo Ivan è più feroce di lui”. Ivan era il soprannome dei soldati russi.

“Che dice?” – s'intromise Manolete.

“Dice che non ti devi avvicinare troppo perché la bestiola qui si è già pappata un paio di berlinesi” – lo canzonò Arturo.

“Il solito esagerato” - rispose in tono sprezzante.

In quel momento, il gorilla parve sbadigliare e subito dopo cacciò un urlo che fece sobbalzare i presenti e che diede libero sfogo al loro repertorio d'imprecazioni. Poi, tornò ad osservarli imbronciato.

“Cazzo, aveva ragione” - affermò Manolete.

“Ma dai, su, non siamo mica delle signorine” - si difese il capitano Hermógenes Guardiola alias Saladino, per la sua carnagione scura, eredità degli anni trascorsi in Marocco.

“Ma come, Saladino, se appartenete quasi alla stessa razza” – disse, prendendosi gioco di lui, il soldato Gonzalo Cremada alias il Ninfeo, per quanto era bello.

“Perché non hai visto lo spavento dipinto sulla tua faccia, Ninfetto” – lo punzecchiò Manolete.

“Che banda di ragazzini” – sentenziò Arturo con finta rassegnazione – “voi si che aspettate che vi tirino le noccioline ...”.

Tornarono a fare il loro lavoro ma sempre all'interno del clima di cameratismo, subordinazione e una certa dose di democrazia che dividevano e che caratterizzava i pochi spagnoli rimasti nella melma di Berlino. Era il 15 di aprile, una domenica fredda e luminosa, e anche se Arturo sapeva che quella era una definizione civile, che non aveva senso a quei tempi perché la guerra non aveva domeniche, si sorprende del fatto che lo zoo del Tiergarten (parco immenso e lussureggiante diventato ora terreno insalubre) mantenesse una parvenza di normalità, con berlinesi che visitavano qua e là le gabbie dei babbuini, degli uccelli tropicali, dei canguri, degli orsi ... Berlino, come tutte le città sotto assedio, si sforzava di mantenere viva la distribuzione dei giornali, la posta, la raccolta dell'immondizia, i suoi cinema e i suoi teatri, la circolazione dei mezzi pubblici, la puntualità sul posto di lavoro. Loro stessi quando potevano cercavano di aggirare i propri doveri e di squagliarsela, suggellando i rapporti d'amicizia con cognac, partite a carte, un caffè, una bella mangiata o una scopata a pagamento. Arturo era in città da un mese, grazie ad un errore burocratico che lo aveva assegnato alla difesa della capitale e che, visto lo sviluppo degli eventi, gli aveva salvato la vita. Manolete aveva vinto alla stessa lotteria e Ramiro, Ninfeo e Saladino li aveva conosciuti durante una cerimonia tenutasi presso l'Ambasciata spagnola, visto che facevano parte di differenti delegazioni ufficiali. Era una di quelle connivenze che si forgiavano in situazioni incandescenti e che quindi durano molto di più, cosa che Arturo apprezzava perché da tempo ormai quella familiare sensazione di solitudine, che lo faceva sentire come su di una mongolfiera che fluttua a centinaia di metri sopra l'umanità, lo aveva abbandonato. Cosciente dell'introspezione che lo aveva isolato nell'arco della sua vita, e che nel peggiore dei casi lo rendeva irascibile, lo sorprese il fatto che per la prima volta i demoni non albergavano dentro di lui, bensì ora erano occupati con la città di Berlino, concedendo una tregua al suo inferno personale. Aveva anche un'amante, Silke, una berlinese calda e dolce (con un marito, un guidatore di Panzer, dato per disperso a Kursk) con la quale divideva un amore non

esaltante ma serio, che lasciava spazio solo a comprensione, un certo grado di confidenza e a una compagnia stabile. Era felice? Pensandoci su con calma, si sentiva più in colpa che felice.

“A proposito Arturo, hai qualcosa in sospeso con l’Ambasciata?” - disse Ramiro, secco come un chiodo, con discrezione.

“No, perché?”.

“Perché oggi c’era il tuo nome nell’agenda del segretario. E non chiedermi come lo so perché non dovrei nemmeno saperlo”.

Arturo replicò, colto sul vivo:

“Beh no, non credo. Tu non ne sai nulla?”.

“Solo che eri nella lista”.

“Già”.

Manolete, che aveva sentito tutto, spalancò la bocca come un pesce fuori dall’acqua: aveva avuto lo stesso pensiero. Si avvicinò ad Arturo con finta noncuranza.

“Vuol vedere che qualche impiegatuccio ha trovato l’inghippo e ... addio vacanze?” - sussurrò.

“No, di questo si occupano i *doich*, e se non ci stiamo già giocando tutto vuol dire che non se ne sono accorti”.

Respirò profondamente. Anche lui voleva credere alle sue parole.

“Fidarsi è bene, ma non fidarsi è meglio, tenente” – insistette Manolete.

Arturo sorrise. Si rivolse al gruppo.

“Quindi alla fine cosa fate, portate del vino a Cita?”.

“No, l’ho appena visto giocare a Scopa” - affermò il Ninfeo.

“Beh di sicuro gioca meglio di te” – lo derise Saladino.

“Può essere, però io almeno rispetto le regole, arabo di merda, non come altri...”.

“Regole...?” – si stupì Saladino, come se il giocare pulito fosse un affronto ai suoi antenati.
“Ma cosa pensi che sia questo, *Uinbledon*?”.

La franchezza e l’ingenuità con le quali aveva risposto scatenò l’ilarità del gruppo. Sapevano tutti che la tragedia gli camminava accanto per cui una risata era sempre ben accetta.

“C’è un posto dove poter mangiare?” – chiese Ramiro circospetto.

“Dobbiamo solo seguire questo qui” – disse Manolete indicando Saladino – “che riesce a vedere un cieco in una notte buia e senza luce”.

“Beh vorrei vedere” – si difese Saladino – “col rancio contato per non dire misero che ci danno ... Conosco una bettola nella *nonsochestrasse* che non cucina solo salsicce”.

“Bene, allora io invito e tu paghi” – concluse il Ninfeo. “Come ci organizziamo?”.

Per abitudine, guardarono tutti Arturo, che era colui che, virtualmente, era il più alto in carica. Ma questi non rispose, aveva lo sguardo perso di chi sta ascoltando solo se stesso.

“Tenente ...?” – lo ridestò il Ninfeo con tono soave.

“Sì, scusate ...” – abbozzò un lieve sorriso di cortesia.

Cercò rapidamente nella sua riserva personale di bugie:

“Temo che oggi non potrò essere dei vostri, mi sono appena ricordato che devo sbrigare alcune faccende all’Ambasciata che non ammettono deroghe. Sarà per un’altra volta”.

Rompere la disciplina del gruppo gli costò una bordata di fischi che sfiorava l’insubordinazione, ma ad Arturo non importava la disparità di trattamento tra ufficiali e truppa, così comuni quando si condivide la fatica. Tagliò corto.

“Beh visto che continuate, è il caso di mettervi in riga”.

Fu una manna dal cielo. Ramiro, l’unico che aveva rispettato la gerarchia, gli si avvicinò di soppiatto per ricordargli che ambasciatore non porta pena. Arturo lo tranquillizzò assicurandogli che sarebbe stato una tomba; dovette anche stemperare la tensione di Manolete, la cui fermezza interiore pareva di cartapesta.

“Vado a dare un’occhiata, non si sa mai” - affermò senza alcuna logica.

“Ok, seguitemi, branco di lumache” - disse Saladino.

“Però prima dovremmo salutare Cita, no?” - li bloccò il Ninfeo.

Manolete cercò il guardiano, il cui viso rugoso come una prugna secca pareva non aver mai conosciuto la gioventù.

“Gli chieda come si chiama la bestiola” - chiese ad Arturo.

Lo fece.

“Che ha detto?” - lo interrogò poi Manolete.

“Dice che non ha un nome”.

“Che strano, no?”.

Restarono tutti in silenzio mentre contemplavano l'enorme primate. Il suo corpo e il suo sguardo parlavano della rilucente vegetazione di una selva violenta, fertile e soffocante, dove non c'era posto per scrupoli, pietà e giustizia, e dove un omicidio affascinante e collettivo era il pane quotidiano. Quell'animale svuotava di significato l'espressione madre natura, negava gli uomini e la loro civilizzazione.

“No, non è strano” – concluse Arturo. “Cosa, lo è ...”.

Arturo si diresse a passo spedito verso l'ambasciata spagnola, nel quartiere diplomatico di Tiergarten. In assenza dell'ambasciatore, che già se n'era andato causa malattia, il conte di Bailén, primo segretario, aveva fatto chiudere ufficialmente l'edificio due settimane prima, andandosene lui stesso in Svizzera con funzionari, chiavi e documenti. Era rimasta però una pattuglia semiclandestina composta da cinque persone che si occupavano di sbrigare le ultime pratiche con la diplomazia tedesca e di rimpatriare la colonia spagnola. La Lichtensteinallee non era distante, ma lo era abbastanza da permettere ad Arturo di comprendere fino a che punto la guerra aveva devastato la Germania. Edifici tranciati, squarciati; strade vuote e viali pieni di buche e macerie; caseggiati interi volatilizzati ... Il fragore sordo e continuo che arrivava dall'est era di un'intensità tale che nei distretti orientali della capitale, per quanto ci si trovasse a sessanta chilometri dal fronte, le case tremavano e i quadri cadevano dalle pareti.

Nonostante ciò, difendersi non era la preoccupazione principale di cittadini emaciati dalla mancanza di viveri e dalla tensione; ciò che li preoccupava era il fare rifornimenti alimentari prima che la città venisse presa d'assedio, come Arturo stesso aveva potuto constatare ad ogni angolo, dove i berlinesi sopportavano lunghe attese in coda davanti alle panetterie e ai negozi di generi alimentari. Giunto a destinazione, Arturo recuperò un imbuto dal bel mezzo della strada e si piantò di fronte all'enorme e familiare struttura a V dell'edificio, con l'emblema dell'aquila di San Giovanni con giogo e frecce che domina una facciata distrutta parzialmente da una bomba. Suonò alla porta e poco dopo venne Matías ad aprire, un dattilografo biondo e slanciato al quale Arturo espose la necessità fittizia di dover fugare dei dubbi circa i possedimenti dell'esercito tedesco nel periodo in cui aveva prestato servizio nella División Azul. Matías lo fece passare fino alla scalinata d'onore, poi lo guidò all'interno di un edificio vuoto fino all'ufficio del segretario dell'Ambasciata. Gli intimò di attendere qualche istante prima di entrare, mentre veniva annunciato. Tornò poco dopo e lo informò, con un tono di voce talmente basso che Arturo fece fatica a sentirlo, che il segretario lo aspettava, pregandolo di lasciargli in custodia casco e armi. Arturo non oppose alcuna resistenza e gli consegnò anche la Tokarev che si era portato via come souvenir dalla Russia. Entrò nell'ufficio, una stanza piccola, fredda e spoglia che metteva a disagio, ma che al tempo stesso imponeva il rispetto dovuto. Seduto dietro ad una scrivania, sotto al ritratto del Caudillo, lo attendeva Francisco Maciá, in quel momento massimo rappresentante della diplomazia spagnola all'interno del Reich. Indossava un vestito dal taglio impeccabile e dava la stessa impressione sobria e asettica dell'ufficio in cui si trovava. Arturo si avvicinò alla scrivania e fece il saluto militare. Maciá si alzò lasciandosi il vestito, uscì da dietro la scrivania e gli tese la mano, dandogli il benvenuto con un lieve sorriso di artefatta cortesia. Arturo decise che il segretario non era molto di tutto: non troppo alto, ben messo ma non robusto, di bell'aspetto ma non propriamente bello. Questi gli porse una sedia, lo invitò a sedersi e tornò alla sua scrivania.

“È un caso fortuito che l'ha portata qui, oggi, all'Ambasciata” - prese a parlare con studiata lentezza. “Mi hanno già informato dei suoi problemi pecuniari, però oggi l'avrei fatta chiamare per un altro motivo”. Arturo si riaccomodò sulla sedia, si aprì parzialmente il cappotto di lana e viscosa e mantenne un'espressione fintamente cortese:

“Mi dica”.

“Prima posso offrirle un caffè? È caffè caffè, non si preoccupi”.

“È da molto che non ne assaporo l’aroma, lo bevo volentieri”.

Macía fece una rapida telefonata a una linea interna e riprese poi il filo del discorso.

“Bene, prima di cominciare vorrei chiarire alcune cose”. Si schiarì la voce. “ Lei si è guadagnato una meritata reputazione in seno all’estinta División Azul come risultato degli sfortunati avvenimenti occorsi a Leningrado. Nonostante ciò, tanta fu la mia sorpresa quando dalla Spagna m’incaricarono di gestire questa piccola faccenda, con ordini precisi sul fatto che fosse proprio il tenente Arturo Andrade Malvido a occuparsene. È chiaro che al Ministero degli Esteri sanno chi è lei, quello che non riuscivo a capire era come riuscire a localizzarla, visto e considerato il rimpatrio della División Azul. Posso assicurarle che la mia sorpresa si tramutò in sconcerto quando m’informarono che lei si trovava a Berlino e che, se fosse stato ancora vivo, avrei dovuto mettermi in contatto con lei immediatamente”. Fece una pausa. “Quindi, la prima cosa che le vorrei chiedere è: che cosa ci fa ancora qui?”.

Era una buona domanda. Arturo ripercorse mentalmente gli ultimi due anni della sua vita. Dopo aver risolto i crimini avvenuti all’interno della División Azul, grazie ai quali era stato reintegrato al grado di tenente, era miracolosamente sopravvissuto al massacro sovietico di Krasny Bor (dove più di duemila spagnoli perirono nel giro di ventiquattro ore ed era ancora vivo in lui il ricordo della brutale lotta ingaggiata con uno degli assalitori, coltello alla mano) e alla carneficina della battaglia sulla riva occidentale del fiume Ishora. In quel momento della guerra, alla fine del 1943, qualunque tipo di ideologia il regime spagnolo aveva accolto in patria si era trasformata in un’insaziabile ricerca, conquista e conservazione del potere, visto che il fastoso altare della lotta al comunismo e la fratellanza ispano-tedesca si stavano sgretolando sotto la devastante superiorità militare sovietica, la pressione di inglesi e americani e l’allarmante debolezza dell’Asse. Il volo già costante delle Furie sopra i cieli tedeschi spinse i topi ad abbandonare la nave prima che affondasse e mentre la Wehrmacht batteva in ritirata, dal punto più distante del suo avanzamento orientale e occidentale fino al cuore del Reich, la Spagna passava dall’essere non belligerante a neutrale e da questo a un non c’ero e se c’ero dormivo. Prima vittima fu la División Azul, che era stata rimpatriata lasciando sul posto due piccoli contingenti volontari per salvare il salvabile, la Legión Azul e la Escuadrilla Azul, considerati poi troppo pericolosi per i destini della patria e quindi sciolti

nel giro di un paio di mesi. Solo ai soldati che volevano arruolarsi nelle file della Wehrmacht o delle SS fu concesso di restare, ma lo stato spagnolo si lavò le mani della loro sorte. Arrivato a questo punto, Arturo stesso non sapeva esattamente perché continuava a stare sul ciglio di quell'abisso. Nessuna motivazione ideologica o pressione gerarchica lo teneva lì; avrebbe potuto prendere quel treno a Nikolajevska e tornare a Madrid per reintegrarsi tranquillamente in una placida routine militare. Ovviamente aveva preferito arruolarsi nella Legión Azul per poi passare alla brigata belga delle SS di Léon Degrelle, la Wallonie, come semplice granatiere, lottando e soffrendo in Pomerania contro le avanguardie sovietiche. Trasferitosi a Potsdam, entrò a far parte dell'Unità Ezquerra, un gruppo di combattimento formato dal capitano Miguel Ezquerra su spinta tedesca che, inquadrato nelle Waffen-SS, avrebbe dovuto occuparsi della difesa di Berlino e dopo il quale, per un qualche sortilegio burocratico, era finito a pattugliare la Cancelleria. Perché, si chiese, continuava a sbatterci la testa, testardo come un mulo? Non aveva certezze. Forse la guerra si era convertita in uno stato di coscienza, uno stato primitivo e ipnotico che lo legava indissolubilmente a una sensazione di mistero, pericolo e bellezza. Forse.

“Dobbiamo impedire a quell'orda di mongoli di invadere l'Europa, lottando fino all'ultimo sangue contro il bolscevismo” - mentì.

Maciá lo guardò come se stesse cercando se stesso nel riflesso di uno specchio. Se trasse alcune conclusioni, le tenne per sé.

“In un momento così critico e difficile avere uomini come lei è assolutamente lodevole” – rispose. “La nostra madrepatria conosce bene la qualità del vostro spirito tenente, e ne è orgogliosa. Potremmo forse aver perso questa battaglia, ma continueremo a lottare dove, se e quando sarà necessario in questa Crociata contro i nemici della Spagna. Ed è qui che entrate in gioco voi, di nuovo”.

“In cosa posso esservi utile?”.

Maciá non perse tempo; fece scendere la bandiera bianca e issò la bandiera nera con tibie e teschio.

“Andrò dritto al punto” - disse appoggiando le mani su una cartellina di cuoio. “La Germania sta perdendo la guerra e la situazione spagnola è, quanto meno, delicata. Da una parte il paese

dipende dal petrolio degli Stati Uniti, dall'altra ci sono le ostilità degli Alleati che hanno mal interpretato il nostro impegno a lottare contro il comunismo *anche* a fianco dei tedeschi, e che ora compiono azioni di rappresaglia. E a tutto ciò dobbiamo aggiungere il fatto che la Spagna ha al suo interno certi elementi ..." – Arturo sapeva che aveva evitato di continuare: falangisti – " approfittatori e opportunisti che continuano a tramare alle spalle del Caudillo. Così stanno le cose, la nazione deve stare attenta perché qualsiasi cosa può essere compromettente, anche la vostra presenza qui, a combattere per il Reich, la compromette. Di fatto, lei non esiste".

Maciá lo guardò in modo circospetto, in attesa dell'effetto provocato dalle sue parole.

"Ne sono cosciente" – ne convenne Arturo.

"Mi creda, questo le fa onore. Certo, anche ai migliori capita di sbagliare e con questo voglio dire che dobbiamo essere previdenti. Avrò sentito le dicerie...".

"Quali dicerie?".

"WuWa" – rispose Maciá in tono grave.

Arturo sostenne il suo sguardo una frazione di secondo più del dovuto. Si morse la lingua e schiarendosi la gola disse:

"Di cosa sta parlando?".

Maciá stava per rispondere quando bussarono alla porta. Il segretario diede il suo permesso e Matías entrò portando un vassoio con due tazzine di caffè, che lasciò fumanti sul tavolo insieme ad una zuccheriera e a due cucchiaini. Oltre al gradevole odore di caffè, Arturo poté sentirne un altro, oleoso, proveniente dalle mani di Matías che sicuramente aveva maneggiato la sua Underwood. Chiese il permesso di congedarsi e chiuse delicatamente la porta.

"WuWa" – ripeté Maciá avvicinandosi una tazzina – "le *Wunderwaffen*, le armi miracolose".

Arturo fece per aggiungere zucchero al proprio caffè, ma si fermò. Come aveva potuto non mettere in relazione la parola scritta nel cartoncino che custodiva in tasca con quel farneticante mito nazista?!

"Ma questa è una leggenda metropolitana" – e continuò col suo repertorio di gesti volti ad addolcire la sua bevanda fumante.

“Così pare. Goebbels sono mesi che paventa l’esistenza di nuove e incredibili armi in grado di cambiare il corso della guerra. Assicura che la Wehrmacht sta facendo avvicinare i russi solo per tendergli una trappola ma, eccezion fatta per i razzi V1 e V2 e per i cacciabombardieri a reazione Me-262, finora non si è visto nulla di così miracoloso, e di certo le suddette armi non stanno facendo un granché”.

“È solo un’invenzione del signor Goebbels per tenere su il morale della popolazione”.

“È probabile. Anche quando lo scorso aprile Mussolini fece visita al Führer al castello di Klessheim ottenemmo rassicurazioni da parte di Ciano in persona su quello che Hitler promise in quell’occasione ...” – aprì uno dei cassetti della scrivania e tirò fuori un foglio che mise al centro della cartellina di cuoio. “Cito letteralmente: *Abbiamo aeroplani a reazione, abbiamo sottomarini che non possono essere intercettati, artiglieria e carri armati colossali, sistemi di visione notturna, razzi di straordinaria potenza e una bomba il cui effetto sorprenderà il mondo ...*” - qui titubò. “È stato tutto ammassato, con una sorprendente velocità, nei nostri nascondigli sotterranei. Il nemico lo sa, ci colpisce, ci distrugge, però alla sua distruzione risponderemo con un uragano e senza bisogno di ricorrere alla guerra batteriologica, per cui saremmo comunque pronti. Ogni mia parola è suffragata dalla verità.... Ripeto, anche quando sapemmo di questa intervista, non le demmo particolare peso”.

Seguì un silenzio tombale alle parole di Maciá. Arturo continuò mescolare il caffè al ritmo delle lancette dell’orologio. Ne prese un piccolo sorso.

“Un caffè eccellente” – rifletté attentamente. “Quindi?”.

“Come le ho detto, tutto ciò non sarebbe mai stato preso in considerazione se non fosse per il nostro servizio d’informazione in Italia, che ci ha ragguagliato in maniera spiccia su un certo Luigi Romersa”.

“Dovrei conoscerlo?”.

“Non necessariamente. È un giornalista inviato dal Duce in ottobre in missione speciale: venire in Germania e informarlo su quanto c’era di vero nelle parole di Hitler”.

“E quanto c’era di vero?”.

Maciá si grattò il mento in un gesto riflessivo.

“Sta proprio qui il problema: si avanzano ipotesi e mancano criteri. I dati sono imprecisi, generici ... I nostri agenti affermano che tale Luigi tornò impressionato, parlando di fabbriche sotterranee grandi come città e piene zeppe di ordigni prodigiosi, e di come assistette alla prova di una misteriosa bomba, una speciale bomba atomica, capace di portare distruzione nel raggio di chilometri”.

“Già” – affermò Arturo scettico, dando un'altra sorsata - “un altro racconto di fantasia, suppongo”.

Maciá rimise il foglio nel cassetto e mosse la testa come se non lo facesse da chissà quanto tempo.

“Bene, noi dobbiamo badare ai fatti e questi sono che in Normandia il SHAEF ha dato notizia della distruzione di venticinque carri armati britannici da parte di un solo Tiger, un modello mai visto prima. Gli Me-262 hanno bombardato e fatto saltare in aria il ponte di Remagen sul Reno, come in un tiro al bersaglio. La fanteria americana ha scoperto un franco tiratore che sparava di notte mietendo parecchie vittime quindi vuol dire che poteva vedere chiaramente nell'oscurità. Sono casi isolati, eccezionali, ma sono provati, sono fatti”. Ridisegnò la linea del proprio sopracciglio e continuò: “Alla luce di ciò, assume un significato anche la singolare sicurezza con cui Mussolini affermò, durante il suo comizio di dicembre a Milano, il suo ultimo discorso pubblico, che i tedeschi di lì a poco avrebbero attaccato le città Alleate con bombe capaci di raderle al suolo completamente. E a febbraio di quest'anno, nel suo ultimo discorso trasmesso, Hitler chiese perdono a Dio per l'utilizzo di un'arma sterminatrice e definitiva”.

“E perché non l'ha ancora usata?” – chiese Arturo categorico.

Maciá valutò la sua domanda con calma e rispose con un'altra domanda.

“Si è mai chiesto perché il popolo tedesco si ostini a resistere in modo così irrazionale, così feroce?”.

“Credo che da un lato sia dovuto alla disciplina e dall'altro alla paura che nutrono nei confronti dei russi”.

“Può essere. E perché gli Alleati hanno moltiplicato i bombardamenti anche se siamo così vicini alla fine, ordinando ai loro generali di accelerare la conquista di Berlino?”.

“Voglia di finire la guerra”.

“Può anche essere che la Wehrmacht abbia bisogno di tempo per ultimare ciò che c’è da ultimare. Oppure che sia tutto pronto, ma che stia aspettando di avere i russi sotto tiro, che tutto questo gli Alleati lo abbiano già fiutato e che per questo siano nervosi e agiscano di conseguenza ...”.

Rimase in silenzio, sottintendendo ciò che condizionava tutto: l’atomica nazista. Arturo finì il suo caffè forte, lo stesso che si stava raffreddando nella tazza intatta di Maciá.

“Perché mi ha fatto chiamare, signor segretario?”.

“È molto semplice tenente: per avere un criterio invece di un’opinione. Il nostro dovere è quello di salvaguardare l’integrità della Spagna, e se c’è anche la seppur minima possibilità che il nuovo ordine nel quale dovrà muoversi la patria non sia quello prestabilito, noi la dobbiamo considerare. Dio è sempre al fianco dell’esercito più forte, e la Spagna è sempre al fianco di Dio, siamo d’accordo?”.

Arturo la giudicò una sofisticatissima dimostrazione di cinismo.

“Assolutamente” – rispose tendenzioso.

“Lei si trova ora destinato alla Cancelleria ed è tra coloro che sanno cosa guardare, ma anche di quelli che non hanno paura a farlo. Per tutto il tempo in cui la delegazione rimarrà a Berlino, lei sarà i nostri occhi e le nostre orecchie, e ci terrà aggiornati su qualsiasi cosa possa essere attinente a ciò che ci preoccupa. È scontato che se lei rientrerà in Spagna, tutto questo sarà tenuto in considerazione, a tempo debito”.

“Ho capito. Sono ai suoi ordini”.

Maciá abbandonò allora l’archetipo del diplomatico; era chiaro che aveva un’intelligenza piena di sfumature, o almeno ne dava l’illusione, e Arturo pensò che non gli costava nulla passare ad un tono più cordiale senza patetici gesti di intimità, né propositi di falsa amicizia.

“Molto bene tenente. Ha bisogno di qualcosa?”.

“Presumo che se dovessi aver bisogno di qualcosa potrei chiedere a lei?”.

Maciá rifletté bene prima di rispondere, con la stessa attenzione con cui avrebbe maneggiato una penna che perdeva inchiostro.

“Entro i limiti e in forma non ufficiale sì, posso” – concluse. Poi aprì un altro cassetto e ne estrasse una grossa busta gialla che mise proprio al centro della cartellina di pelle. “Sono dollari, sono certo che potranno esserle utili per levarla d’impaccio in certe situazioni. Matías le consegnerà una radio con la quale potrà mettersi in contatto con noi quando tutto diventerà impossibile; le suggerisco di nascondersela in un luogo sicuro. E a proposito, tenente, non mi sentirei in pace con la coscienza se non le facessi quest’ultima osservazione”.

“L’ascolto”.

Le parole di Maciá che seguirono lo sorpresero per la loro franchezza.

“Ascolti, questa città si trasformerà in un inferno. Qui ci sono tre milioni di anime condannate. E almeno che non avvenga un miracolo, i russi si vendicheranno per quello che i nazisti hanno fatto passare loro durante l’occupazione. Di fatto, hanno già dimostrato di quali nefandezze siano capaci in Prussia, in Slesia, in Pomerania ... Lei c’era in Pomerania, vero?”.

Arturo ricordò le immense carovane, la fiumana omerica di donne e bambini affamati, terrorizzati, che fuggivano dai *frontoviki* sovietici; il clima immisericordioso; le atrocità, i saccheggi, le fiamme, il sangue di una lotta febbrile e senza tregua che scorreva a fiotti, sempre in ritirata tra i boschi coperti di neve.

Annuì senza replicare e Maciá interpretò il suo gesto come un incitamento a continuare.

“In più, in città ci sono anche trecento mila stranieri che lavorano, schiavi, cavalli di Troia e tra loro molti spagnoli rossi in attesa di un risarcimento per la guerra che hanno perso. Mi creda, sebbene Hitler sia alla fine dei suoi giorni, l’unica cosa che li tiene a bada è l’abitudine di scattare quando schiocca la frusta e non appena troveranno il coraggio sufficiente per accorgersi che non c’è più nessuno a maneggiarla saccheggeranno, ruberanno, uccideranno, stupreranno ... Lo faranno, e lo faranno con consapevolezza, senza dubbio alcuno. La delegazione non starà qui per molto, cinque o sei giorni al massimo. Abbiamo un aereo pronto a Tempelhof per farci evacuare in Danimarca quando le cose si metteranno male. Con questo

voglio dire che, se alla fine ritiene la lealtà verso i tedeschi solo una questione di date, e considerata la sua cortesia, ci sarà sempre posto per lei in quell'aereo”.

Arturo abbozzò un sorriso sfumato. Alla fin fine, ripensò: quello di Maciá non era un raffinato cinismo, ma solo un modo di precedere gli eventi.

“Grazie infinite, signor segretario. Lo terrò a mente. Anche se per ora credo che Berlino sia un posto buono come un altro in cui spargere le mie ceneri”.

“La decisione spetta a lei. Per concludere, credo non ci resti altro che ciò che le appartiene ...”.

Il disorientamento di Arturo fu il terzo partecipante a quella riunione.

“Sì” – seguì Maciá – “i suoi averi ...”.

“Ah sì, certo ...”.

“Se comunque desidera avere maggiori informazioni” – Arturo non riuscì a capire se il suo *comunque* aveva una doppia chiave di lettura – “parli con Matías. Bene, ha bisogno di altro? Ho dimenticato qualcosa?”.

Arturo sapeva bene che la franchezza è una virtù solo quando si manifesta verso i propri superiori.

“Cibo” – disse senza tentennamenti. “Se potesse procurarmi del cibo potrebbe alleggerirmi il compito”.

“Ma certo”.

Maciá accompagnò la sua risposta con il gesto di chi non dà importanza al fatto che gli vengano messi i puntini sulle *i* e si alzò con disinvoltura, lasciando intendere la sua cortesia senza rimarcarla apertamente. Si stiracchiò il vestito con una mano e tese l'altra. Arturo si congedò militarmente e poi gli diede la mano.

“Bene, *vista, suerte y al toro tenente*”.

Il fatto che Maciá riprendesse il motto di García Morato, famoso asso dell'aviazione nazionale durante la guerra civile, non fu certo di conforto ad Arturo, visto la fine disastrosa

che costui aveva fatto. Prese la busta e con essa, ne fu certo in quello stesso istante, qualunque speranza di essere salvato.

Senza che gli venisse detto nulla e non senza fatica, lo svelto Matías gli consegnò una pesante radio, che Arturo si mise in spalla come uno zaino e, a conferma dell'ordine di Maciá, un pacco contenente del cibo. Per salvare le apparenze, si sentì obbligato a chiedere delucidazioni in merito al possibile ammontare dei compensi che l'esercito tedesco gli doveva; poi, si fece accompagnare alla porta. All'esterno lo attendevano un freddo pungente che lo trapassò come una lancia e un malessere quasi fisico nell'aria. Si appese la Schmeisser al collo, controllò lo stato del suo Tokarev e lasciò che la sua immaginazione contemplasse le Furie che, con le loro divine ali nere, stavano appollaiate sui cornicioni di Berlino. Gli antichi erano talmente impauriti da quelle feroci divinità che non si azzardavano neppure a nominarle, e le chiamavano ironicamente Eumenidi, le benevole. Ma Arturo non aveva paura di chiamarle col loro nome, una per una, mentre lo osservavano coi loro grandi occhi neri, marmorei e brillanti, Tisifone, Alecto, Megera.

La prima cosa da fare era trovare un luogo sicuro in cui nascondere la radio. A parte il rischio che correva camminando con quell'apparecchio per le vie di una città che stava subendo un bombardamento mirato a farne mille pezzi, tali da poter essere infilati in una racchetta da tennis, la nevrosi di Goebbels per la quinta colonna e i disfattisti aveva riempito la capitale di pattuglie di SS pronte ad eseguire giudizi più che sommari senza batter ciglio e per i quali, in una giornata *no*, uno spagnolo qualunque con una radio, per militare che fosse, poteva essere incolpato di spionaggio in favore di Ivan circa le difese di Berlino. Queste erano le sue riflessioni quando, entrando nella Potsdamer Platz, vide un Kübelwagen scoperto, la solida camionetta tedesca che si era fermata casualmente, in un modo che di casuale aveva ben poco, qualche metro più avanti, salendo sul marciapiede. Affianco, dipinto su un muro, c'era un avvertimento tranquillizzante come un corvo: TOD UND STRAFE FÜR PFLICHTVERGESSENHEIT, "Morte e castigo a chiunque non compia il proprio dovere" e all'interno del mezzo c'erano due SS vestiti di nero, i cui cappotti erano un monito per ricordare a tutti chi avevano di fronte e quali erano le loro intenzioni. Arturo capì perfettamente che era una trappola, ma non sapeva se cascarci o meno. Quei due erano sicuramente lì per lui, ma non sapeva *perché* fossero lì. Poteva solo essere per il cartoncino che aveva nella tasca del giaccone e se fosse stato così, non avrebbe tardato molto a ritrovarsi

al cospetto del Padreterno. Anche se stava congelando, sentì il sudore che gli correva lungo la schiena; ciò nonostante non gli passò per l'anticamera del cervello di scappare, e con la faccia di chi non ha nulla da perdere mantenne ben salde le gambe, che come pistoni continuavano dritte per la loro strada. Quando giunse alla loro altezza uno degli SS, uno Scharführer con dei lineamenti talmente volgari che l'evoluzione pareva averlo solo sfiorato, si mise in piedi appoggiandosi al parabrezza e gli intimò di fermarsi. Arturo si fermò e fece il saluto nazista.

“S'identifichi” – abbaiò l'SS.

Arturo si rese conto che era una richiesta costruita, però stette al gioco e s'identificò. Dovette rispondere anche a un paio di domande, una di rigore e un'altra impertinente riguardo la sua origine, il destino e la sua fedeltà al Führer. Dopo aver assolto alla sfilza di domande, il suo compagno, che una volta sceso dal veicolo, nonostante fosse molto alto, non sembrava poi così aitante, aprì lo sportello posteriore e gli parlò come se gli importasse convincerlo, informandolo che era tutta la mattina che lo stavano cercando con la sua foto sul parabrezza e che doveva seguirli, così avevano ordinato loro: qualcuno gli voleva parlare. Quel singolare apprensivo e losco, lasciava intravedere un incontro freddo come il marmo.

“Dove dobbiamo andare?” – indagò Arturo.

“Prinz-Albrecht-Strasse”.

Il solo pronunciare quelle tre parole provocò in Arturo il timore che i due SS potessero sentire, oltre al puzzo di sudore del suo cappotto, l'odore della paura che lo attanagliò all'istante. Annuì e pensò, con una certa dose di cinismo, che quel giorno era davvero l'uomo più famoso di Berlino. Senza proferir parola salì sul Kübel, e dopo che gli occupanti ne ebbero chiuso gli sportelli, il mezzo si avviò spanciando tra i crateri delle strade berlinesi. Durante il breve tragitto verso il distretto governativo, Arturo, con la faccia tagliata dal freddo e la mano nell'elmetto d'acciaio, rifletté sul fatto che la paura era stata progettata per aiutare a sopravvivere; era qualcosa di naturale, bisognava saperla gestire, soprattutto se si stava per essere condotti al numero otto della Prinz-Albrecht-Strasse, sede della Reichssicherheitshauptamt o RSHA, l'Ufficio Centrale della Sicurezza del Reich. Nel vecchio palazzo si mischiavano gli uffici del Sicherheitsdienst o SD, il servizio di sicurezza delle SS e la Sicherheitspolizei o SIPO, la polizia di sicurezza, che comprendeva la Kripo, la polizia criminale, e la temibile Gestapo, la polizia politica. Ed era da lì, che in modo efficace e

metodico, avevano organizzato un terrore che aveva bruciato uomini e incendiato confini nel corso di sei lunghi anni. Dopo essersi lasciato alle spalle file di facciate ottocentesche, il Kübel si trovò di fronte al portone principale, asimmetrico come il resto dell'edificio a causa dei bombardamenti. Appena scese dal veicolo Arturo fu ingabbiato dai due Schutzstaffel e condotto al suo interno. Dopo un controllo di sicurezza scesero un'immensa scalinata fino a un vestibolo che fungeva da sala d'attesa, con un tetto a volta e tre immense finestre a forma di arco. Negli intercolunni giacevano i busti di Hitler e Göring. Era la prima volta che metteva piede all'interno della RSHA, la Casa degli Orrori, com'era stata battezzata dai berlinesi, e invece dell'energia oscura e della spettralità pulsante che la sua immaginazione si aspettava di trovare, si sorprese puerilmente dell'efficienza industriale che si respirava nei suoi corridoi, una minuziosità d'incartamenti in triplice copia che, mescolata a una crudeltà primitiva, aveva avuto effetti devastanti sull'Europa. Solo un qualcosa di febbrile e frettoloso nei movimenti indicava la tragedia che pendeva sopra le loro teste; era evidente che sapessero bene che nel libro nero dei russi, in cui annotavano le persone con cui avevano dei conti in sospeso, le SS occupavano un capitolo intero, per cui una delle cause primordiali di quella babele era la distruzione esaustiva di documenti. Alcune porte aperte e chiuse d'improvviso tradivano le scene che si stavano ripetendo in tutti gli uffici e i dipartimenti della Allgemeine-SS su tutto il territorio del Reich, l'eliminazione sistematica di migliaia di tessere color mattone dei registri personali, dossier, autorizzazioni firmate, ordini ... segni di una responsabilità che aumentava man mano che ci si allontanava dagli uomini armati. Ma soprattutto si disfacevano delle pile di *Dienstaltersliste*, volume segreto che si stilava più volte l'anno e che conteneva le liste gerarchiche degli ufficiali delle SS, con nomi, destinazioni, incarichi, onorificenze ... In definitiva, un bella preda per le falci dello SMERSH sovietico. Ciò nonostante la bestia, per quanto ferita e braccata, respirava ancora, e di lì a poco Arturo avrebbe tenuto la sua testa tra quelle fauci. Coloro che lo avevano scortato lì si stavano trattenendo all'interno di un ufficio e quando se ne rese conto, si ritrovò già in marcia verso i sotterranei del complesso.

“È qui” – gli disse la SS che pareva il poliziotto buono della coppia.

Picchiarono a una porta metallica ricoperta di macchioline di ruggine e aprì loro un altro membro di quell'ordine nero, un tipo con nessun lineamento particolarmente marcato che portava l'uniforme in parte sbottonata e puntellata di patacche scure. L'odore di panico investì immediatamente Arturo: aria satura di merda, sangue, urina e sudore a cui si aggiungeva il

caratteristico aroma dolciastro della sala interrogatori che cerca di lavare via continuamente tutto ciò che è stato in precedenza. I suoi accompagnatori considerarono compiuta la loro missione e si voltarono per metà senza andare via; Arturo entrò allora in una di quelle stanze senza finestre degne dei peggiori incubi e dalle quali si riesce a uscire solo all'alba tra le grida e madidi di sudore. Al centro della stanza, appena illuminato da una luce fioca sui toni del whisky, c'era un uomo nudo seduto su una sedia nerastra ancorata al suolo; cinture e anelli gli ghermivano caviglie, polsi, torace e testa. Dietro di lui usciva un groviglio di cavi elettrici collegati a una specie di monitor dove un altro SS con la faccia da bulldog e le braccia lunghissime controllava il voltaggio. Vicino a lui, in piedi, un Hauptsturmführer con le gambe arcuate, come se avesse prestato servizio nella cavalleria, e un volto errabondo che non si decideva tra la noia e la pigrizia. Sembrava essere colui che presiedeva quella inquisizione. E in angolo, una presenza in penombra che Arturo non riusciva a mettere a fuoco: nel corso della sua vita aveva imparato a temere soprattutto quelle presenze. Si mise sull'attenti, gli stivali che sbatterono con un suono sordo e il braccio alzato.

“Vede ciò che succede ai nemici del Reich?” – gli chiese il capitano con un'occhiata distratta, senza rispondere al saluto.

Arturo si limitò ad adottare il gesto più consono che la gravità imponeva.

“Lasci la sacca e l'arma, si metta comodo. E si goda lo spettacolo”.

Arturo eseguì gli ordini e appoggiò zaino, casco e fucile alla parete. Guardò quel povero disgraziato. Gli era difficile farlo: pareva un cadavere pronto per una sessione di anatomia, se non fosse stato per il fatto che continuava a respirare. Era un individuo ben piazzato, con molta peluria, e il viso tumefatto dai colpi ricevuti rendeva difficile la sua identificazione. Il suo corpo era coperto di violacei segni di frustate, schizzati da goccioline di sangue. Il capitano fece un breve cenno con la testa e l'uomo fu lanciato in avanti, roteando gli occhi, da una forza devastante che gli maciullò ogni singolo nervo, dalla testa ai piedi. Con i suoi mille aghi l'elettricità gli frugava tra i fori della pelle, trasformandone gli occhi in palle di fuoco. Poi tornò a raggomitolarsi sulla sedia, come una marionetta con i fili momentaneamente rilassati. Ciò nonostante non aveva gridato, aveva cercato di mantenere il suo orgoglio a suon di grugniti; questo e il fatto che non chiedesse pietà indicavano ore o giorni di continuo calvario, svenimenti, vomito, botte ... Un atto di una barbarie oscena e intensa che

raggiungeva il suo apice in un dettaglio di cui Arturo si era appena reso conto: di fronte a quel corpo martoriato era stato collocato uno specchio a figura intera, così che egli vi potesse contemplare la propria miseria e vi potesse riscontrare, minuto per minuto, il relitto in cui si stava tramutando.

“Sono l’Hauptsturmführer Friedrich Möbius” – lo informò il capitano- “e il nostro ospite è il sergente dei Rangers Philip Stratton, facente parte di un commando nordamericano caduto alla periferia di Berlino, vicino ad una fattoria. È stato catturato dai proprietari dello stabile. Ha avuto fortuna, non è stato ucciso sul posto”. Arturo osservò il corpo scuoiato dell’americano: la sua più che fortuna pareva essere stata una grande, grandissima sciagura. “All’inizio se n’è fatta carico la Gestapo, ma dopo avergli confiscato una mappa di Berlino in cui erano stati evidenziati alcuni luoghi, tra cui la Cancelleria, e dopo il crimine perpetrato ieri, hanno pensato che potesse interessare più a noi”.

“Comprendo perfettamente, mein Hauptsturmführer” – lo interruppe Arturo in maniera composta, nascondendo la coda tra le gambe –“quello che non capisco è il perché mi abbia mandato a chiamare”.

“Non sia impaziente, permetta che le spieghi”. Arturo annuì. “È da un paio d’ore che Herr Stratton è nostro gradito ospite e lo sarà ancora per un bel po’, temo. Se solo non fosse così ostinato, avremmo risparmiato un sacco di tempo. Non è così, Herr Stratton?”.

Alla sua domanda seguì un cenno impercettibile con il mento che il suo subalterno tramutò in una botta di elettricità. Il ranger tornò a contorcersi in una forma inverosimile e in quel preciso istante un odore fetido inondò la stanza. I muscoli di Stratton avevano ceduto senza riuscire a contenerne gli escrementi. L’SS che gli aveva aperto la porta scherzò tappandosi il naso e prese un vaporizzatore di profumo col quale inumidì la stanza.

“L’ha fatta grossa, Herr Stratton” – lo rimproverò il capitano non senza ironia. “Bene” – proseguì – “abbiamo avuto modo di appurare che la sua visita è legata all’intorpidimento dello sforzo militare tedesco. Abbiamo visto ciò che gli inglesi hanno fatto nelle fabbriche di acqua pesante in Norvegia e in quelle di missili a Peenemünde. Certo, qui non ci sono né acqua pesante né missili. Dunque, Herr Stratton, che cosa stavate cercando? Lo dica al signor Andrade”.

Il ranger scrollò la testa in maniera infinitesimale, ma non rispose.

“Suvvia, ce l’ha già detto una volta, non sia timido. Non vorrà che le diamo ancora un po’ di carica”.

“Haus ... “ – disse con voce flebile, lo spettro della sua voce.

“Come ha detto?”.

“Virus Haus ...” – completò sforzando in maniera inaudita la lingua.

Arturo non riusciva a capire perché un ranger si stava giocando la pelle per ficcare il naso nella Virus Haus, soprannome popolare dell’Istituto di Fisica Kaiser Wilhelm.

“Grazie infinite, Herr Stratton”. Si rivolse ad Arturo: “Ora non è proprio in forma, ma là dove lo vede il nostro ospite fa parte di una manovra su vasta scala orchestrata dalla OSS per spiare, e nel suo caso neutralizzare, il nostro programma di armamenti. Questa parte dell’operazione si chiama Alsos, è iniziata con lo sbarco in Normandia e il suo obiettivo è quello di catturare i nostri scienziati più importanti. Avanzano subito dietro al loro esercito, danno loro la caccia e li trattengono. Sappiamo che a Heidelberg hanno arrestato Hans Bethe e Walter Genter. Come le ho detto lo sapevamo già, ma non pensavamo che avremmo dovuto fumigare la casa così presto. A proposito, deve essere cosciente del fatto che a partire da ora stiamo parlando di informazioni top secret, qualsiasi commento uscirà da queste mura sarà pagato con la vita, sua e dei suoi familiari”.

“Me ne rendo conto, mein Hauptsturmführer, ma quello che non capisco è perché me lo stia raccontando, perché sono qui, perché ...”.

“Perché ci è stato raccomandato”.

Queste parole furono accolte da un impressionante silenzio. La voce rauca e metallica era emersa dalla penombra. Si udirono poi il rumore di una sedia che veniva scostata, qualcuno che si alzava in piedi e due colpi di tacco a sistemare gli stivali. In maniera graduale, il proprietario di quella voce uscì dall’oscurità. Quando Arturo fu in grado di vederlo bene pensò che in Germania la combinazione di potere e grazia era così rara che non c’era una parola concreta per definirla. Era uno Sturmbannführer totalmente conforme all’antichità classica; la sua uniforme sembrava rivestire una statua e il suo viso era geometrico,

inespressivo. Uno dei cuccioli del III Reich, un mix di entusiasmo giovanile e indottrinamento ideologico che li rendeva soldati politici, gli assassini perfetti di Hitler. Arturo s'inquadrò sbattendo gli stivali.

“*Heil Hitler*” – rispose il maggiore alzando leggermente il palmo della mano destra. “In effetti, lei ci è stato raccomandato dal Hauptsturmführer Wolfram Kehren, se lo ricorda?”.

Non sappiamo mai in che antro del nostro futuro stia acquattato il nostro passato. Arturo ricordava il capitano Wolfram Kehren, eccome: come sarebbe possibile dimenticarsi di Belzebù in persona?

“Certo, l’ho conosciuto a Leningrado, sono già passati un paio d’anni. Che ne è stato di lui?”.

“Fu ferito in Prussia e dovettero farlo evacuare. Si trova in una località balneare ora, nell’attesa di rimarginare le sue ferite. Tra poco sarà a disposizione per portare a termine la sua missione; abbiamo bisogno di uomini come lui”.

Arturo rifletté su come le parole siano capaci di coprire le gesta sanguinose e brutali di cui quell’ufficiale si era reso protagonista in Russia. Inevitabilmente al suo ricordo s’intrecciava quello di Hilde, del suo viso, per il quale mille navi avrebbero salpato.

“Il capitano aveva un’aiutante, mein Sturmbannführer” – commentò, a disagio ma deciso. “ Si chiamava Hilde, non so se la conosce”.

Gli occhi del maggiore si contrassero come se stesse guardando attraverso uno spioncino e Arturo per un istante si sentì in colpa come se fosse stato beccato ad accendere sette candele all’interno di una sinagoga.

“Sì, la Sturmscharführer Hilde Wünster, eravate molto amici?”.

“Diciamo che ci siamo trovati a condividere molto in poco tempo”.

“Disgraziatamente la brigata fu raggiunta da un franco tiratore”.

Arturo lasciò trasparire la propria costernazione, non la propria tristezza.

“Un vero peccato” – disse.

“Sì, certo. Bene” – si aggiustò i guanti di pelle – “sono il maggiore Eckhart Bauer e ho il compito di fumigare la casa, come ha detto bene il capitano Möbius. Riguardo al capitano Kehren, nonostante la convalescenza continua a lavorare per l’SD, come si può ben supporre; a causa di tutta una serie di circostanze non abbiamo mezzi a sufficienza per risolvere concretamente il nostro problema e nel corso di una conversazione telefonica col capitano sono stati fatti vari nomi, tra cui il suo. Era rimasto favorevolmente impressionato dall’efficacia con cui lei portò a termine l’indagine sugli omicidi avvenuti all’interno della sua divisione”.

“È un onore”.

“Se devo essere sincero, non avevo preso in considerazione la sua proposta fino a che non ho letto il suo nome nell’informativa relativa al morto ritrovato alla Cancelleria, dove era anche indicato che era stato proprio lei a trovare il cadavere. Come saprà, il morto era Ewald Von Kleist, però ciò che non sa è che costui era un importante scienziato del programma di armamenti del Reich. Se consideriamo inoltre che Herr Stratton ci ha rivelato che con lui si sono lanciati sulla Germania altri tre ranger, con lo scopo di rallentare e se possibile arrestare gli sforzi militari attraverso la cattura o l’esecuzione dei più celebri scienziati ... beh, può trarre da solo le sue conclusioni”.

“La historia no deja de ser un cúmulo de casualidad” – disse Arturo in spagnolo, rassegnato.

“Come dice?”.

“È stata una giornata strana, per me, quella di oggi, mein Sturmbannführer” – chiarì in un tedesco di pietra su pietra, pensando sia al foglietto di Von Kleist che a Maciá.

“È un’epoca strana per tutti” – concordò senza drammi ma con uno sguardo oscuro e penetrante – “tempi in cui le parole valgono come i fatti e in cui il nostro compito è resistere, guadagnando tempo in modo che il Führer possa accordarci la *Endsieg*, la vittoria finale. Come uomini non siamo niente, ma messi al servizio di una grande causa siamo invincibili. E lei fa parte di tutto ciò”.

Arturo si scandalizzò perché aveva capito perfettamente il tipo con cui stava rischiando la pelle, il peggiore che si potesse avere in una circostanza simile: l’idealista. Non solo un uomo incorruttibile che credeva fermamente in un’idea, ma anche qualcuno che viveva per questa

idea, che avrebbe sacrificato tutto per lei, tutto e tutti. E lui si trovava al suo comando, con una totale assenza di arbitrio. Un'epoca strana, sì. E quale sacrale maestà bisognerebbe attribuire alla casualità per aver raggruppato, nel giro di un'ora, tutti i fili sparsi in un solo destino? WuWa. Maciá. Asos. Virus Haus? Arturo immaginò che ai venti necrologici che spazzavano via la città se ne stessero mescolando altri di tipo pagano, che l'avevano riempita di un conglomerato di dei e demoni di ogni rito e tempo, attratti morbosamente dall'apocalisse ciclotimica di Berlino e provocando una distorsione della realtà. Tutte quelle riflessioni scomparvero quando il maggiore indossò il suo berretto a visiera con un elegante movimento della mano destra, che completò con la sinistra aggiustandolo nella parte posteriore e accarezzandone poi la visiera. La grigiastra *Totenkopf*, il capo della morte sorridente che lo adornava, ghermì la mediocre luce della stanza, conferendo una prevalenza infinita al suo inquietante disegno.

“A partire da ora” – finì di puntualizzare - “lei fa parte di un gruppo la cui missione è quella di neutralizzare questi ranger, costi quello che costi, sollevato da ogni altra funzione e sotto il mio comando. La voglio domani alle sette al posto di comando della Cancelleria, lì riceverà maggiori istruzioni”.

Arturo diede la sua approvazione e subito dopo Bauer impartì tutta una serie di ordini rapidi e concisi. Poi si abbottonò il pesante cappotto di pelle nera e uscì dalla cella tra *Sieg Heils* e sonori colpi di tacco. Neppure Arturo aveva un motivo per restare ancora lì e chiese il permesso di ritirarsi. Raccolse lo zaino, l'arma, si toccò il casco e respirò profondamente: quell'odore, quel dannato odore ... Nello stesso momento, il capitano condusse l'interrogatorio in maniera impersonale, come se Stratton non esistesse: era il suo modo di ridurlo ad una nullità. Nell'atto di girarsi, Arturo s'imbatté nella propria immagine riflessa allo specchio: erano giorni che non ne vedeva uno. Un viso reso bluastro dalla barba, occhiaie e un'espressione esausta. Che aspetti, Arturo? Si disse ironicamente. Davvero, che ti aspettavi? Se a uno specchio si affaccia una scimmia, non si può sperare che vi sia riflesso un apostolo.

Utopia

“Caffè, tesoro?”.

Non erano necessari paradisi artificiali né rivoluzioni irrimandabili per raggiungere il più perfetto stato di felicità, bastava una frase semplice, quotidiana, anche volgare. Un'oasi di calma in un mondo anomalo. Arturo rispose dalla camera: sì, grazie. Il giorno prima, dopo aver lasciato quella fucina di orrori, aveva scelto di dimenticare tutto e andare a casa di Silke, a Schöneberg. Per vari motivi, erano tre settimane che non si vedevano ma entrambi avevano stipulato un patto silenzioso: un relativo grado d'infelicità in cambio di pace e una qualche stabilità. Lei lo aveva accolto senza far domande, dandogli un bacio e preparandogli poi un bagno. Lui le aveva consegnato il pacchetto con le vivande e i dollari, in modo da mettere insieme quanto bastava per il mercato nero e per sopravvivere all'incertezza delle settimane a venire, chiedendole anche di custodirgli il radiotrasmittitore. La mezz'ora che era seguita fu tutta sapone e acqua calda, e si era lavato a dovere, fino al peccato originale. Poi si era messo sul letto e aveva abbracciato Silke, che gli aveva posto ai piedi un mattone riscaldato con la fiammella del gas. Non aveva la forza necessaria a fare l'amore, voleva solo restarle abbracciato, premendo sul corpo di lei come se volesse fuggire dal suo, fino a che non si addormentò. Si era svegliato qualche ora dopo, da solo, accolto da un aroma di caffè appena fatto. Si stiracchiò e si alzò dal letto, il setto nasale gelato. Era circa mezzanotte e anche se c'era ancora corrente elettrica in città, l'umile soffitta era illuminata da alcune candele, rese necessarie dalle proibizioni causa bombardamenti. Aveva dormito con un vecchio maglione di lana fatto per la cassa toracica di un gigante e un paio di pantaloni di due taglie più grandi. Erano indumenti appartenuti a Ernst, il disperso marito di Silke, che lo osservava sorridente da una fotografia posta in una cornice d'alpacca sopra il tavolino, sporto dalla torretta del suo Panzer con l'uniforme nera delle SS, in un qualche luogo dell'Ucraina. Silke non aveva mai voluto togliere quella foto. Era la lealtà verso un passionale, profondo ricordo; qualcosa di tenero e leggermente ridicolo, come una rosa pressata tra le pagine di un libro. Però era anche qualcosa di morboso, credeva Arturo, visto che tra lui e quell'immagine c'era sempre un silenzio inospitale, perché entrambi sapevano bene cosa l'altro pensasse. Silke lo attendeva nel salottino, anch'essa avvolta da un grosso maglione. Gli aveva preparato qualcosa da mangiare dal generoso pacchetto che gli avevano consegnato in Ambasciata: barattoli di carne

in scatola, pancetta, pane e burro, piselli ... e stava finendo di apparecchiare la tavola scansando con gracili movimenti un paio di gocce che cadevano con precisione dal metronomo posto sopra a due pentole. Tutt'intorno alla stanza, fredda come una ghiacciaia e con alcune finestre rotte, ricoperte di cartoni e lembi di moquette, si accatastavano tutte le cose che lei aveva accumulato nel corso dei suoi viaggi come traduttrice dell'Auswärtiges Amt, arazzi, stelle di mare, strani strumenti musicali, sfere armillari, bottiglie di liquori imprecisati..., il tutto raggruppato seguendo bizzarri impulsi, senza ordine né metodo.

“Ti sei alzato” – lo ricevette con un sorriso.

“Sì, ero sfinito. C'è un buon odorino, ti aiuto?”.

“No, siediti”.

Accompagnò l'invito con un tenero bacio e gli mise tra le mani una tazza di caffè fumante con l'effigie di Federico il Grande. Si scottò i palmi delle mani e gli piacque scottarsi i palmi delle mani. Il caffè scese giù per la gola, provvidenziale e incandescente, mentre osservava i movimenti di Silke. Aveva venticinque anni, nativa di Amburgo, esile, con i capelli biondi e la pelle di un pannoso color latte, con riflessi bluastri in alcune zone vicino all'osso. Non era propriamente bella; forse le labbra troppo grosse o il naso troppo fino non permettevano di rendere concreta una bellezza pre-adolescenziale che ancora serpeggiava tra i suoi lineamenti, però aveva un qualcosa che lo tranquillizzava: un sentimento di profonda calma, quando gli passava un piatto o gli riempiva la tazza, che teneva i suoi demoni rintanati nell'oscurità e faceva in modo che il futuro non fosse una finestra murata. Terminarono la loro cena tardiva; discorrevano senza uno scopo preciso, solo per il fatto di ascoltare e di essere ascoltati. Fuori la notte era chiara e fredda. Le candele fremettero al passaggio di una corrente invisibile.

“Oggi hanno chiuso i nostri uffici, non andrò più a lavorare” – Arturo rilevò un'inflexione di abbandono. “Mi hanno dato l'ultimo stipendio”.

“Non preoccuparti” – la consolò – “di soldi ne abbiamo”.

“La gente corre in banca a ritirare i propri risparmi, Arturo” – sembrava ossessionata - “non si rendono conto che se facciamo tutti la stessa cosa il marco perderà il suo valore, e allora con che cosa faremo i nostri acquisti? Dobbiamo mantenere la calma”.

“Hai dollari, Silke, non ti succederà niente. E ci sono io con te”.

“Ieri ... ieri al rifugio una ragazza di Königsberg mi ha raccontato cosa fanno i russi alle donne” – si alzò e prese un ritaglio di giornale dalla forma indefinita, un’edizione del *Völkischer Beobachter*. “E guarda: disonorata un’anziana di settant’anni” – lesse -“una suora violata ventiquattro volte”.

Arturo prese il ritaglio e gli diede un’occhiata. Simulò un gesto di sbigottimento esagerato.

“E chi le ha contate?”.

Silke ne comprese l’ironia, l’intenzione. Non poté evitare di ridere. Il suono delle sue risa: lo spettacolo più bello del mondo. Arturo la imitò. Le prese la mano. Le levò un ciglio dagli occhi.

“Sono qui per proteggerti. Non lascerò mai che ti facciano del male. E tutto questo è momentaneo, Silke: nel mondo c’è un blackout, dobbiamo solo aspettare che torni la luce”.

Silke rise di nuovo.

“In più, ti dico un segreto” – aggiunse. “C’è un modo per sfuggire ai russi, me l’hanno detto in Pomerania. Quando arrivano, riempi la vasca d’acqua e fai un po’ di provviste, poi spranga la porta e non muoverti da qui per nessun motivo. I russi odiano salire le scale, hanno paura, perché la maggior parte di loro viene dalla campagna e vive in case con un solo piano, ben saldo a terra, e si sentono insicuri lontani dal suolo”.

Poi continuò a sgranare parole lenitive. Le parlò della vacanza che avrebbero fatto insieme in Spagna; un paese immaginario, un mix della Madrid dei portali di marmo e degli ascensori con manopole di ottone brillante, legno di Palo Santo e piccoli amorini coi loro spruzzi zampillanti alle vetrate, automobili italiane, fucili inglesi, partite di tennis e aerei che atterravano soavemente a Barajas, oltre ad angoli protetti dalla sua memoria, un’Estremadura apparentemente agreste e dai colori tostati, puntellata dai dadi bianchi delle case, da querce, sughere, rocce granitiche e abitata da tori arrugginiti e bambini mezzi nudi. Mentre parlava, il suo animo si espandeva, vedeva tutto un po’ più chiaramente. Silke annuiva o rideva o si accarezzava le guance o si portava una ciocca di capelli alle labbra e la succhiava. La tensione che attanagliava Arturo da mesi si stava diluendo e mentre parlava gli venivano in mente idee

assurde; idee come desiderare una ragionevole dose di felicità, qualcosa di legittimo, universale. E ciò che disse poi, lo disse in maniera soave, come se fosse una rivelazione eclatante, tanto che il primo ad esserne sorpreso fu proprio lui.

“Silke” – iniziò - “l’eroismo è per coloro che non hanno futuro. Voglio dire ... Sto dicendo che ho sotterrato i miei sogni da qualche parte molto tempo fa, tanto che non ricordo neppure dove e avevo quasi rinunciato a recuperarli. Per questo volevo essere un eroe, però adesso ... adesso posso ... possiamo ... avere un futuro” – concluse timidamente. “Da quando ti conosco la mia vita è ricominciata, inaspettatamente; tu ora sei sola e anche io non ho nessuno, se tu ... se tu volessi potremmo continuare a stare insieme, la guerra finirà tra pochi giorni, dovremmo solo stare attenti, restare vivi fino a che tutto sarà finito e a quel punto io potrei tornare in Spagna ... e tu con me. Non solo per una vacanza ... voglio dire ...”.

Silke gli strinse la mano e gli mise l’indice sulle labbra. Gli si avvicinò talmente tanto che le loro fronti avrebbero potuto reggere una mela.

“Mi stai chiedendo di sposarti?” – gli chiese, estremamente seria.

Le candele proiettavano le loro sagome sulle pareti, allungandole. Il vento sibilò da una crepa sulla parete, le travi scricchiolarono.

“Sì” – rispose Arturo soavemente, sicuro di se stesso.

Silke. Silke. Quando gli rispose che sì, l’avrebbe sposato e avrebbero avuto tanti figli, tanti quanti le stelle in cielo e i granelli di sabbia nelle spiagge, si sentirono uniti quanto il nome e l’oggetto che esso identifica. La sensazione intorpidita delle dita tra i capelli lasciò spazio a baci sempre più avidi, un mix di tenerezza e violenza che sfociò a letto. Arturo chiudeva così il chiavistello della sua memoria, smetteva di vagare in un labirinto senza pareti, trasparente e volle credere che fosse possibile recuperare l’innocenza e vivere in un mondo mieloso. Se l’amore fosse un lago, tratterrebbe il respiro e inizierebbe ad andare a fondo con una pietra tra le mani. Nei minuti che seguirono, il sesso non fu semplice sesso ma qualcosa di più, una necessità imperiosa di uscire da se stessi e da una vita che non si capiva e non si voleva. I loro orgasmi coincisero col suono stridulo delle sirene, la luce di decine di riflettori che s’incrociavano tra loro e con i primi spari del Flak. Le Furie, appollaiate fino a quel momento sui capitelli della Cancelleria, iniziarono a strillare e a sbattere le loro imponenti ali,

alimentandosi dell'impetuosa ira della guerra. Berlino iniziò ad appiattirsi e ad ardere, ma né Silke né Arturo pensarono a scendere nei rifugi; restarono a letto, guardando fuori dalle finestrelle della soffitta, incantati dalla bellezza del mondo, l'insopportabile bellezza conferita dall'imminenza della distruzione.

L'interminabile galleria di marmo della nuova Cancelleria risuonava sinistra con lo scalpitio degli stivali di Arturo e del Rottenführer che lo accompagnava. I pavimenti levigati conservavano in parte la funzione per la quale erano stati creati: fare in modo che i diplomatici stranieri scivolassero, così da sottolineare la fragilità della loro posizione. Di tanto in tanto un enorme ratto attraversava loro la strada. Stavano andando alla riunione che si sarebbe dovuta tenere alle sette di mattina in uno degli uffici della sezione amministrativa, dopo un cambiamento dell'ultimo minuto. Due ore prima, un ordine del maresciallo Zhukov aveva dato il via all'ultima offensiva nei confronti di Berlino con il terribile fuoco di migliaia di cannoni, mortai e razzi Katiuscia lungo il fiume Oder, nel più grande sfoggio di artiglieria della storia. E l'ultima speranza dei berlinesi, la Nona Armata degli Stati Uniti, aveva ricevuto l'ordine di interrompere la sua marcia verso la capitale e di posizionarsi sulla linea dell'Elba. Ciononostante, benché Arturo conoscesse bene le brutte notizie, pensava solo al fatto che era primavera e il suo amore per Silke lo faceva quasi essere speranzoso per il mondo e per l'umanità. Ciò che contava ora era restare vivo, così com'era, perché felicità non era solo una parola crudele ma una prospettiva, una possibilità, per quanto faticosa, minacciosa, come l'aria che porta tempeste. Arrivarono a un portone e il caporale vi picchiò; ricevuto l'ordine di entrare, penetrarono in un ufficio spartano, si tolsero il cappello e si misero sull'attenti in un turbinio di colpi di tacco e saluti. Attorno ad un tavolo pieno di telefoni dalla nera carcassa, con alcune mappe ripiegate e inserite in fodere trasparenti e un'altra, aperta, di Berlino, c'erano il maggiore Bauer e due individui, un civile in impermeabile e Friedrich Möbius, il capitano incaricato dell'interrogatorio nei sotterranei di Prinz-Albrecht-Strasse, che continuava ad avere quell'aria di mortale incuria. Bauer distolse per un istante lo sguardo dalla mappa cui era appoggiato e quando vide Arturo fu come se gli avessero chiesto un fiammifero tanta era l'enfasi; si voltò, afferrò del gesso e disegnò tre cerchi paralleli sopra la superficie verdognola di una lavagna posta sopra due sedie, numerando ogni parte interna con un uno, un due e un tre. Nello scrivere l'ultima cifra, il gesso stridè talmente tanto da far

venire i brividi a tutti. Poi lo posò, sbatté le mani per pulirsi dal ruvido pulviscolo e guardò Arturo come se lo stesse quantificando.

“Voi siete il numero tre, Herr Andrade. Il numero uno è l’Hauptsturmführer Friedrich Möbius” – il capitano girò la testa (un macigno rasato) e alzò il mento in segno di saluto. “E il numero due è il Kommissar Hans Krappe della Kriminalpolizei”. Arturo salutò quell’individuo grasso dai grandi baffi, coi capelli brizzolati e divisi da una riga tracciata col righello, scintillante di brillantina, che lo salutò con secca ma estrema correttezza. “In caso di conflitto, questa sarà la catena di comando e in ultima istanza i tre risponderanno solo a me. Ha capito, Herr Andrade?”.

“Perfettamente”.

“Bene” – Bauer serrò la mandibola - “voglio che questi tre cerchi si riempiano di soluzioni, ma prima è necessario chiarire alcune cose. Avvicinatevi”.

Arturo si piazzò al bordo del tavolo, con le mani dietro la schiena e una rugosa aspettativa stampata in fronte.

“Capitano, cos’ha per noi?”.

Möbius fece un movimento lento e vago con la mano, come se stesse tracciando una zeta nell’aria.

“Come già sappiamo, insieme al nostro ospite americano sono saltati altri tre commando sulla Germania. Il sergente Philip Stratton aveva l’indirizzo di un immobile in viale Kurfürstendamm a cui poteva ricorrere, che già abbiamo registrato e nel quale abbiamo trovato uniformi, documenti, armi ..., tutto il necessario per fare in modo che la sua gita non fosse infruttuosa. Ci ha anche rivelato che hanno una talpa, qualcuno che ha indicato loro i vari punti strategici propri del nostro programma di guerra, tra loro, e soprattutto, la Virus Haus”.

“Crediamo che questa spia, oltre a gestirli” – lo interruppe Bauer, con un’ansietà che ne deformò la voce – “fornisca loro anche i mezzi. E lo fa in maniera davvero efficace, se prendiamo per buona l’ipotesi per cui l’assassinio di Ewald von Kleist non può non essere opera di uno dei ranger. Il suo nome in codice pare sia Pippermint, e il suo compito sarà

quello di localizzarlo e di neutralizzare questi tre lupi che si aggirano nel bosco. Suppongo abbia qualcosa da aggiungere, Herr Kommissar”.

Hans Krappe sorrise brevemente, mostrando una dentatura color sabbia che la diceva lunga sulla sua igiene dentale. Si prese il suo tempo; nell’intervallo, Arturo percepì quel vincolo esile e soave che lega certi sconosciuti senza causa apparente. Di lì a poco, il suo viso si illuminò con l’imponenza che conferisce un pensiero poderoso.

“Sì, è il nostro lavoro, certo, un solo traditore vale più di cento valorosi, è evidente, evidente ...” - accennò un gesto contrariato mentre divagava – “ed è per questo che esiste il nostro mestiere, il secondo più vecchio del mondo, Herr Andrade. Lei sa qual è?”.

Arturo simulò desolazione per non conoscere la risposta.

“Prevedere il futuro, Herr Andrade, prevedere il futuro. E lei come lo vede?”.

Arturo resse al suo scrutare e decise di attaccare dal fianco: era chiaro che gli stava offrendo la possibilità di guadagnarsi il suo rispetto. Nella sua testa organizzò rapidamente una catena di montaggio calcolata, razionale.

“Per vedere il futuro occorre innanzitutto analizzare il passato” – rispose con aplomb. “Chi era esattamente il morto?”.

“Un membro del programma scientifico militare”.

“Qual era di preciso il suo lavoro?”.

Sulla faccia del Kommissar Krappe apparve un’espressione del tipo “e adesso cosa gli racconto”. Consultò Bauer in silenzio.

“Non è necessario che lei conosca tutti i dettagli, tenente” – lo liquidò Bauer.

“Potete almeno dirmi il grado d’importanza che aveva all’interno del programma?”.

“Molto importante”.

“E cosa ci faceva nella Cancelleria?”.

“Era andato a informare il Führer dei suoi progressi”.

“Lui e quanti altri?”.

“Con lui c’erano il professor Manfred von Ardenne, Otto Hahn e Gerlag von Weizsäcker”.

Arturo si ricordò del viso consunto e imberbe che aveva intravisto fuori dal bunker.

“Chi di loro non ha le sopracciglia?”.

Bauer vacillò ma poi diede alle sue parole una forza eccessiva, che sottolineava invece di mascherare la sua indecisione precedente.

“Hanno tutti le sopracciglia”.

“No, io li ho visti arrivare, erano in cinque, uno era senza sopracciglia e aveva una carnagione molto pallida”.

Möbius si avvicinò in quel momento alla sagoma di Bauer e gli sussurrò qualcosa all’orecchio. Poi, rispose con tono soave ma minatorio.

“Quell’uomo si occupa della loro sicurezza”.

Non si possono scacciare i demoni con l’aiuto di Satana, concluse Arturo. Era chiaro che, come uno scacchista e la sua visione mentale, doveva iniziare a dedurre la posizione dei pezzi non dal loro posizionamento fisico, ma dalle relazioni di attacco e difesa.

“Ognuno di loro è un potenziale obiettivo, quindi devo farmi un’idea del loro profilo. Potete fornirmi foto e rispettive biografie?”.

“Se ne occuperà il capitano Möbius”.

“E dove sono adesso?”.

“In un luogo sicuro”.

“A Berlino?”.

“Sono sotto chiave”.

L’accento definitivo dell’ultima risposta non dava spazio a ulteriori proteste. Arturo continuò ad analizzare i dati a mente fredda.

“Stratton sapeva qualcosa dell’operazione alla Cancelleria?” – disse rivolgendosi direttamente all’SS.

“Herr Stratton conosceva solo il numero dei ranger, perché sono saltati dallo stesso aereo” – rispose apatico. “Non sapeva nulla della Cancelleria, quindi se ne deduce che ognuno di loro operi in maniera indipendente e che ci saranno altre tre case occupate in città”.

“Prima avete nominato la Virus Haus, che pare fosse l’obbiettivo di Stratton. Che cosa stava cercando?”.

Möbius fece un breve sospiro contrariato; o rassegnato. Poi guardò Bauer, che s’irrigidì, come se stesse subendo un controllo militare.

“*Streng gemei*, è segreto, quindi può cancellare questo dato”.

“Già ...”.

Arturo scrutò l’aquila nell’uniforme di Bauer, il vecchio volatile di battaglia che gli eserciti issavano da secoli per andare in guerra. Persino lui lo sollevò, talvolta timido e riluttante.

“Mein Sturmbannführer, se vogliamo cacciare questi lupi dobbiamo pensare come lupi. Devo sapere quello che stanno cercando per conoscerne i progetti, avvicinarmi a loro, somigliare a loro, comprenderli, essere uno di loro”. Omise la continuazione logica del suo ragionamento: diventare un lupo. “E per farlo l’unico modo è conoscere la verità, tutta la verità”.

“La verità ...” – borbottò il Kommissar Krappe con una certa dose d’ironia -“lei è molto, molto ambizioso, Herr Andrade”.

Le sue parole restarono a fluttuare nell’aria, nel bel mezzo del silenzio del maggiore Bauer.

“Va bene” – concluse Bauer - “più avanti la aggiorneremo in maniera più dettagliata. Per ora le basti sapere che la Virus Haus è fondamentale per lo spiegamento militare tedesco”.

“La ringrazio, mein Sturmbannführer, renderà tutto più facile” - disse pensando a Maciá.

“Interessante” – intervenne di nuovo Krappe- “quindi, secondo voi, se vogliamo trovare i colpevoli, non dobbiamo far altro che guardarci allo specchio”.

“È solo un’interpretazione, Kommissar”.

“Bene, e cosa ci vede lei nello specchio, Herr Andrade?”.

Arturo capì che il suo esame non era ancora terminato. Lo guardavano tutti.

“Posso?” – chiese a Bauer indicando la lavagna.

“Proceda”.

Arturo si avvicinò alla cerata e pizzicò un cumulo di gesso.

“Per come la vedo io, dovremmo seguire tre piste investigative: la prima, tentare di cacciare i lupi nella loro stessa tana, ovvero localizzare i tre appartamenti in cui si trovano. Per logica, questa operazione deve essere stata preparata per tempo e quindi gli appartamenti (e potremmo iniziare, ad esempio, da quelli affittati nell’ultimo anno e mezzo) devono essere situati in una zona che non ha subito molti bombardamenti ma che è, al tempo stesso, ben servita. Questo circoscriverà la nostra ricerca. Fate un rastrellamento fuori dal distretto governativo, in periferia, verificate le zone che non sono state particolarmente castigate. Può anche essere che l’operazione sia stata fatta in collaborazione con la loro aviazione e che ci siano delle zone specifiche a tal proposito. Giocoforza i vicini dovranno pur aver notato la presenza di qualcuno di sospetto nell’immobile”.

“Le SS e la Gestapo hanno già iniziato a setacciare Berlino” – confermò Friedrich Möbius.
“Però la sua idea di circoscrivere l’area è buona”.

“Questo è ciò che credo” – e tracciò un’accurata linea retta dal cerchio numero uno a un altro, nel quale scrisse la parola “case”. “La seconda pista invece” – proseguì – “si basa sul fissare gli obiettivi che si sono prefissati e ragionare sul modo in cui potrebbero fare per raggiungerli. Intendo dire che sono uomini, possiamo decifrare le loro intenzioni, dall’inizio alla fine, è tutta questione di simmetria; dobbiamo solo trovare la metà del cerchio per poterlo completare” – tracciò un’altra linea partendo dal cerchio numero due e arrivando fino ad un altro cerchio nel quale scrisse “lupi”.

“Ottimista, oltre che ambizioso” – bofonchiò di nuovo Krappe. “E la terza pista?”.

“La terza” – completò – “è trovare Pippermint. È evidente che esiste una fuga di notizie, ma non sappiamo dove, quindi bisogna individuarla. Quanti uomini sono al corrente della dislocazione degli scienziati o di ciò che accade in luoghi come la Virus Haus?”.

“Pochi” – rispose Bauer – “e in questo preciso istante li stanno interrogando tutti”.

“Bene, quindi mentre si registrano gli immobili sarebbe meglio allentare la pressione nei confronti di questi uomini, perché se uno di loro fosse Pippermint o lavorasse per lui e avesse simulato fino a questo momento, non credo che una semplice tirata d’orecchi potrebbe spaventarlo. Quello che dobbiamo fare è farli lavorare per noi mentre credono di lavorare per il nemico. Che li rilascino e che continuino pure a eseguire gli ordini; più avanti forniremo loro informazioni relative a un particolare obiettivo, che presto o tardi arriverà a Pippermint. Pippermint invierà i suoi lupi. E noi saremo lì per fargli la pelle”.

Krappe rimase circospetto. Considerava la sua idea come una materia blanda da modellare con pazienza.

“Lei crede davvero che questo Pippermint sia un’idiota?” - obiettò. “È da molto tempo che lui fa quello che lei sta pianificando: pensare come noi. Pippermint non gioca contro di noi ma contro se stesso. In questo preciso istante è nella mia testa, nella sua, in quella di tutti e quando vince si autodistrugge ...”.

Il volto flaccido di Hans Krappe si offuscò e divenne inaspettatamente minaccioso; il volto di chi ha visto cose, molte cose.

“Per questo gli forniamo una verità, Herr Kommissar” – contrattaccò Arturo con fermezza – “perché poi si beva una menzogna”.

Le pupille di Krappe si dilatarono dall’eccitazione. Arturo sperimentò per la prima volta la gradevole e voluttuosa sensazione di sentirsi ammirato.

“Sì” – proseguì – “daremo informazioni certe con un obiettivo probabile. Pippermint agirà o non agirà, ma in ogni caso si accerterà che le sue fonti continuino a essere confidenziali. E a quel punto potremo gettare la nostra esca, a cui lui abbotcherà, e quando lo farà, lo farà con decisione”.

Arturo chiuse il pugno per enfatizzare il suo piano, e completò lo schema con un ultimo cerchio e un’ultima parola che provocò il sorriso quasi smagliante del Kommissar, che alzò le braccia e rifletté sul fascino di quella miscela di arroganza e ingenuità. Guardarono tutti

Bauer. Questi si voltò e, prendendo un altro gesso, racchiuse i cerchi in uno solo, dove scrisse, con colpi che fecero tremare la lavagna, un'altra parola in lettere maiuscole: GERMANIA.

“Molto bene, credo che lei e il Kommissar Krappe possiate occuparvi autonomamente della ricerca di Pippermint e dei suoi complici; avete a disposizione veicoli e combustibile nel garage della Cancelleria. Il capitano Möbius si occuperà di setacciare Berlino da cima a fondo e di controllare gli elementi sospetti. E, capitano, organizzzi una visita alla Virus Haus, oggi pomeriggio, per il Kommissar e Herr Andrade; le do anche il permesso di mostrare loro un dossier relativo ai membri del programma scientifico. Voglio un resoconto su questo tavolo ogni giorno, e non ammetterò fallimenti, perché la patria” – sottolineò la parola pronunciandola lentamente – “ non ammette fallimenti”.

Aprì un cassetto dello scrittoio e diede a ognuno un permesso già firmato e timbrato per poter girare liberamente nel Reich.

“Questo è tutto” – concluse bruscamente.

Arturo tossì imbarazzato, sentendosi come un cumulo di paglia vicino al fuoco. Eckhart Bauer notò il suo disagio.

“C'è qualcos'altro, tenente?”.

“Ehhh ... sì, mein Sturmbannführer. Vede, io non so guidare”.

Bauer abbozzò un lieve sorriso, sufficiente per trasformare qualunque individuo nel congenere di un verme.

“E allora che la scarrozzi il Kommissar” – rispose chiudendo, con un colpo secco, il cassetto.

I tre giocatori avevano capito che tutte le carte erano state distribuite e che ora dovevano giocare. Quasi simultaneamente misero in scena il teatro del patriottismo tra raffiche di tacchi e *Heil Hitler*. Arturo diede un'ultima occhiata alla grazia *Übermensch* di Eckhart Bauer e all'indolente prepotenza con cui alzò il mento per congedarsi da loro, mentre con l'eleganza dei maestri d'armi che sottolineano la propria superiorità senza umiliare, restituì mentalmente la stoccata: chi sta con l'acqua alla gola non può abbassare la testa.

Uscirono dall'ufficio lasciando Eckhart Bauer nel bel mezzo di un istantaneo concerto di telefoni. Il capitano Möbius li accompagnò attraversando tutta la pianta marmorea della nuova Cancelleria fino all'entrata del ciclopico ufficio di Hitler, nel quale si trovava l'enorme mappamondo di metallo che anni prima Chaplin aveva caricaturato in quella celebre scena. Si piantò di fronte alla sua immensa anta semiaperta e girò il suo cranio tagliato a spazzola, rasato sulle tempie, contemplandola con la stessa espressione soporifera e svogliata di sempre, anche se con una certa insistenza che poteva riflettere una nostalgia del tempo passato ma anche di quello futuro; di ciò che era stato e di ciò che poteva essere, in entrambi i casi mirando a ciò che già era. Si girò poi verso di loro e s'inumidì le labbra prima di parlare. Arturo non poté fare a meno di notare che, a quei livelli, nemmeno gli ufficiali potevano evitare lerciume e grasso sulle uniformi.

“Presentatevi alle quattro del pomeriggio alla Virus Haus. Per qualsiasi urgenza chiedete di me alla Prinz-Albrecht-Strasse ...”.

Stava per aggiungere qualcosa quando la monumentale porta cigolò aprendosi di qualche centimetro e, all'improvviso, parve come se la realtà si organizzasse per mezzo di leggi diverse, bizzarre. Risate allegre, immacolate, precedettero l'apparizione di due giovani agghindate con abiti costosi che sembravano rincorrersi in un gioco che sfidava la gravità logica. Ignorando la loro presenza, le voci e i tacchi si dispersero nella distanza dei loro passi.

“Chi sono?” – chiese Arturo con la mandibola ancora un po' ritirata. Möbius tardò nella risposta e Arturo finì per guardarlo.

“È Eva Braun”.

“E chi è Eva Braun?”.

“L'amante del Führer” – sorrise di fronte allo stupore di Arturo. “L'altra è una delle sue segretarie”.

Anche il Kommissar Krappe sorrise, con un tono che pareva tossisse. Non lo aveva colto impreparato e visto il precedente mutismo di Möbius, si degnò di spiegargli che quello era un segreto di Stato talmente segreto che anche gli Alti Ufficiali dell'Esercito ignoravano la sua esistenza. Era di dominio pubblico che la guida del popolo tedesco voleva creare il mito dell'uomo mistico e celibe al servizio esclusivo della *Heimat*, la patria, oltre ad alimentare,

nel cuore di migliaia di tedesche, la speranza che un giorno, una di loro, avrebbe potuto occupare quel posto vuoto al suo fianco.

“E detto ciò ...” – concluse – “credo che dovremmo iniziare a risolvere la faccenda coi nostri mezzi. Capitano Möbius, Herr Andrade e io proseguiremo da soli, ci vediamo più tardi”.

“D'accordo”.

Il capitano Friedrich Möbius se ne andò con una stretta di mano floscia e girò su se stesso con un fruscio sabbioso, dirigendosi verso il patio d'onore. La nebbia del suo respiro restò sospesa nell'aria gelata, in sottili matasse che si andarono sbrogliando pian piano. Hans Krappe e Arturo rimasero soli; il voluminoso Kommissar si mise ad analizzare le proprie unghie, pulite e ben tagliate, curate come i capelli, i baffi e le scarpe, che brillavano in maniera inverosimile in contrasto con il suolo polveroso.

“Mia madre diceva sempre che un gentiluomo deve avere sempre le scarpe pulite” – sottolineò, accorgendosi degli occhi di Arturo, incastonati nella pelle scintillante.

“Alla mia bastava che le indossassi, le scarpe” – rispose Arturo, ricordando la povertà dell'Estremadura.

Krappe lo osservò con interesse sincero, ma si astenne dal fare qualsiasi commento.

“Mi pare sia stato lei a trovare il cadavere, Herr Andrade. Se mi mostra il luogo del crimine, potrei condividere alcuni dettagli con lei, che gliene pare? Così potremo esaminare le sue teorie sulla simmetria e sulla ricerca della verità”.

“Mi pare una buona idea, anche se non la vedo convinto”.

“Rispetto a cosa, alla simmetria o alla verità?”.

“Rispetto a entrambe”.

“Svolgo questo lavoro da così tanto tempo da sapere che non esistono soluzioni eleganti, perché il comportamento umano non lo è. Le persone sono irragionevoli, capisce? E le soluzioni sono sporche, molto sporche. Ciò che è certo è che l'affermare che la verità vale più dell'apparenza è solo un mero pregiudizio morale; l'unica cosa che conta sono le conseguenze”.

“Quello che sta dicendo potrebbe diventare mostruoso, Herr Kommissar”.

“Lo è già, Herr Andrade, lo è già; ma non abbiamo tempo per discuterne ora, forse un altro giorno ... andiamo?”.

Arturo dovette farsi strada, perplesso, tra il pessimismo della ragione e l’ottimismo della volontà per poter seguire il Kommissar Hans Krappe. Era sorpreso perché nella sua apparenza di funzionario prussiano ovvio e ordinato, dotato di perfette espressioni idiomatiche frutto di una fermentazione di generazioni piccolo – borghesi, poté intuire la contaminazione di una di quelle maestose biblioteche acquistate per adornare i saloni ma che, ogni tanto, qualcuno utilizzava. Percorsero i corridoi della Cancelleria. L’intero edificio sembrava stregato; ogni prospettiva, ogni contorno possedeva una qualità nebulosa e sbiadita, e negli angoli più remoti si accumulavano ombre che nutrivano di una fonte inesauribile e ricchissima ogni tipo di fantasia. Con un certo disagio imboccarono le scale che scendevano al pianterreno e che portavano direttamente alla sala dei plastici, con la sua luce artificiale che simulava il mattino. La Germania appariva in tutta la sua gloria. L’ammasso di dimensioni inconcepibili creato da strade e edifici, ebbero in Arturo l’effetto di ricordargli il tremendo errore in cui erano caduti i tedeschi ovvero confondere lo smisurato con il grande, perché ciò che è veramente importante è la proporzione, non la grandezza.

“Il corpo è stato rinvenuto lì” – mostrò Arturo, indicando la macchia scura che si trovava di fronte all’enorme cupola della Volkshalle, in mezzo al terremoto che avevano provocato gli stivali delle SS.

“Già, lo vedo” – confermò Krappe.

Il Kommissar diede un’occhiata generale alla sala e poi tirò fuori un’agenda e una matita. Poi fece ruotare il plastico in senso orario, verificò alcune distanze a grandi falcate, prese alcuni appunti erratici e tornò al punto di partenza.

“Quindi lo ha trovato lì, dove c’è il sangue”- s’interessò.

“Era disteso, in posizione prona, con una mano allungata e aggrappata a quell’edificio. È stata una coltellata professionale, da sotto le costole fin su in alto; quando arrivai non era morto da molto. Prima che sopraggiungesse il corpo di guardia potei controllargli le tasche, non c’era

nulla di particolare ...” – Arturo omise di citare il cartoncino che custodiva. “Hanno prelevato il corpo prima che potessi fare altro. Anche se la cosa strana ...”.

“Che cosa le è sembrato strano?”.

“Il modo in cui hanno prelevato il cadavere: sarebbe stato logico aspettare l’arrivo del medico o chi per lui”.

Krappe corrugò le labbra, alzando il baffo guglielmino.

“Non ci faccia caso, non cerchi ragioni dove non ce ne sono, Herr Andrade, è stata solo una svista, niente di più. Le SS vogliono sempre occuparsi personalmente dei propri affari, ed è proprio ciò che fanno”.

Arturo non sapeva cosa dire, quindi non disse nulla. S’interruppe anche solo per mettere un punto a quell’incognita. Krappe appuntò qualcosa e continuò a parlare.

“Da ciò che ho visto è stato ucciso qui” – si allontanò di qualche metro fino a posizionarsi vicino ad una macchia di sangue più densa, sul pavimento – “e poi ha iniziato ad arretrare, stordito dallo shock, o scappando dal suo aggressore o per qualsiasi altra cosa passi per la testa di un uomo che sta per morire. La polvere dei bombardamenti che cade dal tetto ci avrebbe facilitato il lavoro di raccolta delle impronte di stivale, se non fosse stato per l’irruzione delle guardie”.

“Non è strano che sia salito sul plastico e abbia percorso questo tratto con quella ferita?”.

“Credo sia stata una mossa di difesa; è salito come ha potuto sul plastico, finendo collassato di fronte alla Volkshalle”.

“Potrebbe essere ...”.

“Bene” – grugnì Krappe soddisfatto – “questo è già un inizio ...”.

Arturo imbastì un’espressione saggia e di approvazione.

“Herr Kommissar, mi sarebbe utile saperne di più su Ewald von Kleist ...”.

“Sì, mi scusi” – disse cercando alcuni appunti nella sua agendina. “Ewald von Kleist, aristocratico celibe con castello e vigneto, imparentato con la casa reale di Baviera. Aveva

interessi scientifici e studiò Fisica a Monaco e Gottinga, insieme ad Arnold Sommerfeld e Max Born. Si laureò cum laude e iniziò a lavorare all'Università di Würzburg. Arrivò ad essere incluso nella lista dei Nobel grazie ad un progetto sul magnetismo. Lavorò poi all'Istituto Imperiale Fisico Tecnico, dove fu reclutato da Speer per lavorare al programma di armamento. Come dato significativo, fu sospettato nel corso delle epurazioni che seguirono la congiura di Stauffenberg; fu inoltre incarcerato, ma non furono trovate prove sufficienti a suo carico e venne rilasciato. Per contro la sua famiglia venne perseguitata, e ciò che ne resta, se qualcosa è rimasto, ha preso un aereo per Stoccolma molto tempo fa, anche se credo che suo fratello sia stato catturato e dichiarato colpevole. È in carcere da qualche parte, se non l'hanno già impiccato”.

“Apprendemmo in Russia dell'attentato, ma non ci diedero molti dettagli”.

“Le faccio un riassunto: il colonnello conte Claus Schenk von Stauffenberg, eroe di guerra con Rommel, organizzò un attentato nel quartier generale del Führer, nella Prussia Orientale, il 20 luglio dello scorso anno. Faceva parte di una cospirazione denominata Valkiria, che aveva lo scopo di rovesciare il regime; come ben sa però finì male. La bomba non uccise Hitler, il piano di prendere il potere nei vari quartier generali fallì e le rappresaglie furono terribili. Nei mesi che seguirono le SS lavorarono a cottimo applicando il principio del *Sippenhaft*, ovvero incarcerando, torturando e giustiziando non solo i sospetti, ma anche le loro famiglie e i loro amici. Migliaia di persone scomparvero o furono oggetto di scherno nei tribunali popolari, una pantomima legalizzata. Fu terribile, glielo garantisco” – il suo tono si fece profondamente penoso – “e Hitler approfittò delle circostanze per iniziare una caccia alle streghe nell'Esercito, neutralizzando così l'unico potere che gli si poteva opporre. A partire da luglio, le SS sono state padrone incontrastate”.

Arturo rifletté sulla burocrazia dei crimini, sui passaggi abituali: le tracce relative all'assassinio, gli indizi indiretti, le indagini rivolte alle persone più prossime, gli aspetti accessori, la ricerca di testimoni ..., ma in quel caso specifico si sentì leggermente disorientato quando fu il momento di chiudere il ventaglio delle opzioni. Cercò ispirazione nel sangue che imbrattava gli edifici, le strade, le statue pagane di Arno Breker...

“Hanno interrogato i suoi compagni del programma, c'è qualche testimone ... ?” – chiese.

“So che sia la Gestapo che la Kripo hanno iniziato con gli interrogatori, ma gli scienziati si trovano in una località sconosciuta e le SS non ci permettono di vederli. Ciononostante, una delle guardie ha detto che Von Kleist aveva avuto un piccolo attacco di claustrofobia nel bunker e aveva chiesto il permesso di uscire a fumare una sigaretta”.

“E lo hanno lasciato uscire da solo?”.

“Aveva assicurato che sarebbe rimasto in giardino, dove ci sono alcune guardie, ma pare abbia preferito fumarsi la sigaretta all’interno della Cancelleria”.

“E a forza di scarica barile nessuno ha fatto niente” - Arturo si guardò intorno come se fosse appena atterrato in un paesaggio sconosciuto. “Io qui non vedo mozziconi di sigaretta”.

“Forse se la sarà fumata nel tragitto”.

“E cosa è venuto a fare nella sala dei plastici?”.

“Curiosità ... si era perso ...”.

“Quindi ... se non ho capito male” – ricapitolò Arturo – “si suppone che Von Kleist sia uscito a fumare, si sia perso nella Cancelleria, uno dei ranger gli abbia dato la caccia in questa sala, lo abbia ammazzato e si sia poi volatilizzato”.

“È una possibilità”.

“Gli accessi sono controllati”.

“Nell’appartamento di Herr Stratton abbiamo rinvenuto una quantità di documenti e uniformi tale da permettere di recitare in qualunque ruolo, e nel caos dei bombardamenti ...”.

La desinenza conclusiva di Krappe obbligò Arturo a cercare un altro spunto di argomentazione. Tornò all’attacco.

“Ma com’è possibile che il lupo sapesse dove e quando trovarlo?”.

Il viso di Krappe fu attraversato da un’espressione seria.

“Non so. Erano appostati. Peppermint poteva avere un’idea su quando si sarebbe tenuta la riunione nel bunker, può avere messo un informatore vicino alla Cancelleria e aver atteso. Poi, quando ha avuto conferma del suo arrivo, ha liberato il lupo”.

“Rischioso”.

“Li addestrano al rischio”.

Arturo continuò, cercando di far breccia nel suo avversario dialettico.

“E perché ucciderlo? Perché ora? La guerra sta per ...”.

S’interuppe non appena si rese conto che stava per dire qualcosa di compromettente e si sentì a disagio a causa del nervosismo del suo silenzio. Krappe aveva fiutato il passo falso: le sue parole avrebbero potuto estirpare qualsiasi barlume di fiducia o portare la loro relazione a un nuovo livello d’intimità. Il suo cuore risuonò come le eliche subacquee di un’immensa nave.

“Di certo se Berlino dovesse cadere nelle mani dei russi” – disse sarcasticamente ma con prudenza, tenendo il quaderno nella tasca destra del suo impermeabile – “e se gli americani non fossero in grado di gestirli, non gli converrebbe nemmeno che fosse Ivan a farlo. Se non se n’è già accorto la terza guerra mondiale è iniziata e la Germania ci si trova incastrata nel mezzo”.

Arturo si sorprese della nuova visione così pericolosamente immensa della vita del Kommissar, soprattutto in quel momento, come per raggiungere un salutare grado d’incertezza, l’unico terreno in cui poteva crescere la moralità, secondo il suo punto di vista. I loro sguardi s’incontrarono e Arturo fu il primo ad abbassarlo.

“Bene, ora basta solo che la pratica si adatti alla teoria ...” – disse Arturo – “anche se voi, Herr Kommissar, che mi rimproverate le mie teorie simmetriche, non cercate ora figure meno platoniche”.

Lo disapprovò con un sorriso, nel tentativo di prolungare la complicità. Il silenzio riflessivo di Krappe indicava che non l’avrebbe fatto. Parve brandire le parole.

“No, cerco l’origine di tutto, solo l’origine ...”.

Arturo indietreggiò nuovamente fino a un’opportuna linea di sicurezza, scaricando tutto il peso sul piede destro e chiudendo bene l’ultimo bottone del cappotto, forse per proteggersi dal vento di eternità che soffiava dal plastico. L’insperata risposta di Hans Krappe confermò un’affinità d’intenti e prospettive che fino a quel momento non si erano palesate, e qualcosa

cambiò nel suo atteggiamento. Arturo decise allora di condividere con lui il cartoncino che custodiva gelosamente in tasca, e non tanto per avere una lettura il meno confusa possibile degli eventi, ma per salvaguardare la cosa più preziosa che la guerra aveva distrutto: la fiducia tra gli esseri umani.

“Se le dico un segreto mi promette di mantenerlo?”.

Krappe non lo guardò, si mise a parcheggiare in fila, con gesti metodici, una serie di DKW precedentemente rimosse da una qualche vibrazione.

“Continui” – rispose.

Arturo tirò fuori il cartoncino e lo aprì con la minuziosità di un maestro d'origami. Lo diede a Krappe, che ne studiò entrambi i lati.

“Che cos'è?”.

“L'ho trovato in una delle tasche di Von Kleist”.

L'espressione adottata da Krappe lasciò aperta la porta a qualsiasi interpretazione su ciò che stava pensando, senza confermarne alcuna. Si limitò a leggere nuovamente i numeri asciutti e burocratici delle formule mescolate a disegni e parole incastonate tra le righe del programma di un matrimonio, un mosaico dominato dalla parola WuWa, cerchiata rispetto agli altri scarabocchi. Sulla croce c'era un disegno di tipo differente, una specie di penisola con sopra un'inferriata e tutta una serie di cerchi concentrici che partivano dal centro, adornato di cifre.

“Ha idea di che cosa sia?” – chiese Krappe.

“No”.

Krappe contrasse le labbra e tornò a girare il cartoncino. Sfregava l'indice e l'alluce della mano sinistra mentre lo analizzava. A un certo punto, il suo sguardo s'illuminò per poi tornare ad adombrarsi e diventare poi abbattuto.

“Sia quello che sia, è meglio che nessuno sappia che è in nostro possesso” – concluse.

“Perché dice questo?”.

“È solo una sensazione. Lo vede?”.

Con l'indice indicò il disegno di una runa che somigliava a una svastica ma con le linee ricurve come a voler formare un cerchio, o come se girasse a tutta velocità.

“Una *Hakenkreuz*” – affermò Arturo.

“Non esattamente. È un altro tipo di runa, una *Sonnenrad*, una ruota solare, antica rappresentazione nordica del sole. In realtà è l'emblema della Thule Bund, la Società Thule”.

“E che cazzo è la Società Thule???”.

Krappe parve non dare ascolto alla sua domanda.

“Per ora non dica niente a nessuno, e quando dico nessuno intendo proprio nessuno. Farò qualche domanda in giro. E credo sia meglio raccogliere informazioni sul significato di questi disegni altrove, per cui non ne faccia parola alla Virus Haus. Posso tenere il programma?”.

Arturo si ricordò di Maciá. Allungò la mano.

“Gliene faccio una copia”.

La rigidità che pervase il Kommissar Krappe non denotò rabbia ma incomprendimento. Per un istante Arturo temette che sfruttasse le sue prerogative di comando e glielo scippasse, ma la sua educazione poté più della gerarchia. Ciononostante le sue parole suonarono indifferenti, come se si sforzassero di coprire una certa dose di rancore.

“Va bene, prenda”.

Gli riconsegnò il cartoncino e Arturo lo ripiegò accuratamente per poi riporlo nel taschino della giacca. Osservò il plastico di Welthauptstadt Germania, tutta quella smania di eternità intrappolata in un pezzo d'ambra. Lo stadio Maerzfeld, con una capacità di quattrocentomila persone; il Museo Nazionale, grande il doppio del Louvre; il viale centrale, lungo sette chilometri; la stazione ferroviaria del sud, più maestosa della Grand Central Station di New York ... Già ventitré anni prima Hitler aveva scritto nel suo *Mein Kampf* che non voleva una semplice città, ma il simbolo di un'epoca. Tutto quel desiderio di purezza e perfezione non era altro che un errore di valutazione della realtà, e come tale creava una quiete statica, ingannevole, come la vita al centro di un *mäelstrom*.

“Andiamo a mangiare qualcosa, non ho ancora fatto colazione” – lo sorprese Krappe, risvegliandolo dai suoi pensieri – “e nel frattempo le racconterò a che cosa ci troviamo di fronte ...”.

“Si riferisce alla Società Thule?”.

“Mi riferisco al fatto che si dovrà dimenticare della simmetria”.

CAPÍTULO 1:

NOTAS SOBRE *LOS DEMONIOS DE BERLÍN*

1.1. El autor Ignacio Del Valle: Su vida y su obra

Ignacio del Valle nació en Oviedo en 1971 y vive en Madrid. Hasta hoy, ha publicado seis novelas: la más famosa y exitosa es la trilogía de Arturo Andrade, conformada por *El arte de matar dragones* (2003), *El tiempo de los emperadores extraños* (2006), que ha sido llevada al cine por Gerardo Herrero como *Silencio en la nieve* en 2012, y *Los demonios de Berlín* (2009). Las otras obras son *De donde vienen las olas* (1999), *El abrazo del boxeador* (2001) y *Cómo el amor no transformó el mundo* (2005). Además cuenta en su haber con más de cuarenta premios de relato a nivel nacional y su obra ha sido traducida al portugués, italiano, francés y polaco. Mantiene una columna de opinión en el diario El Comercio de Gijón, lleva la reseña literaria en el suplemento Culturas, en la revista digital Culturamas, y colabora con el diario El País y diversas publicaciones. También mantiene una sección cultural en Onda Cero Radio, *Afinando los sentidos*².

1.2. *Los demonios de Berlín*: introducción a la novela

Esta novela forma parte de la trilogía sobre Arturo Andrade, valiente soldado de la División Azul que protagoniza uno de los episodios más oscuros y siniestros de la historia contemporánea: el fin de la Segunda Guerra Mundial, un conflicto militar global que se desarrolló entre 1939 y 1945. Tras la invasión alemana de Polonia en 1939, se crean dos alianzas militares opuestas: los Aliados y las Potencias del Eje; España no está incluida en ninguna de las dos y su posición es un poquito ambigua al no intervenir oficialmente en el conflicto mientras que Franco autoriza el reclutamiento de voluntarios para luchar contra el comunismo junto al ejército alemán durante la invasión de la Unión Soviética. El 50% de los oficiales y soldados son militares de carrera, muchos de ellos falangistas veteranos de la

² <http://www.ignaciodelvalle.es/ignacio-del-valle-biografia.php> (15/04/2012)

Guerra Civil, pero hay también estudiantes y catedráticos, obreros y campesinos en este ejército voluntario llamado División Azul por el color de la camisa de la Falange que los falangistas se negaron a dejar al recibir la uniforme alemana de la Wehrmacht. Luchan hasta 1944, cuando Franco decide la repatriación de la División y siendo su participación en la guerra básicamente ideológica, algunos combatientes españoles se niegan volver a casa y entran en diferentes ejércitos europeos: los encontramos en Francia, Inglaterra, Rusia y sobre todo en Alemania, principalmente en las Waffen-SS como Legión Azul. Estos pequeños contingentes españoles luchan hasta los últimos días del conflicto contra tropas soviéticas en la batalla de Berlín, que empezó el 16 de abril de 1945 y que terminó con el suicidio del Führer y de Eva Braun. Esta es una delimitación temporal necesaria para explicar de manera muy sencilla los hechos que hacen de fondo a nuestros demonios de Berlín, para comprender a los personajes, su psicología y su lenguaje; lugares históricos y geográficos; situaciones y circunstancias propias de un dado período de la historia mundial. Es una apasionante combinación de relato bélico y thriller policiaco, escrita tras una documentación detallada y minuciosa y que muestra a un personaje que deberá enfrentarse a varios demonios, ajenos y propios para salvar lo único que parece escapar a ese entorno atroz: el amor de una mujer. La acción transcurre en los días de la batalla de Berlín, cuando en la ciudad, cercada por las tropas soviéticas, la derrota de Hitler se hacía inminente. En esas circunstancias uno de los científicos clave del Reich, el alemán Ewald Von Kleist, se encuentra muerto en la Cancillería, con un misterioso diagrama en uno de sus bolsillos. El teniente Andrade tendrá que hallar al asesino del hombre y averiguar las razones del crimen, una misión que no será fácil porque está llena de obstáculos, riesgos, horrores y personajes oscuros. Entre los sospechosos hay comandos aliados, rivalidades internas y una inquietante sociedad secreta. El autor es capaz en recrear una situación histórica muy evocadora y los diálogos son fantásticos, tanto los habitualmente jocosos con los demás españoles como los que rozan lo cínico con el Secretario de la Embajada española o los duelos dialécticos sostenidos con los oficiales nazis³. Los personajes son hombres que no se dan bastante cuenta de lo que están viviendo, del hecho de que les espera muerte y devastación y de que, como afirma Ignacio Del Valle en el forro de su obra, *el abismo de la historia es lo bastante profundo para acogernos a todos*.

³ <http://www.ignaciodelvalle.es/ignacio-del-valle-los-demonios-de-berlin.php> (15/04/2012)

CAPÍTULO 2

PERSPECTIVA GENERAL SOBRE LA TRADUCCIÓN:

2.1 Introducción a la traducción: breve enfoque teórico

Como afirma Sánchez, la concepción del significado de la palabra como unidad que comprende tanto el pensamiento generalizado como el intercambio social es de un valor incalculable para el estudio del lenguaje. Estos dos elementos son el *pivot* alrededor del cual giran todas las relaciones de comunicación de cualquier tipo que fueran, en especial todas las interacciones lingüísticas y todas las manifestaciones humanas que se dirigen al otro⁴. Existen también consideraciones extra-lingüísticas, y el debate sobre la *conexión íntima entre el lenguaje y la cultura* que se ha tejido en torno a estas consideraciones encuentran su aplicación en la teoría y práctica de la traducción⁵ que en inglés es conocida con el término de *Translation Studies*, propuesto en el 1978 por André Lefevere (también en su forma abreviada TS) para indicar la disciplina que se ocupa de los problemas causados por la producción y la descripción de las traducciones. Es una verdadera disciplina, no es simplemente un sector menor de la literatura comparada o un área específica de la lingüística⁶. Desde un punto de vista técnico, una teoría de la traducción adecuada tendría que ser un conjunto de principios generales y coherentes capaz de combinar los contenidos semánticos de las aseveraciones verbales⁷. Lo que añade Nida a su afirmación es que una teoría tendría que ser un conjunto de proposiciones no sólo coherente sino también integrado que se pueda utilizar para explicar una clase de fenómenos⁸. Pero, una teoría de la traducción tendría que ser también algo más

⁴ Cfr SÁNCHEZ, I.S. (2000): "El lenguaje y sus interfaces: traducción y cultura", en *Meta: Journal des traducteurs/Meta: Translators' Journal*, vol.45, n°4, p. 683.

⁵ Cfr CARBONELL, O. (1996): "Lingüística, traducción y cultura", en *Revista TRANS N°1*, www.trans.uma.es, p. 144.

⁶ Cfr BASSNETT, S. (2009): *La Traduzione: teorie e pratica*, IV Edición, Milano, Bompiani, p. 13.

⁷ Cfr NIDA, E. (1975): "Theories of Translation", en E. Nida (ed.), *Language, Structure and Translation*, Stanford, Stanford University Press p. 54.

⁸ *Ibid.*

de una simple lista de pautas que los traductores tienen que seguir porque sería necesario que dicha teoría sea capaz de prever el nivel de éxito que se podría conseguir al utilizar estos principios, al considerar las expectativas particulares de la audiencia, la naturaleza del contenido, la cantidad de informaciones llevada por la forma del discurso, y las circunstancias de su uso⁹. Aunque existan varios importantes tratamientos de los principios y de los procedimientos de la traducción, no existe hasta hoy una teoría de la traducción completa y exhaustiva¹⁰.

Susan Bassnett, en su interesante libro sobre este vasto tema propone una división de la dicha TS en cuatro sectores de aplicación general:

El primero incluye la *historia de la traducción* y forma parte de la historia literaria. Es más o menos una investigación sobre la teoría de la traducción a lo largo de los siglos, es como una respuesta crítica a las traducciones; un estudio sobre la función de las traducciones en un dado período histórico¹¹;

El segundo sector, la *traducción en la cultura de llegada*, abre su análisis a los solos textos y autores, incluyendo los estudios sobre la influencia que un texto, un autor o un género literario pueden ejercer sobre la asimilación de las reglas del texto traducido por el sistema de llegada y sus principios de selección que se desarrollan en ese dicho sistema¹². Podemos también ahora decir, utilizando las palabras de Lucía Molina, que otra convergencia entre la cultura y el lenguaje es su actuación como filtros de la percepción de la realidad. Lo que objetivamente existe en el mundo exterior llega a la percepción humana a través de una serie de filtros creados por nuestras fronteras culturales e individuales¹³.

⁹ *Ibid*, p. 55.

¹⁰ *Ibid*, p. 54.

¹¹ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 21.

¹² *Ibid*.

¹³ Cfr MOLINA, L. (2006): *El otoño del pingüino. Análisis descriptivo de la traducción de los culturemas*, Col·lecció Estudis sobre traducció, Num.13, Castelló de la Plana, Universitat Jaume, p. 25.

Citando a Georges Mounin, para ser capaz de traducir no es suficiente conocer las palabras, es necesario también conocer lo de que está hablando el texto de partida¹⁴. Si traducir es sobre todo una actividad, como cualquier otra actividad cuenta con unos condicionamientos históricos y sociales que la determinan, y al mismo tiempo genera una serie de expectativas acerca de la actividad en sí, sobre el producto de la misma y sobre quienes la llevan a cabo. Se utiliza el término “cultura de traducción” para referirse al concepto general de traducción aceptado por una determinada comunidad lingüística y cultural, lo que supone también tener en cuenta unos parámetros de evaluación en estrecha relación con la cultura de traducción vigente¹⁵. Un ejemplo de conocimiento cultural, en este caso histórico, es el que sigue:

Más de veinte años atrás Hitler ya había escrito en su *Mein Kampf* que no quería una ciudad sino el símbolo de una época.

Già ventitré anni prima Hitler aveva scritto nel suo Mein Kampf che non voleva una semplice città, ma il simbolo di un'epoca.

Un lenguaje, dice Nida, es un conjunto de hábitos verbales que representan algunos aspectos de una cultura. Ningún hablante tiene un inventario completo de los signos y de las estructuras de una lengua activa, pero la comunidad de hablantes toda junta posee un lenguaje y puede cambiar sus formas. Por eso, quien quiere utilizar el idioma de otra comunidad social tiene que aprender a utilizar las palabras en una *culturally acceptable manner*¹⁶. Hasta aquí hemos hablado de lengua de partida y lengua de llegada, pero Molina propone cambiar estos términos tradicionales por los de cultura de partida y cultura de llegada, representando las propuestas teóricas más elocuentes acerca la necesidad de otorgar un tratamiento específico a los elementos culturales en Traductología¹⁷.

¹⁴ Cfr MOUNIN, G. (1965): *Teoria e Storia della traduzione*, Torino, Einaudi Editore, p. 121.

¹⁵ Cfr FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, M. (2005): “Punto de vista interno y externo sobre la traducción: ¿Podemos decir algo nuevo desde la traductología contemporánea?”, en *Meta: Translator's Journal*, vol. 50, n°4, p. 4.

¹⁶ Cfr NIDA, E. (1975): Op. cit., p. 54.

¹⁷ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 61

El conocido ensayo de Nida *Linguistics and Ethnology in Translation Problems* marca el inicio y sirve de pauta para la identificación y estudio de los elementos culturales como uno de los problemas claves de la traducción. Nida distingue cinco ámbitos culturales:

1. Ecología, es decir los problemas derivados de las diferencias ecológicas entre las distintas zonas geográficas del globo. En este caso no tenemos ejemplos porque la zona geográfica es la misma, por eso no se crean problemas de traducción;
2. Cultura material. El autor ejemplifica este ámbito cultural con la práctica del cierre de las puertas de la ciudad, un concepto difícil de asimilar para culturas en las que las poblaciones no disponen de un recinto amurallado. Aquí también no se han encontrado problemas de traducción particulares porque las culturas materiales son similares;
3. Cultura social, es decir las interferencias entre lenguas y culturas debidas a hábitos sociales. En este caso, tenemos un ejemplo de hábitos sociales propio de la Berlín durante la guerra de 1945:

Era alrededor de la medianoche y, aunque todavía había corriente eléctrica en la ciudad, la humilde buhardilla estaba iluminada por algunas velas debido a las prohibiciones por los bombardeos.

Era circa mezzanotte e anche se c'era ancora corrente elettrica in città, l'umile soffitta era illuminata da alcune candele, rese necessarie dalle proibizioni causa bombardamenti.

4. Cultura religiosa, que es el ámbito más complejo. En este caso el trabajo del traductor no es difícil porque las culturas religiosas implicadas son las mismas, entonces no es un problema encontrar la referencia correcta:

Lo único que se le ocurría era la cartulina que tenía en el bolsillo de la guerrera, y de confirmarse significaría que no iba a tardar en verle los pies al Cristo Crucificado.

Poteva solo essere per il cartoncino che aveva nella tasca del giaccone e se fosse stato così, non avrebbe tardato molto a ritrovarsi al cospetto del Padreterno.

5. Cultura lingüística. En este apartado incluye los problemas de traducción derivados de las características propias de cada una de las lenguas, como elementos fonológicos, morfológicos, sintácticos y léxicos, que son los más abundantes¹⁸. Destacamos el siguiente ejemplo donde se ve la diferencia de la estructura sintáctica entre español e italiano en referencia al uso de las paréntesis:

En el cuarto –frío como una nevera y con algunas ventanas rotas cubiertas con cartones y pedazos de alfombra-, alrededor, se apilaban todas las cosas que ella había ido acumulando (...)

Tutt'intorno alla stanza, fredda come una ghiacciaia e con alcune finestre rotte, ricoperte di cartoni e lembi di moquette, si accatastavano tutte le cose che lei aveva accumulato (...)

También Newmark propone una catalogación de elementos culturales que es una adaptación de la de Nida. La presenta como una clasificación de “palabras culturales extranjeras” o categorías culturales:

1. Ecología;
2. Cultura material es decir objetos, productos, artefactos;
3. Cultura social;
4. Organizaciones, costumbres e ideas. Siendo una categoría diferente de la de Nida, podemos poner algunos ejemplos que la pueden explicar de manera práctica. Se refieren a la costumbre disciplinada alemana de aquel tiempo:

¹⁸ Cfr NIDA, E. (1975): “Linguistics and Ethnology in Translation Problems”, en E. Nida (Ed.), *Language, Structure and Translation*, Stanford, Stanford University Press, p. 197.

- ¿Se ha preguntado por qué el pueblo alemán resiste de esta manera tan irracional, tan feroz?

- Supongo que por un lado disciplina y por otro miedo a los rusos.

“Si è mai chiesto perché il popolo tedesco si ostini a resistere in modo così irrazionale, così feroce?”.

“Credo che da un lato sia dovuto alla disciplina e dall’altro alla paura che nutrono nei confronti dei russi”.

5. Gestos y hábitos¹⁹. Este ejemplo que incluye dos gestos: el primero es el saludo militar y el segundo es la costumbre de levantarse y tender la mano cuando se saluda a una persona:

Arturo se acercó a la mesa y le saludó militarmente; Maciá se irguió alisándole el traje, salió de detrás de ella y le tendió la mano, dándole la bienvenida con una levísima sonrisa de ensayada cortesía. (...) Éste le acercó una silla, le invitó a sentarse y volvió tras la mesa.

Arturo si avvicinò alla scrivania e fece il saluto militare. Maciá si alzò lasciandosi il vestito, uscì da dietro la scrivania e gli tese la mano, dandogli il benvenuto con un lieve sorriso di artefatta cortesia. (...) Questi gli porse una sedia, lo invitò a sedersi e tornò alla sua scrivania.

Tanto Nida como Newmark suponen que en última instancia el propósito comunicativo va a poder realizarse. Newmark dirá que *todo* puede decirse tan bien en una lengua como en otra mientras que modelo etnolingüístico de Nida supone que, teniendo en cuenta el principio de la equivalencia dinámica, que veremos más adelante,

¹⁹ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 61.

(...) the receptor in the culture should be able to respond to the message as given in his language, in substantially the same manner as the receptor in the triangle culture responded, within the context of his own culture, to the message as communicated to him in his own language²⁰.

Cristina Lavinio afirma que los textos han sido demasiado considerados como un cristal transparente que permitía percibir formas gramaticales, relaciones sociales, prácticas lógicas y sistemas de creencias; sólo en este sentido han sido interesantes por mucho tiempo para lingüistas y antropólogos. Pero, permiten también verificar al nivel más elevado las relaciones con la cultura, representando la misma cultura que les produce²¹. Como indica Mary Snell-Hornby, la dificultad de hallar *unidades de traducción* apropiadas ha llevado gradualmente al reconocimiento de que sólo desde el nivel del texto mismo puede llegarse a establecer la comparación y dado que el texto es parte de la cultura, la “unidad de traducción” debería ser la cultura misma. Por lo tanto el objeto de los estudios de traducción ha ido cambiando gradualmente²².

Siguiendo con **el tercero** sector propuesto por Bassnett, encontramos la *traducción y la lingüística*. Es un estudio comparativo sobre la disposición de los elementos lingüísticos a nivel fonémico, morfémico, lexical, sintagmático y sintáctico entre los textos de origen y de llegada²³. Muchos lingüistas e investigadores han intentado definir a la lengua o al lenguaje; por ejemplo Mounin dice que una lengua es un sistema de signos diferentes que corresponden a diferentes ideas²⁴ mientras que por Sapir, en su ensayo sobre las ciencias sociales, el lenguaje es un medio de expresión y de comunicación perfecto en todos los pueblos conocidos, y que, al final es un sistema de signos fonéticos para expresar pensamientos y emociones que se pueden comunicar²⁵.

²⁰ Cfr CARBONELL, O. (1996): Op. cit., p. 145.

²¹ Cfr LAVINIO, C. (1992): “Stilistica e Cultura”, en C. Lavinio (ed.), *Lingua e Cultura nell'insegnamento linguistico*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, p. 123.

²² Cfr CARBONELL, O. (1996): Op. cit., p. 143.

²³ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 22.

²⁴ Cfr MOUNIN, G. (1975): *Guida alla linguistica*, Milano, Feltrinelli, p. 29.

²⁵ Cfr SAPIR, E. (1972): “Encyclopaedia of the social sciences”, en E. Sapir (ed.), *Cultura, linguaggio e personalità – Linguistica e antropologia*, Torino, Einaudi Editore, p. 2.

El cuarto y último sector es el llamado *traducción y poética*, e incluye toda la traducción literaria, teórica y práctica²⁶. Susan Bassnett afirma también que no se ha dedicado bastante espacio a los problemas específicos de la prosa literaria, porque existe una concepción difusa que dice que la novela tiene una estructura mucho más simple comparada a la poesía y que por eso es mucho más fácil que traducir²⁷. Pero no es así: la mayoría de las novelas está dividida en capítulos o secciones pero la estructura de un texto en prosa no es lineal como esta división hace creer²⁸.

Citando al francés Cary, Mounin dice que la traducción no es una operación lingüística sino una operación *sui generis*, imposible de definir en otra manera que no sea si misma; entonces podemos afirmar que la traducción literaria no es una actividad lingüística sino literaria²⁹.

Son los traductólogos bíblicos, con Nida a la cabeza, los primeros en introducir aspectos sociolingüísticos en la teoría de la traducción a través de sus estudios sobre la traducción bíblica³⁰ y la luz que arrojan sobre la importancia de la recepción del texto abre el campo de los estudios que contemplan la traducción no sólo como una operación lingüística, sino como una operación cultural³¹. De Nida se puede partir también por analizar unos de los conceptos que él, entre otros, ha desarrollado a lo largo de sus investigaciones y que pueden ser interesante en este breve enfoque sobre el arte de traducir: la equivalencia dinámica y la equivalencia formal.

2.1.1 El concepto de equivalencia

Manuela Fernández Sánchez intenta buscar algo nuevo en el mundo de la traducción, y expresa su visión sobre el concepto de equivalencia, que ha sido rentable en los estudios de traducción en más de un sentido. En efecto, en unos años donde la incipiente globalización y

²⁶ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 22.

²⁷ *Ibid*, p. 143.

²⁸ *Ibid*, p. 145.

²⁹ Cfr MOUNIN, G. (1975): Op. cit., p. 73.

³⁰ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p.30.

³¹ *Ibid*, p. 30.

la demanda de traducciones de calidad por los organismos internacionales empezaba a ser importante; donde las expectativas acerca de la traducción automática, así como las necesidades de formación crecían; cuando la necesidad de legitimación de la disciplina frente a otras era una prioridad, el concepto de equivalencia se convirtió en el elemento emblemático de la investigación en traducción. Posteriormente, la descalificación de la “equivalencia” por determinados investigadores así como la relativización del concepto dentro de los estudios descriptivos y culturales ha contribuido a aligerar el concepto, pero no a hacerlo desaparecer ni a sustituirlo por otros conceptos. En consecuencia, este concepto de “equivalencia” sigue presente, aunque actualizado y revisado, como concepto relativo e ilusión necesaria que da cuenta del carácter social de la traducción³².

Según la opinión de Susan Bassnett, los *Translation Studies* son un medio muy fiable para investigar sobre el proceso de traducción, intentando aclarar el problema de la *equivalencia* y examinar lo que constituye un *sentido* dentro de este tipo de proceso³³. La investigadora y académica estadounidense cita ella misma a Eugene Nida afirmando que su trabajo es una fuente muy rica de informaciones para los elementos que se pierden dentro de una traducción, sobre todo por lo que se refiere a las dificultades que el traductor encuentra al tratar con términos o conceptos de la lengua de partida que no existen en la lengua de llegada³⁴. Nida es el autor de una de las grandes aportaciones a la Traductología, es decir la elaboración de los conceptos de *equivalencia formal* y *equivalencia dinámica*. Estos dos conceptos se plantean como maneras de traducir, teniendo cada uno de ellos al otro como contrapunto. La validez de ambos modelos está en función del propósito de la traducción, del tipo de mensaje y del público al que va destinado el texto meta³⁵.

Molina afirma que la *equivalencia formal* centra su atención en el texto de partida, y que tiene como prioridad preservar la forma y el contenido del mensaje original. Esta manera de

³² Cfr FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, M. (2005): Op. cit., p. 3.

³³ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 47.

³⁴ *Ibíd*, p. 48.

³⁵ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 30.

traducir intenta reproducir en el texto de llegada los elementos formales del texto original, que el autor enumera como:

1. Unidades gramaticales, es decir mantener la misma unidad gramatical, por ejemplo nombre por nombre y verbo por verbo, o mantener el mismo número de frases. Un ejemplo de respeto de la forma verbal y de unidades gramaticales en sentido general puede ser:

Retiraron el cuerpo antes de que pudiera hacer nada más. Aunque lo extraño ...

- ¿Qué le parece extraño?

- Pues la manera como retiraron el cadáver, lo lógico sería que hubieran esperado a los médicos o a quien fuese.

“Hanno prelevato il corpo prima che potessi fare altro. Anche se la cosa strana ...”.

“Che cosa le è sembrato strano?”.

“Il modo in cui prelevarono il cadavere: sarebbe stato logico aspettare l’arrivo del medico o chi per lui”.

2. Mantener la traducción “habitual” de un término, es decir en traducir un término utilizando siempre la misma palabra en la otra lengua. Se vea el caso de la palabra *cadáver*:

Ni siquiera notaba ya el olor de unos calcetines que llevaba puestos desde hacía tres semanas, así que con cuidado de no aplastar nada, avanzó por el eje principal sorteando el arco de triunfo e incluso las pequeñas miniaturas de automóviles que circulaban quietos por la avenida, hasta llegar al cadáver.

E non si era nemmeno accorto dell’olezzo dei calzini che portava ormai da tre settimane così, facendo attenzione a non schiacciare nulla, procedette verso l’asse principale superando l’arco di trionfo e le miniature di automobili che circolavano silenziose sulla via, fino a raggiungere il cadavere.

Arturo se puso las botas con rapidez y a continuación hizo un breve informe de la batida por el edificio, tras el cual abordó los aspectos más accesorios, estado del cadáver, inspección de ropa, enseres... obviando, sin una causa concreta, la cartulina.

Arturo si mise rapidamente gli stivali e fece rapporto circa l'incursione nell'edificio; dopo di che passò agli aspetti secondari come lo stato del cadavere, il controllo dei suoi vestiti, gli effetti personali ... evitando di menzionare, senza un motivo preciso, il cartoncino.

3. Expresar el significado en términos del contexto de partida, lo cual supone que las expresiones se traducen, generalmente, de un modo más o menos literal³⁶ Se vea el caso del palacio de Santa Cruz, escaño del Ministerio de Asuntos Exteriores, lo que en italiano podría ser La Farnesina. El traductor tiene que conocer esta característica y traducir de la manera mejor:

Es evidente que en el palacio de Santa Cruz saben quién es usted, lo que no me resultó tan evidente fue que yo pudiese localizarle, y más teniendo en cuenta la repatriación de la División.

È chiaro che al Ministero degli Esteri sanno chi è lei, quello che non riuscivo a capire era come riuscire a localizzarla, visto e considerato il rimpatrio della División Azul.

Las traducciones orientadas hacia una *equivalencia dinámica* son aquéllas que centran su atención en que el mensaje del texto origen sea transferido a la lengua meta de tal modo que la respuesta del receptor sea la misma que la de los receptores del texto original. El autor la define como el equivalente natural más cercano al mensaje original³⁷. Este tipo de equivalencia comporta dos áreas principales de adaptación: las gramaticales y las léxicas. Las

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ *Ibíd.*, p. 31.

primeras son los cambios obligatorios que vienen dados por las características de la lengua meta, como verbo por nombre, orden sintáctico, etc; en las segundas hay que considerar varios niveles como, por ejemplo, los términos que se identifican culturalmente con diferentes objetos, pero que tienen una función semejante o los que indican concreciones culturales como *amorcillo* que son los más difíciles de solventar en la práctica de la traducción³⁸.

Pequeños amorcillos soplando chorros en sus cristales.

Piccoli amorini coi loro spruzzi zampillanti alle vetrate.

Se destaca el siguiente ejemplo de diferencias entre texto de partida y texto de llegada con referencia al tiempo verbal (gerundio en español, infinitivo en italiano por el verbo *luchar*):

Así las cosas, la patria ha de tener cuidado porque todo compromete; incluso su presencia aquí, luchando por el Reich, la compromete. De hecho, usted no existe.

Così stanno le cose, la nazione deve stare attenta perché qualsiasi cosa può essere compromettente, anche la vostra presenza qui, a combattere per il Reich, la compromette. Di fatto, lei non esiste.

Como afirma Ana Luna Alonso, la identificación no impide que el traductor aporte ciertos rasgos de estilo propio, dotando de un carácter personal al texto, trasplantándolo a otros parámetros vitales, lingüísticos y culturales³⁹. En el ejemplo que sigue, en italiano se ha añadido a un elemento para hacer el texto mucho más natural:

³⁸ Cfr NIDA, E. (1975): Op. cit., p. 60.

³⁹ Cfr LUNA ALONSO, A. (2001): "Aspectos culturales y traducción. La tradición literaria", en *Écrire, traduire et représenter la fête*, València, Universitat de València, p. 780.

- Yo soy el Hauptsturmführer Friedrich Möbius – le informó el capitán -, y nuestro invitado es el sargente de Rangers Philip Stratton, un comando norteamericano que cayó en las afueras de Berlín, cerca de una granja.

“Sono l’Hauptsturmführer Friedrich Möbius” – lo informò il capitano- “e il nostro ospite è il sergente dei Rangers Philip Stratton, facente parte di un commando nordamericano caduto alla periferia di Berlino, vicino ad una fattoria.

La cuestión de la equivalencia es, cuando menos, espinosa, por el grado de simetría que presupone en las lenguas y, sobre todo, porque presupone que entre los sistemas de dos lenguas que se traducen, subyace un *tertium comparationis* que sería el que posibilitaría en última instancia la traducción⁴⁰.

2.2: La traducción: sus posibles definiciones

Sonia Sánchez afirma que la traducción es un caso particular de convergencia lingüística; en el sentido más amplio, designa toda forma de mediación interlingüística, permitiendo transmitir información entre locutores de lenguas diferentes. La traducción hace transitar el mensaje desde una lengua de origen hacia una lengua de llegada. La traducción designa a la vez la práctica traductora, la actividad del traductor y el resultado de esta actividad, es decir el texto producido⁴¹. Cerdón García nos da su visión mucho más práctica de la traducción, añadiendo informaciones nuevas y nos dice que esta, en sus ámbitos literario y científico-técnico, constituye una actividad esencial para el desarrollo, la difusión y la promoción del conocimiento, en el contexto de las industrias culturales⁴². La traducción sin ninguna duda está relacionada con la conciencia democrática de los países, con el potencial

⁴⁰ Cfr CARBONELL, O. (1996): Op. cit., p. 143

⁴¹ Cfr SÁNCHEZ, I.S. (2000): Op. cit., p. 686.

⁴² Cfr CORDÓN GARCÍA, A.J. (1997): “La traducción en España”, en *Meta: Translators’ Journal*, vol. 42, nº4, p. 745.

que éstos encierran de eliminar las diferencias culturales existentes entre las distintas comunidades que los conforman, con la transmisión del conocimiento como valor inmaterial y permanente, con la posibilidad de inducir algunas de las ideas más sobresalientes que caracterizan a las distintas que, modificando su primitiva formulación, han acabado convirtiéndolas en patrimonio de la humanidad, y en definitiva, con una serie de valores que sobrepasan las definiciones al uso centradas en los aspectos casi exclusivamente lingüísticos de la misma⁴³.

Entonces, la traducción ha sido considerada por muchos años como una ocupación y una actividad secundaria mientras que hoy es un fenómeno colectivo, en una civilización donde ir más allá de la barrera lingüística es mucho más difícil que superar la barrera de las distancias⁴⁴. Es una actividad particular, que ocupa un sitio muy importante como medio de cultura y de relación; por eso es natural que tenga una base teórica, como hemos visto en el párrafo anterior⁴⁵. Como ocurre con todos los fenómenos, la traducción es un hecho que puede ser estudiado e investigado desde muchos puntos de vista: el histórico, el literario, el lingüístico, el psicológico, etc. pero es importante también tener en cuenta que cada hecho traductológico implica, ante de todos, un hecho de lengua⁴⁶. Traducir no es simplemente permitir al lector comprender la lengua y la cultura de origen, sino enriquecer la propia⁴⁷. Otra posible definición que es importante destacar es la de Susan Bassnett que define la traducción como el proceso que ocurre cuando una lengua de partida se expresa en la lengua de llegada, intentando dar el mismo sentido superficial y las mismas estructuras de la lengua de llegada sin distorsionar dichas estructuras. Pero dice también que este concepto es demasiado reductivo⁴⁸: de hecho, el proceso de traducción tiene lugar ante de todo en nuestra cabeza y no sabemos precisamente lo que ocurre de verdad⁴⁹.

⁴³ *Ibid*, p. 746.

⁴⁴ Cfr MOUNIN, G. (1975): Op. cit., p. 14.

⁴⁵ *Ibid*, p. 71.

⁴⁶ *Ibid*.

⁴⁷ Cfr ECO, U. (2010): Op. cit., p. 304.

⁴⁸ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 14.

⁴⁹ Cfr NIDA, E. (1975): Op. cit., p. 54.

2.3 El proceso de traducción y el papel del traductor

Para comprender la naturaleza de la traducción, el centro de atención no tendrían que ser los diferentes tipos de discurso sino el proceso y los procedimientos implicados en todas las tipologías de comunicación interlingüística⁵⁰. Algunos traductores profesionales son orgullosos de afirmar que no tienen ninguna teoría de la traducción, simplemente traducen. En realidad, todas las personas implicadas en la difícil tarea de traducir tienen una teoría, más o menos disimulada, aunque sea todavía embrionaria y definida sólo como “ser fieles a lo que el autor intenta decirnos”⁵¹. Es importante decir también que cada individuo en su análisis del mundo tenga un marco de referencia mental y que la experiencia única en cada persona conlleva modos de comprensión y de enunciación diferentes⁵². Robert Larose afirma que la traducción es un acto de interpretación, un proceso por medio del cual el traductor interroga al texto para traducir y desentrañar su sentido. Es también un acto de producción, una práctica de escritura. En esta situación el traductor ejecuta un contrato de enunciación⁵³.

Al hablar de forma más concreta del proceso de traducción, destacamos el trabajo de Laura Berenguer, que en su investigación sobre la adquisición de la competencia cultural en los estudios de traducción, afirma que este tipo de proceso se compone básicamente de tres fases:

1. Una primera fase de comprensión del texto original;
2. Una segunda fase en que se diseñan las estrategias para llevar a término el encargo de traducción; se toman las decisiones necesarias para superar las distancias que separan el texto de partida del texto de llegada, respecto a factores como la finalidad, las

⁵⁰ Cfr NIDA, E. (1991): Op. cit., p. 19.

⁵¹ *Ibíd.*

⁵² Cfr SÁNCHEZ, I.S. (2000): Op. cit., p. 683.

⁵³ *Ibíd.*

funciones, etc., y se valoran los problemas de traducción que resultan de las discrepancias entre el texto de partida y el de llegada;

3. Una tercera y última fase que es la re – expresión en la lengua de llegada, en función de las estrategias elaboradas y de las decisiones tomadas en la fase anterior⁵⁴.

A todo esto se puede añadir que toda traducción presupone un trabajo previo de selección⁵⁵ y que este tipo de trabajo se necesita porque se pueden encontrar problemas a lo largo del proceso de traducción⁵⁶.

Para explicar de manera muy simple este concepto, es interesante destacar un pasaje del libro de Bassnett en que la autora dice que:

Il traduttore che non capisce come funzioni il processo della traduzione è come un pilota che guida una Ferrari senza sapere cosa fa muovere l'auto. Analogamente, un meccanico che trascorre la vita fra i motori, ma non esce mai neanche per una scampagnata in automobile, si comporta come un accademico che esamina come funzionano le cose senza conoscerle nella realtà. Deve tener conto di ogni singola struttura, poiché ogni struttura evidenzia determinati tratti o livelli linguistici e non altri.⁵⁷.

El **método traductor** es el desarrollo de un proceso traductor determinado regulado por un principio en función del objetivo del traductor; el método tiene, por consiguiente, un carácter supraindividual y consciente (aunque a veces puede ser inconsciente) y se trata de una opción global que recorre todo el texto. La **estrategia**, sin embargo, posee un carácter individual ya que consiste en los mecanismos utilizados por el traductor para resolver los problemas encontrados en el desarrollo de ese proceso de función de sus necesidades específicas. La **técnica** de la traducción es la aplicación concreta visible en el resultado, que afecta a zonas menores del texto⁵⁸. Según la opinión de Nida los factores básicos de toda

⁵⁴ Cfr BERENGUER, L. (1998): "La adquisición de la competencia cultural en los estudios de traducción", en *Quaderns. Revista de traducció 2*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, p. 120.

⁵⁵ Cfr LUNA ALONSO, A. (2001): Op. cit., p. 779.

⁵⁶ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 21.

⁵⁷ *Ibíd*, p. 107.

⁵⁸ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 98.

traducción son: qué se dice, a quién, y en qué circunstancias y cuál es la intención. En toda comunicación debe haber elementos esenciales: la fuente del mensaje, el mensaje y el receptor⁵⁹.

El traductor tiene un papel fundamental: tiene que considerar el problema de la interpretación; elegir, en la lengua de llegada, una oración que tenga más o menos el mismo significado⁶⁰ y tiene que solucionar todos estos tipos de problemas, también los más complicados⁶¹. Traducir es decodificar, define Avendaño-Inestrillas, y sigue este diciendo que el traductor transforma un lenguaje cifrado en un lenguaje comprensible para todos. Decodificar puede ser tarea de especialistas: no todos podemos saber lo que hay detrás de los sonidos que emiten las ballenas o los delfines; nos cuesta trabajo entender el lenguaje matemático o las formulaciones químicas. Necesitamos un traductor para decodificar el mensaje⁶². El traductor tiene muchas veces que enfrentarse a la tarea de simplificar idiomas científicos muy complicados y tiene que realizar esta tarea traduciendo a un sublenguaje accesible a las mayorías. Se convierte así en un divulgador; esta faceta de su tarea tendrá una gran repercusión en la cultura del momento⁶³. Avendaño-Inestrillas concluye su discurso definiendo el traductor como un pontífice entre dos orillas idiomáticas: tiende un puente para llegar de la una a la otra⁶⁴.

Son interesantes de destacar las seis reglas que el traductor tendría que seguir a lo largo del proceso de traducción de textos en prosa, propuestas por Hilaire Belloc y citadas por Susan Bassnett:

⁵⁹ Cfr NIDA, E. (1991): Op. cit., p. 23.

⁶⁰ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 38.

⁶¹ *Ibid*, p. 39.

⁶² Cfr AVENDAÑO-INESTRILLAS, J. (2000): "Sociedad, traducción y cultura", en *Panacea: Revista de Medicina, Lenguaje y Traducción*, vol. 1, n°2, p. 73.

⁶³ *Ibid*, p. 75.

⁶⁴ *Ibid*.

1. El traductor tiene que trabajar siempre por bloques, es decir tiene que considerar la obra como una unidad integral y traducirla por secciones, preguntándose cuál es el sentido general que tiene que recrear⁶⁵;
2. Tiene que recrear *idioma por idioma* y los idiomas, por sus naturaleza, necesitan una traducción de forma diferente en comparación con el original⁶⁶;
3. Tiene que recrear también *intención por intención*, considerando que la intención de una oración en una lengua puede tener un énfasis diferente comparado a la forma en la cual se expresa. Con *intención* Belloc entiende el peso que una determinada expresión puede tener en un contexto especial de la lengua de partida y que podría ser no proporcionado si traducido literalmente en la lengua de llegada. En traducir las intenciones a menudo es necesario *añadir* palabras que no se encuentran en el texto original para conformarse al idioma de su propia lengua⁶⁷. Por ejemplo, cada traductor suele insertar una alusión a un pasaje de su propia literatura, que el lector puede reconocer⁶⁸, y su capacidad de reconocimiento depende de la largura de su enciclopedia personal⁶⁹. Se habla en este caso también de las referencias intertextuales, es decir alusiones a textos o personajes anteriores que forman parte de un corpus textual más amplio, con las que se pretende activar los sistemas de conocimientos y creencias del lector mismo. Los textos pueden, así, ser reconocidos con arreglo a su dependencia de otros textos anteriores y tomar significado⁷⁰. Un ejemplo que es importante destacar es el de *Gulliver*:

Allí, frente a su entrada principal, ligeramente escorado a la derecha, como un macabro Gulliver, yacía el cadáver de un hombre.

⁶⁵ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 144.

⁶⁶ *Ibíd.*

⁶⁷ *Ibíd.*

⁶⁸ Cfr ECO, U. (2010): Op. cit., p. 152.

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 221.

⁷⁰ Cfr BERENQUER, L. (1998): Op. cit., p. 125.

Lì, davanti all'entrata principale, leggermente inclinato verso destra, come un macabro Gulliver, giaceva il cadavere di un uomo.

4. Necesita prestar atención a los *falsos amigos*, es decir aquellas palabras o estructuras que parecen corresponder en las dos⁷¹. La réplica cultural a estos falsos amigos se llaman *falsos amigos culturales*. El desencuentro viene provocado por tener un mismo concepto, comportamiento o gesto una connotación cultural distinta. Si bien la existencia de falsos amigos lingüísticos reclama generalmente una cercanía entre las lenguas, los falsos amigos culturales no necesitan ningún requisito. Las asociaciones simbólicas son un foco de conceptos culturales que generan este tipo de interferencias⁷². Un ejemplo de este tipo que se puede destacar es lo que sigue, dentro del cual se puede ver cual es el falso amigo, es decir el término *costanza* que no es *costanza* en italiano, como podría parecer sino *rassicurazioni*:

- Lo más probable. Incluso cuando Mussolini visitó en abril del año pasado al Führer en el castillo de Klessheim, y tuvimos constancia por el mismo Ciano de lo que allí le aseguró Hitler ...

“È probabile. Anche quando lo scorso aprile Mussolini fece visita al Führer al castello di Klessheim ottenemmo rassicurazioni da parte di Ciano in persona su quello che Hitler promise in quell'occasione ...”.

5. En este punto Belloc aconseja al traductor transformar con valentía, para llegar a la esencia de la misma traducción⁷³;
6. Por fin, el traductor nunca debe añadir embellecimientos⁷⁴.

⁷¹ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 145.

⁷² Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 83.

⁷³ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 145.

⁷⁴ *Ibid.*

Con referencia a los últimos puntos, el 5 y el 6, de esta clasificación se pueden destacar también las palabras de Umberto Eco, que afirma que el traductor no puede dejar nada en suspenso, no puede dejar nada que no le resulte claro⁷⁵; *una traduzione che arriva a “dire di più” potrà essere un’opera eccellente in se stessa, ma non è una buona traduzione*, concluye Eco⁷⁶. Las traducciones pueden, y en algunos casos deben, ser actualizadas, y el traductor debe desde un principio, estar consciente de todos los factores que componen el texto: los intratextuales (asunto, contenido, léxico, estructura de las frases, redacción, registro de la lengua) y los extratextuales (el autor, la intención del autor, cultura de la que proviene el autor, época en que fue escrito el texto – o hecha la traducción -, lugar, motivo, tipo de público a que va dirigido), teniendo en cuenta que sobre todos los factores extratextuales son los que van a determinar su interpretación y opciones de traducción⁷⁷.

Katerina Reiss afirma que el traductor se convierte, en primer lugar, en lector e intérprete del texto original, y después debe hacer todos los transvases, entre ellos los culturales y cambiarse de ropaje, de papel, “impersonar” el texto de llegada⁷⁸. El traductor es ante de todos un lector y luego un escritor, por eso tiene que tomar una posición dentro del proceso de lectura⁷⁹. Al traductor se le pide que se convierta en escritor, en filósofo, en sociólogo, o en poeta y comunique en texto de llegada en la traducción directa, el texto original. Se le exige que sea fiel al contenido, al registro y al estilo, que al ser posible reproduzca la misma situación y con las mismas connotaciones y denotaciones del texto original y es aconsejable que mantenga y reproduzca los mismos recursos estilísticos⁸⁰ como se verá en el cuarto capítulo.

⁷⁵ Cfr ECO, U. (2010): Op. cit., p. 111.

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ Cfr BERBER IRABIEN DE RAIKO, D. (1998): “Cultura y traducción”, en *ASELE Actas IX*, Centro Virtual Cervantes, p. 154.

⁷⁸ Cfr MARTÍNEZ GARCÍA, A. (1996): Op. cit., p. 188.

⁷⁹ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 109.

⁸⁰ Cfr MARTÍNEZ GARCÍA, A. (1996): Op. cit., p. 188.

El traductor debe recordar además que debe respetar a su lector, tener en cuenta sus sensibilidades, y además considerar que las asociaciones difieren de persona a persona, tal y como el conocimiento del universo de una persona nunca es idéntico al de otra y que lo mismo sucede de cultura a cultura⁸¹. Claro, el traductor no puede ser el autor del texto de partida pero como autor del texto de llegada tiene una responsabilidad moral muy precisa hacia el lector⁸², que traduce u decodifica el texto según diferentes modelos de sistemas: la idea de una sola lectura “correcta” está dispersada⁸³. Esta revaloración del lector, según la opinión de Susan Bassnett, es uno de los más grandes progresos de la crítica literaria moderna⁸⁴.

⁸¹ Cfr BERBER IRABIEN DE RAIKO, D. (1998): Op. cit., p. 155.

⁸² Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 39.

⁸³ *Ibíd*, p. 111.

⁸⁴ *Ibíd*, p. 110.

CAPÍTULO 3

CULTURA Y DICCIONARIOS CULTURALES: SUS RELACIONES CON LA TRADUCCIÓN

3.1 Cultura y traducción

Roland Barthes, lingüista y semiólogo francés, hablaba del texto como de un *tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura*⁸⁵ y como hemos visto en el capítulo anterior, uno de los aspectos que caracterizan al proceso de traducción es la relación entre traducción y cultura. Susan Bassnett, al hablar de los aspectos fundamentales de la traducción en una de sus obras más conocidas, *Translation Studies*, afirma que aunque la traducción tiene un núcleo central que se refiere a la actividad lingüística, es mejor considerarla como parte de la semiótica, que es la ciencia que analiza los métodos y las estructuras de los signos, sus funciones y sus procesos. La traducción no es simplemente referir sobre un “significado” sino algo que tiene que considerar criterios extra-lingüísticos⁸⁶. El tema de cultura es muy amplio y muchos estudiosos, investigadores y lingüistas han formulado sus teorías a lo largo de los años, dándonos definiciones de lo que se puede considerar como cultura, de sus peculiaridades, explicando su importancia en el proceso de traducción y, en consecuencia, su influencia en el trabajo de un traductor, que ha sido, es y seguirá siendo un eslabón fundamental entre la sociedad y la cultura, entre las sociedades y las culturas⁸⁷. Laura Berenguer en su trabajo sobre la importancia del conocimiento cultural en los estudios de traducción afirma que comprender el texto original significa ser capaz de hacer un análisis del texto adecuado a la traducción: ser capaz de captar la estructura morfosintáctica, pragmática y semiótica de sus componentes. Para llevar a cabo de estas operaciones es necesario disponer de una competencia lingüística y discursiva y de una competencia cultural, que forma parte del conjunto de subcompetencias que componen la denominada *competencia traductora* (es

⁸⁵ Cfr CARBONELL, O. (1996): Op. cit., p. 148.

⁸⁶ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 27.

⁸⁷ Cfr AVENDAÑO-INESTRILLAS, J. (2000): Op. cit., p. 73.

decir, por ejemplo, establecer estrategias, definir objetivos e identificar problemas de traducción)⁸⁸. Luego, pone el acento en la adquisición de la competencia cultural, que ella considera como objetivo didáctico necesario de los estudios traductológicos⁸⁹. Un buen traductor tiene que “saber del mundo” y cuanto más mejor. Hace falta disponer de conocimientos extralingüísticos de las dos lenguas de trabajo y disponer también de conocimientos interlingüísticos, es decir conocimientos de historia, cultura, política, sociedad, etc.⁹⁰ pero también de los aspectos culturales propios del uso lingüístico actual, especialmente en el hablado, de la lengua de partida⁹¹. El traductor necesita de determinados conocimientos previos sobre la realidad nueva que se abre ante su lectura. El lector por su parte, va adquiriendo estos conocimientos gracias a las lecturas realizadas de las diferentes obras traducidas que han ido entrando en su bagaje cultural⁹². Desde el punto de vista típicamente didáctico de Berenguer, hay tres principios que determinan la adquisición de la competencia cultural en los estudios de traducción⁹³:

1. *Estudiar la lengua en clave semiótica*: toda la estructura de la lengua está, de hecho, teñida de la cultura en la que está inmersa. La carga cultural no sólo se refleja en determinadas expresiones, sino que toda la lengua, en su globalidad, “informa” de ese contexto cultural, y esto se evidencia tanto en el plano léxico, como en el morfosintáctico y el textual⁹⁴;
2. *Estudiar la lengua y la cultura de forma contrastiva*: significa detectar las diferencias entre las dos culturas en contacto y saberlas interpretar. Es importante, por el

⁸⁸ Cfr BERENGUER, L. (1998): Op. cit., p. 120.

⁸⁹ *Ibid*, p. 119.

⁹⁰ *Ibid*, p. 120.

⁹¹ Cfr D’ADDIO COLOSIMO, W. (1992): “Cultura, lingua e approcci comunicativi”, en C. Lavinio (ed.), *Lingua e Cultura nell’insegnamento linguistico*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, p. 5.

⁹² Cfr LUNA ALONSO, A. (2001): Op. cit., p. 779.

⁹³ Cfr BERENGUER, L. (1998): Op. cit., p. 121.

⁹⁴ *Ibid*.

traductor, tomar conciencia de las diferencias; de hecho, para poder descifrar lo ajeno es necesario primero tomar conciencia de lo propio⁹⁵;

3. *Localizar e interpretar las marcas culturales que aparecen en el texto*: se trata de aprender a localizar las entidades semióticas, es decir, los elementos del texto especialmente connotados, que sólo pueden entenderse si se incluye en el análisis textual su dimensión semiótica. Son signos que apelan a los conocimientos del mundo de que dispone el lector, y que le son necesarios para entender el texto⁹⁶.

Lo que se entiende por conocimiento del mundo es la posesión intelectual de ciertos datos o textos propios de una colectividad determinada⁹⁷ y la competencia cultural de un individuo en el seno de su propio grupo social, comienza desde muy temprana edad pero no es innata, se adquiere poco a poco a través de los contactos repetidos con el entorno social⁹⁸. Al hablar del trabajo de un traductor frente a una cultura diferente a la suya, tenemos que decir que reconoce su propia impronta al modificar el original. De su elección depende que el texto de partida acabe por formar parte del canon de la cultura de llegada, o que por el contrario subraye su diferencia, el diálogo ininterrumpidamente fructífero al dar su voz a la complejidad del original. En su tarea se revela la ambigüedad, la ambivalencia y la ausencia de significado unívoco que es característica de la polifonía de textos y culturas⁹⁹. En pocas palabras, no es un trabajo simple como puede parecer a quien no hace este tipo de profesión pero es muy importante, mucho más de lo que se piensa. Sobre esto, destacamos un pasaje de un artículo escrito por Jorge Avendaño – Inestrilla, y publicado en Panacea, donde el autor nos explica el porqué los traductores y sus trabajos sean fundamentales por el desarrollo cultural de una comunidad de hablantes:

La cultura le debe mucho a los traductores. Obras milenarias, escritas en idiomas ya perdidos, son rescatadas hoy en día por traductores especializados. Textos originales en chinos son traducidos al

⁹⁵ *Ibíd*, p. 123.

⁹⁶ *Ibíd*, p. 124 - 125.

⁹⁷ Cfr SÁNCHEZ, I.S. (2000): Op. cit., p. 684.

⁹⁸ *Ibíd*, p. 686.

⁹⁹ Cfr CARBONELL, O. (1996): Op. cit., p. 148.

francés, y del francés al español, y de éste a cualquiera otra lengua, en una corriente incontenible que va nutriendo ríos de conocimiento universal. (...) La tarea del traductor es callada, discreta, solitaria, pero sin ella, quienes no hablamos inglés no podríamos haber leído a Shakespeare; quienes desconocemos el griego, nunca habríamos conocido a Hipócrates¹⁰⁰.

Como se ha dicho anteriormente, entre los requisitos de conocimiento dentro de la competencia cultural se puede encontrar el histórico. Tenemos que sacarlo a la luz entre los otros porque en esta novela el contexto histórico, los personajes reales e imaginarios y los acontecimientos que hacen de fondo a la narración son fundamentales para comprenderla y, en consecuencia, traducirla. Podríamos decir que los hechos históricos no funcionan en el texto propiamente como referentes, sino más bien como parte del argumento¹⁰¹. Ana Luna Alonso dice que la traducción es una forma de abrirse al mundo exterior, a un mundo diferente al conocido, que en ocasiones se encuentra no sólo en otro espacio sino también en otra época¹⁰². Y es esta “otra época”, la de la Segunda Guerra Mundial, que tenemos que conocer muy bien para poder entender el texto, sus matices y sus sombras. La localización temporal de la novela aquí es muy importante porque los acontecimientos que se narran recrean una situación histórica real¹⁰³.

Lo que acabo de explicar se puede subrayar con el siguiente ejemplo de *saludo alemán* en que el conocimiento histórico y social de los usos y los costumbres de una comunidad (la Alemania nazista) es fundamental para llegar a la traducción más correcta:

—¿Qué hace, soldado? —ladró. Arturo se irguió e hizo el saludo alemán con precaución de no encender ninguna mecha

“Cosa fai, soldato?” - ringhiò. Arturo balzò in piedi e fece il saluto nazista, cercando di non scaldare gli animi

¹⁰⁰ Cfr AVENDAÑO-INESTRILLAS, J. (2000): Op. cit., p. 74.

¹⁰¹ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 134.

¹⁰² Cfr LUNA ALONSO, A. (2001): Op. cit., p. 779.

¹⁰³ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 134.

El discurso histórico es un momento esencial del diálogo intercultural y favorece la comprensión entre países que tienen culturas cercanas que se cruzaron muchas veces en los varios siglos¹⁰⁴. De hecho el saludo definido como alemán es un elemento típico de la historia de la Segunda Guerra Mundial; variante del saludo romano, puede referirse en sentido más general a todos aquellos definidos como *fascistas* utilizados por los seguidores de los movimientos de este tipo. Esta identificación como símbolo de la cultura nazi es subrayada mucho más en italiano que en español: mientras al traducir literalmente del español sería *saluto tedesco*, en italiano la formulación más natural es la de *saluto nazista*. El Diccionario de uso del español actual CLAVE, afirma que el saludo puede ser un gesto, un acto de respeto o en honor de algo o alguien¹⁰⁵. Siendo mucho más precisos, es un término político característico del nazismo y de sus costumbres: identifica al gesto de lealtad hacia Hitler hecho entre personas pertenecientes al nazismo, con la mano derecha recta y el brazo levantado y tendido, que solía ser acompañando por un golpe de botas y la frase *Heil Hitler*. Siendo una traducción no simplemente un pasaje entre dos lenguas sino entre dos culturas¹⁰⁶, el autor decidió dejar al original también este lema típico, poniéndole en cursiva y recreando este ritual en su obra:

Arturo se volvió a cuadrar con un duro sonido de botas. – *Heil Hitler* – respondió el mayor elevando ligeramente su palma derecha

Arturo s'inquadrò sbattendo gli stivali. "Heil Hitler" – rispose il maggiore alzando leggermente il palmo della mano destra.

Este *Heil Hitler* forma parte de la cultura histórica de Alemania y forma parte también del conjunto de informaciones que el traductor tiene que aprender antes de empezar su trabajo práctico. Lo mismo ocurre por otro conocimiento importante es el de los personajes reales y de los acontecimientos que han protagonizado la historia mundial; es lo que afirma

¹⁰⁴ Cfr BERTRAND, G. (1992): "La Storia come luogo di comprensione tra le culture", en C. Lavinio (ed.), *Lingua e Cultura nell'insegnamento linguistico*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, p. 172.

¹⁰⁵ Cfr ALMARZA ACEDO, N. (2000): *Diccionario CLAVE de uso del español actual*, Madrid, SM Diccionarios, p. 1634.

¹⁰⁶ Cfr ECO, U. (2010): Op. cit., p. 162.

también Lucía Molina cuando dice que un repaso a los personajes reales que se mencionan en una novela, ilustra claramente los hechos históricos que conforman el patrimonio cultural de la misma obra¹⁰⁷:

Incluso cuando Mussolini visitó en abril del año pasado al Führer en el castillo de Klessheim, y tuvimos constancia por el mismo Ciano de lo que allí le aseguró Hitler ...

Anche quando lo scorso aprile Mussolini fece visita al Führer al castello di Klessheim ottenemmo rassicurazioni da parte di Ciano in persona su quello che Hitler promise in quell'occasione ...

El mismo conocimiento es necesario en el ejemplo siguiente porque permite transmitir la duda de Arturo y el asombro de las personas que se quedan con él ante un personaje real que les aparece de repente:

- ¿Quiénes son? – preguntó Arturo con la mandíbula todavía algo descolgada. Möbius tardó en responder y Arturo acabó por mirarle.

- Es Eva Braun.

- ¿Y quién es Eva Braun?.

- La amante del Führer – sonrió ante el estupor de Arturo

“Chi sono?” – chiese Arturo con la mandibola ancora un po’ ritirata. Möbius tardò nella risposta e Arturo finì per guardarlo.

“È Eva Braun”.

“E chi è Eva Braun?”.

“L’amante del Führer” – sorrise di fronte allo stupore di Arturo

¹⁰⁷ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 134.

Los ejemplos que se acaban de destacar introducen también al concepto de las alusiones culturales donde es necesario darse cuenta que, en el seno de una misma cultura, dichas alusiones no son obligatoriamente percibidas y perciben de manera diferente según la historia de cada individuo¹⁰⁸. Un ejemplo es la elección del autor de llamar Manolete uno de sus personajes:

Arturo contempló al soldado Francisco Ramírez, alias Manolete; daba un poco de pena ver sus brazos flotando en un uniforme demasiado ancho, y decir que era feo era hablar en su favor, pero, a juzgar por los meses escasos que llevaban juntos en aquel fregado, era innegable que el guripa Ramírez, al igual que el torero Manolete, se ponía donde había que ponerse. Meneó la cabeza resignado.

Arturò guardò il soldato Francisco Ramírez, alias Manolete. Faceva un po' pena vedere le sue braccia galleggiare in un'uniforme troppo grande, e dire che era brutto era fargli un favore però, a giudicare dai mesi che avevano trascorso insieme in quella giungla, era innegabile che il soldato Ramírez, come il torero Manolete, stava dove doveva stare. Scosse la testa rassegnato.

Otro ejemplo que es importante destacar es lo que se refiere a un mote típico de la cultura española expresado por Joaquín García Morato, célebre aviador y militar que murió a los 36 años mientras efectuaba una exhibición con su avión.

Se planchó el traje con una mano y extendió la otra. Arturo se cuadró primero militarmente y luego le dio la mano - Pues *vista y suerte al toro*, teniente - . Que Macía citase el lema de García Morato, el famoso as de la aviación nacional durante la guerra civil, no confortó demasiado a Arturo, visto el calamitoso final que había tenido. Guardó el sobre y con él, bien lo supo en ese momento, cualquier esperanza de ser salvado.

¹⁰⁸ Cfr SÁNCHEZ, I.S. (2000): Op. cit., p. 686.

Si stiracchiò il vestito con una mano e tese l'altra. Arturo si congedò militarmente e poi gli diede la mano. "Bene, vista, suerte y al toro tenente". Il fatto che Maciá riprendesse il motto di García Morato, famoso asso dell'aviazione nazionale durante la guerra civile, non fu certo di conforto ad Arturo, visto la fine disastrosa che aveva fatto. Prese la busta e con essa, ne fu certo in quello stesso istante, qualunque speranza di essere salvato.

Este, como el ejemplo de Manolete, representa los referentes culturales que pertenecen al ámbito del patrimonio cultural de un determinado país, España, y que forman parte de su propio bagaje cultural¹⁰⁹. De hecho, traducir literalmente ese mote no tiene sentido en italiano porque simplemente no forma parte del bagaje cultural italiano; entonces no se puede sustituirla con otro similar porque no podría ser lo mismo: no se puede poner el lema de un personaje en lugar de otro porque la referencia a Morato es precisa y poner una referencia a otro de la aeronáutica italiana no es correcto desde un punto de vista de respeto de la traducción original, por eso se deja en español y en cursiva para subrayar su carácter cultural. No existen dos lenguas que sean lo suficientemente similares como para representar una misma realidad social; los mundos en que se desarrollan las diferentes sociedades son mundos distintos, y no un mismo mundo con diferentes etiquetas¹¹⁰. También el autor decide explicar a quién pertenece ese lema resumiendo en pocas palabras los hechos principales de su vida heroica; esa explicación justifica la oración final de Arturo, surgido por su humor en aquel momento hacia el final trágico de Morato que compara con el suyo y que le ayuda a comprenderlo.

Entre las muchas habilidades que se exigen a un traductor se encuentra no solamente el conocimiento de la cultura del país donde se habla el lenguaje de origen de lo que va a traducir, sino también una buena cultura general que permita comprender aquellas alusiones en el texto que no se explican dentro del mismo por ser algo tan familiar y cotidiano para la

¹⁰⁹ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 134.

¹¹⁰ Cfr SAPIR, E. (1972): "Language", en E. Sapir (ed.), *Cultura, linguaggio e personalità – Linguistica e antropologia*, Torino, Einaudi Editore, p. 7.

mayoría de los lectores del lenguaje de origen, o para lectores o público de una cultura general media¹¹¹. Un buen ejemplo que se puede destacar es el de *Furias* que sigue:

Se colgó la Schmeisser del cuello, comprobò el estado de su Tokarev, y dejó que su imaginación contemplase a las Furias que, con sus alas de diosas negras, permanecían posadas en las cornisas de Berlín. Los antiguos tenían tanto miedo a aquellas feroces deidades que no se atrevían a nombrarlas, y las llamaban con ironía las Euménides, las bondadosas. Pero Arturo no temía llamarlas por su nombre, una por una, mientras le vigilaban con sus enormes ojos como canicas negras y brillantes, Tisífone, Alecto, Megera ...

Si appese la Schmeisser al collo, controllò lo stato del suo Tokarev e lasciò che la sua immaginazione contemplasse le Furie che, con le loro divine ali nere, stavano appollaiate sui cornicioni di Berlino. Gli antichi erano talmente impauriti da quelle feroci divinità che non si azzardavano neppure a nominarle, e le chiamavano ironicamente Eumenidi, le benevole. Ma Arturo non aveva paura di chiamarle col loro nome, una per una, mentre lo osservavano coi loro grandi occhi neri, marmorei e brillanti, Tisifone, Alecto, Megera ...

La cultura histórica es una herramienta para explicar lo que está pasando hoy, para orientar en qué dirección hay que buscar el posible significado de una alusión¹¹². La definición de Furias que nos da el TAM es la de *erinni* subrayando que es una palabra mitológica¹¹³. Su traducción es diferente si se considera la mitología griega o la romana porque en primer caso sería, como hemos dicho, *erinni* y en el segundo *furie*¹¹⁴. Mientras que el diccionario CLAVE no incluye este término en sus lemas, DRAE afirma que con esta

¹¹¹ Cfr BERBER IRABIEN DE RAIKO, D. (1998): Op. cit., p. 151.

¹¹² *Ibid*, p. 154.

¹¹³ Cfr TAM, L. (2004): *Gran diccionario italiano – español*, Milano, Hoepli, p. 498.

¹¹⁴ Cfr Treccani (2012): Enciclopedia www.treccani.it y Diccionario de la Lengua Italiana, www.treccani.it/vocabolario (17/05/2012)

palabra mitológica se identifica a cada una de las tres divinidades infernales en que se personificaban la venganza o los remordimientos¹¹⁵.

3.2 Definiciones de *Cultura*

Como hemos visto técnicamente hasta aquí, los entornos culturales son indispensables para conocer el texto¹¹⁶; por el investigador de la cultura humana es muy importante conocer a los mecanismos lingüísticos y a los desarrollos históricos para analizar de la manera mejor la conducta social. Desde este punto de vista, se puede pensar en la lengua como a *guía simbólica de la cultura*¹¹⁷. Entonces, hemos visto ya como el lenguaje sea parte de la cultura y como sea la condición que hace posible la cultura misma¹¹⁸, pero ¿es posible definir lo qué es cultura? Las definiciones que se pueden encontrar son muchísimas y cada una pone el acento en determinadas características. Aunque haya quien dice que la cultura es como un cajón de sastre donde todo cabe y que su término es extraordinariamente equívoco, en el sentido que tiene múltiples significados y se refiere a múltiples objetos¹¹⁹, existe quien, por lo contrario, ha intentado clasificarla restringiendo sus confines. Por ejemplo, citando a Edward Said, Molina afirma que *cultura* quiere decir específicamente dos cosas. En primer lugar se refiere a todas aquellas prácticas que poseen relativa autonomía dentro las esferas de lo económico, lo social y lo político, que muchas veces existen en forma estética, y cuyo principal objetivo es el placer; Sadir incluye en ella tanto la carga de saber popular como el saber especializado. En segundo lugar, cultura es un concepto que incluye un elemento de refinada elevación que consiste en el archivo de lo mejor que cada sociedad ha conocido y pensado. Según su opinión, con el tiempo, la cultura llega a asociarse con la nación o el estado, convirtiéndose en una verdadera fuente de identidad¹²⁰. Algunas mujeres

¹¹⁵ Cfr DRAE (2010): www.rae.es/drae, *Diccionario de la Real Academia Española* (17/05/2012)

¹¹⁶ Cfr MARTÍNEZ GARCÍA, A. (1996): "Cultura y traducción", en *Contrastes: Revista Interdisciplinar de Filosofía*, vol. I, Málaga, Universidad de Málaga, p. 188.

¹¹⁷ Cfr SAPIR, E. (1972): Op. cit., p. 7.

¹¹⁸ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 20.

¹¹⁹ Cfr MARTÍNEZ GARCÍA, A. (1996): Op. cit., p. 176.

¹²⁰ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 19.

investigadoras de la unión entre cultura y lenguaje, hablan de *conjunto de normas y reglas*. Mientras Laura Berenguer nos dice que el término *cultura* puede definirse como el conjunto de normas, convenciones y creencias que regulan el comportamiento de los miembros de una sociedad¹²¹, Ana Luna Alonso entiende por cultura todos los valores espirituales, todo el sistema de reglas de comportamiento, la interpretación del entorno y el universo, etc. que cada comunidad de hablantes posee¹²².

Cristina Lavinio, en su ensayo *Estilo y Cultura*, afirma que:

Si può parlare di *cultura* come percezione e concezione del mondo e come insieme di sistemi, regole e tecniche che caratterizzano ogni manifestazione dell'uomo sociale e, inoltre, ogni azione e intervento dell'uomo rispetto alla natura e all'ambiente in cui vive (i quali, a loro volta, condizionano in qualche modo la cultura stessa)¹²³.

También Paola Evangelisti Allori cita a una serie de reglas, a menudo no declaradas de manera explícita, para definir la cultura y además afirma que dichas normas regulan la vida social de un grupo de individuos¹²⁴.

Todas las definiciones que acabamos de citar son bien sintetizadas por Edward Sapir: *what a society thinks and does*¹²⁵. Además, en su discurso sobre este tema publicado en el *American Journal of Sociology* dice que el término cultura es utilizado de manera técnica por el etnólogo y por el historiador de la cultura para incorporar cada elemento material o espiritual de la vida del hombre que la sociedad le ha transmitido¹²⁶. Se puede encontrar este carácter social en el ensayo de Lavinio que, citando a Taylor (1871), afirma que la cultura es aquel conjunto complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moralidad, el

¹²¹ Cfr BERENGUER, L. (1998): Op. cit., p. 120.

¹²² Cfr LUNA ALONSO, A. (2001): Op. cit., p. 779.

¹²³ Cfr LAVINIO, C. (1992): Op. cit., p. 115.

¹²⁴ Cfr EVANGELISTI ALLORI, P. (1992): "La conoscenza schematica: tra lingua e cultura nell'interpretazione del discorso", en C. Lavinio (ed.), *Lingua e Cultura nell'insegnamento linguistico*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, p. 12.

¹²⁵ Cfr SAPIR, E. (1972): Op. cit., p. 9.

¹²⁶ Cfr SAPIR, E. (1972): "American Journal of Sociology", en E. Sapir (ed.), *Cultura, linguaggio e personalità – Linguistica e antropologia*, Torino, Einaudi Editore, p. 66.

derecho, la costumbre y otras habilidades que el hombre ha adquirido como miembro de una sociedad¹²⁷. El último punto de vista que cierra este párrafo es el didáctico de Wanda D'Addio Colosimo:

A mio avviso, il concetto di cultura rilevante per l'insegnamento e l'apprendimento linguistico ha una valenza sociolinguistica e antropologica che abbraccia la struttura dei comportamenti di una data comunità ed il sistema dei valori che questa comunità annette a tali comportamenti¹²⁸.

3.3 Los diccionarios culturales y su importancia en el proceso de traducción

Aunque el diccionario sea una herramienta para traducir y no una verdadera traducción¹²⁹, la misión del traductor podría ser mucho más fácil con diccionarios particulares y específicos que ayuden en la difícil misión de traducir textos complejos y ricos en términos sectoriales y propios de una época y de un país. Un paseo por los diccionarios actuales nos demuestra tres cosas: en primer lugar, que el concepto de cultura aparece bastante tarde, en segundo lugar que las definiciones son muy dispares y en tercer lugar que los diccionarios no pueden abarcar todas las abstracciones que se han hecho sobre el concepto de cultura¹³⁰. Necesitaríamos de diccionarios particulares que se puedan definir como culturales, es decir diccionarios en que sea posible encontrar particularidades características no simplemente de un idioma sino también de una cultura y que pueden ayudar el traductor en su trabajo. De hecho, una de las verdaderas universales de la traducción es que los traductores con mucha frecuencia se encuentran con que no hay una equivalencia transléctica por la forma distinta en que dos idiomas ven el mundo. Puede ser el caso incluso de países vecinos, con lenguas indoeuropeas ambos, y que sin embargo tengan puntos de vista muy distintos de los mismos acontecimientos¹³¹. Para responder a la pregunta sobre qué es cultura, no basta con consultar

¹²⁷ Cfr LAVINIO, C. (1992): Op. cit., p. 115.

¹²⁸ Cfr D'ADDIO COLOSIMO, W. (1992): Op. cit., p. 4.

¹²⁹ Cfr ECO, U. (2010): Op. cit., p. 37.

¹³⁰ Cfr MÁRTINEZ GARCÍA, A. (1996): Op. cit., p. 174.

¹³¹ Cfr BERBER IRABIEN DE RAIKO, D. (1998): Op. cit., p. 151.

los diccionarios, que aunque sean herramientas indispensables y preciosas, son ineficaces para definir realidades humanas complejas¹³². Hemos visto como la cultura no es un elemento estático sino dinámico, se desarrolla de repente con el transcurrir del tiempo y de la vida, siendo influido por todo un conjunto de elementos diferentes como historia, acontecimientos, cambios en la sociedad, nuevas costumbres y mucho más¹³³.

Destacamos los ejemplos de *Chita* y *Mus*, dos palabras con una carga cultural fuerte:

Arturo impostó una sonrisa. Se dirigió al grupo.

- Y qué, ¿al final os vais a llevar a Chita de vinos?

- No lo acabo de ver yo jugando al mus – apuntó el Ninfo.

- Mejor que tú seguro que juega – se choteó Saladino.

Arturo sorrise. Si rivolse al gruppo.

“Quindi alla fine cosa fate, portate del vino a Cita?”.

“No, l’ho appena visto giocare a Scopa” - affermò il Ninfo.

“Beh si sicuro gioca meglio di te” - lo derise Saladino.

Se ponen esas palabras juntas, es decir en el mismo ejemplo, porque como se encuentran en el mismo dialogo y sirven como palabras clave para crear la comicidad del momento representado. Se puede notar la relación muy estrecha entre lengua y cultura: hablar de este tipo de relación significa referirse a la manera en que las lenguas están organizadas internamente, condicionando y/o siendo condicionadas por una perspectiva cultural específica; es decir considerar las lenguas como vehículo – reflexión y también como factor productivo de diferentes mentalidades¹³⁴. Si buscamos algo sobre la palabra *Chita*, DRAE ofrece muchas definiciones pero no dice nada que pueda sernos útil, y lo mismo ocurre con los otros diccionarios consultados. En italiano existe una palabra similar, *Cita*, que es el nombre de un personaje literario muy conocido, es decir el chimpancé amigo de Tarzán,

¹³² Cfr MÁRTINEZ GARCÍA, A. (1996): Op. cit., p. 175.

¹³³ Cfr BERBER IRABIEN DE RAIKO, D. (1998): Op. cit., p. 153.

¹³⁴ Cfr LAVINIO, C. (1992): Op. cit., p. 116.

que en español es, precisamente, Chita. Siguiendo con el otro ejemplo, el diccionario TAM define simplemente el *mus* como *gioco di carte*¹³⁵ sin explicar nada más, mientras que el DRAE es más minucioso porque nos explica su origen, que es vasco, y su particularidad al decir que es un *cierto juego de naipes y de envite*¹³⁶. Es el uso de este *cierto* que nos hace comprender que no es un simple juego de naipes sino una tipología precisa; por eso el traductor no puede poner simplemente *gioco di carte* sino elegir otro juego popular en su lengua de llegada. Aunque el DRAE haya sido más preciso que el TAM, la definición mejor y más completa es la de CLAVE:

Mus s.m. **1** Juego de cartas que consta de cuatro fases de apuesta o de envite y que se practica por parejas **2** *En este juego*, petición de descarte de los naipes que no interesan. ETIMOL. Del vasco *mux*, y éste del francés *mouche*¹³⁷.

Juan de Dios Luque Durán afirma que el lenguaje de una sociedad se considera como parte de la herencia cultural que a su vez refleja los diferentes rasgos de la mentalidad nacional porque un pueblo tiene valores y principios culturales, comparte hábitos de comida, diversiones, creencias, a veces religión¹³⁸. Todo junto, se puede también definir como el compartir una *visión del mundo*, que es el elemento que determina la estructura de una lengua, y cada lengua expresa una visión del mundo diferente¹³⁹. Las diferencias que se producen en cada situación de comunicación entre dos comunidades culturales y lingüísticas diferentes dan lugar a una fisura, una falla en la comunicación¹⁴⁰ que puede ocurrir también cuando no se traducen de la manera correcta palabras a otro idioma; estas interpretaciones erróneas son definidas como *choques culturales*, causados por falta de conocimiento y la no identificación con la *forma mentis* de otros pueblos: lo que es totalmente aceptado en una cultura dada puede

¹³⁵ Cfr TAM, L. (2004): Op. cit., p. 704.

¹³⁶ DRAE (2010): www.rae.es/drae (07/08/2012)

¹³⁷ Cfr ALMARZA ACEDO, N. (2000): Op. cit., p. 1249.

¹³⁸ Cfr LUQUE DURÁN, J.d.D. (2007): “La codificación de la información lingüístico – cultural en los diccionarios (inter)culturales”, en Luque Duran y Pamies Bertran (eds.): *Interculturalidad y Lenguaje I. El significado como corolario cultural*, Granada, Método, p. 329 – 330.

¹³⁹ Cfr ECO, U. (2010): Op. cit., p. 38.

¹⁴⁰ Cfr BERENGUER, L. (1998): Op. cit., p. 120.

no serlo en otra cultura¹⁴¹. Muchos de ellos son simples malentendidos, nos dice Luque Durán, porque algunas veces el traductor no está bastante preparado o no tiene la apertura mental necesaria para afrontar una traducción de la justa manera, considerando la cultura como un elemento accesorio y no fundamental como tendría que ser. *Lo de entender antes de analizar es una regla obligada*, afirma Salvatore Bartolotta¹⁴² mientras nos explica los problemas léxico – semánticos que encontró en traducir una obra con mucho sentido desde el punto de vista cultural como el *Candido* del autor siciliano Leonardo Sciasca.

Es importante igualmente la opinión de Maria Vittoria Calvi que en su estudio sobre términos culturales en diccionarios bilingües de español e italiano afirma que todo diccionario refleja una visión del mundo y su actualidad: de hecho, un diccionario antiguo puede arrojar luz sobre diferentes aspectos de la sociedad de la época, convirtiéndose en documento histórico¹⁴³. Esa definición introduce un concepto muy importante, el de documento histórico: es decir, que un diccionario cultural podría ser considerado como un testigo de su momento histórico y por eso como medio para comprender hechos, personas y comportamientos. Se vea el ejemplo de *Eje*:

A esas alturas de la guerra, finales de 1943, cualquier tipo de ideología que hubiera albergado el régimen en España había sido condenada a una búsqueda insaciable de poder, su conquista y su conservación, por lo que todo el altar ricamente decorado de la lucha contra el comunismo y la hermandad germano–española estaba siendo desmontado por la amenaza de la aplastante superioridad militar soviética, la presión británica y norteamericana y la alarmante debilidad del Eje.

¹⁴¹ Cfr LUQUE DURÁN, J.d.D. (2007): Op. cit., p. 337.

¹⁴² Cfr BARTOLOTTA, S. (2007): “Problemas léxico – semánticos en la interpretación y traducción de *Candido* de Leonardo Sciasca”, en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Cafoscarina, p. 167.

¹⁴³ Cfr CALVI, M.V. (2007): “Los términos culturales en los diccionarios bilingües de español e italiano: el caso de autonomía y sus derivados”, en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Cafoscarina, p. 49.

In quel momento della guerra, alla fine del 1943, qualunque tipo di ideologia il regime spagnolo aveva accolto in patria si era trasformata in un'insaziabile ricerca, conquista e conservazione del potere, visto che il fastoso altare della lotta al comunismo e la fratellanza ispano-tedesca si stavano sgretolando sotto la devastante superiorità militare sovietica, la pressione di inglesi e americani e l'allarmante debolezza dell'Asse.

Existen en los varios diccionarios definiciones de la palabra *eje*, pero no es lo que nos ocurre: no es *una barra, varilla o pieza similar que atraviesa un cuerpo giratorio y le sirve de sostén en el movimiento ni la idea fundamental en un raciocinio o el centro de algo*¹⁴⁴¹⁴⁵. El *Eje* de que se habla en la novela forma parte de un conjunto de palabras utilizadas para definir una específica alianza militar de la Segunda Guerra Mundial, la de las *Fuerzas del Eje*, es decir Alemania, Italia y Japón.¹⁴⁶

Está reconocido ya el valor de la lingüística por la antropología y por la historia de la cultura; el lenguaje se convierte siempre más en guía del estudio científico de una cultura dada. Se puede decir que la trama de las configuraciones culturales de una civilización se suma en la lengua que expresa dicha civilización¹⁴⁷. Otro ejemplo que es importante destacar es el de *Saltapatrás*:

- Venga, no se diga, que no somos ursulinas – se defendió el cabo Hermogenes Guardiola, alias Saladino, por su tez oscura debido a los años que había servido en Marruecos.
- Pero, Saladino, si tú eres un saltapatrás – se choteó el soldado Gonzalo Cremada, alias el Ninfo, por lo guapo que era.

¹⁴⁴ DRAE (2010): www.rae.es/drae (10/08/2012)

¹⁴⁵ Cfr ALMARZA ACEDO, N. (2000): Op. cit., p. 555 – 556.

¹⁴⁶ Treccani (2012): www.treccani.it/enciclopedia (10/08/2012)

¹⁴⁷ Cfr SAPIR, E. (1972): Op. cit., p. 57.

“Ma dai, su, non siamo mica delle signorine” si difese il capitano Hermógenes Guardiola alias Saladino, per la sua carnagione scura, eredità degli anni trascorsi in Marocco.

“Ma come, Saladino, se appartenete quasi alla stessa razza” – disse, prendendosi gioco di lui, il soldato Gonzalo Cremada alias il Ninfeo, per quanto era bello.

Al ver como TAM, DRAE y CLAVE no incluye este término en sus lema, se puede comprender el carácter del problema y la dificultad por un traductor de encontrar una referencia correcta en su lengua de llegada. *Saltapatrás* era un término despectivo con el cual hacían significar que una persona mestiza si se casaba con un negro retrocedía en la raza¹⁴⁸. En este caso Del Valle quería subrayar de forma despectiva el origen geográfico o la semejanza entre el gorila y las personas negras como Saladino. *Una cultura può benissimo essere stimolata dall'esterno, ma la sua soppressione ad opera di un'altra non costituisce un guadagno dal punto di vista culturale*¹⁴⁹ afirma Sapir.

3.4 Casos particulares

En el último párrafo de este capítulo se reúnen algunos casos de palabras que se han convertido en problemas de traducción ligados con el aspecto cultural. Nuevas experiencias culturales permiten ampliar los recursos de una lengua, pero este tipo de ampliación nunca es una adición arbitraria a los materiales y a las formas actuales, sino otra aplicación de los principios que ya se utilizan; muchas veces es una extensión metafórica de términos y significados viejos¹⁵⁰. Ahora vamos a ver los ejemplos de *chupatintas* y *bicho*:

¹⁴⁸ *Gran Enciclopedia de España Online*, Universidad de Granada, www.biblioteca.ugr.es

¹⁴⁹ Cfr SAPIR, E. (1972): Op. cit., p. 92.

¹⁵⁰ Cfr SAPIR, E. (1972): Op. cit., p. 7.

Manolete también lo había escuchado y abrió la boca como un pez fuera del agua: había sido asaltado por el mismo pensamiento. Se acercó a Arturo de refilón.

- A ver si ahora algún chupatintas ha encontrado el borrón y se acabaron las vacaciones – susurró.

Manolete, che aveva sentito tutto, spalancò la bocca come un pesce fuori dall'acqua: aveva avuto lo stesso pensiero. Si avvicinò ad Arturo con finta noncuranza.

*“Vuol vedere che qualche impiegatuccio ha trovato l'inghippo e ... addio vacanze?”
sussurrò.*

*m. despect. Oficinista de poca categoría*¹⁵¹: esto es lo que indica DRAE sobre *chupatintas*. La definición de *chupatintas* en el diccionario bilingüe es la de *impiegatuccio*¹⁵² que ya pone el acento en lo que caracteriza este término, es decir el hecho de ser una expresión injuriosa considerada grosera y vulgar. Al ser más precisos, forma parte del conjunto de insultos particulares referidos a profesiones; en este caso *chupatintas* es un término que se utiliza para administrativos en general y funcionarios del Estado en particular¹⁵³. CLAVE también subraya su uso despectivo, y afirma que significa *oficinista, cagatintas*¹⁵⁴. Por eso la versión de TAM puede ser considerada como buena por el traductor y utilizada en su trabajo.

-¿Qué dice? – se interesó Manolete.

- Que no te acerques mucho porque el bicho este ya se ha merendado a algún berlinés – le tomó el pelo Arturo].

“Che dice?” – s'intromise Manolete

¹⁵¹ DRAE (2010): www.rae.es/drae (10/08/2012)

¹⁵² Cfr TAM, L. (2004): Op. cit., p. 209.

¹⁵³ Cfr MIRANDA, J.A. (1992): *Usos coloquiales del español*, Salamanca, Publicaciones del colegio de España, p. 77.

¹⁵⁴ Cfr ALMARZA ACEDO, N. (2000): Op. cit., p. 396.

“Dice che non ti devi avvicinare troppo perché la bestiola qui si è già pappata un paio di berlinesi” – lo canzonò Arturo.

Cuando en los tres diccionarios consultados aparece la palabra *bicho*, en todos se hace referencia al término *animal*. En sentido más general, bicho se aplica a cualquier tipo de animal con valor generalizador. También se aplica a personas, con cierto valor despectivo, si bien este último valor puede estar atenuado¹⁵⁵. Es la definición de CLAVE que habla de un *animal de tamaño pequeño* y que hace comprender mejor la ironía que el autor quería poner en la afirmación de Arturo para chotear a Manolete.

¹⁵⁵ Cfr MIRANDA, J.A. (1992): Op. cit., p. 88.

CAPÍTULO 4

NEOLOGISMOS, CULTUREMAS, IDIOLECTO:

LA CULTURA Y LOS PROBLEMAS DE TRADUCCIÓN

4.1 El neologismo

Al hablar de forma concreta del influir de la cultura en el lenguaje, se puede empezar del neologismo, un elemento de imitación, resurgimiento o invención que corresponde a una necesidad o a un servicio¹⁵⁶. Manuel Álvarez Ezquerro, en su ensayo sobre los neologismos del español actual, define el neologismo como un *elemento léxico de reciente incorporación en la lengua*¹⁵⁷. Lo que más caracteriza esa definición es el hecho de que se trate de un elemento de reciente incorporación, es decir una palabra que, en un momento dado, aparece en la lengua hablada de un grupo cada vez más grande de personas y luego se introduce también en el diccionario, convirtiéndose en parte integrante de una lengua, de su proceso comunicativo y de su comunidad de hablantes. Por eso podemos decir que los neologismos son testigos de una época, nos hablan de los hábitos y de la cultura de una sociedad en un momento dado temporal.

Otra definición de neologismo que es importante destacar es la de Pierre Vidal que en su artículo *Pour une physiologie du néologisme* publicado en la revista *Meta*, dedicada a los traductores profesionales, expresa una doble matiz por el término neologismo, afirmando que tiene un sentido estricto, lo de palabra nueva surgida de un autor actual, y otro:

(...) il y a aussi dans lequel il fut utilisé lorsqu'on l'inventa dans le salon de M^{me} de Lambert; pour les esprits raffinés qui le composaient, il fallait du «neuf, un tour fin et serré, une manière nouvelle» de dire¹⁵⁸.

¹⁵⁶ Cfr VIDAL, P. (1973): "Pour une physiologie du néologisme", en *Meta: Journal des traducteurs*, vol.18, n°4, p. 357.

¹⁵⁷ Cfr ÁLVAREZ EZQUERRA, M. (2007): "El neologismo español actual", en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Cafoscarina, p. 13.

¹⁵⁸ Cfr VIDAL, P. (1973): Op. cit., p. 357.

Se retoma aquí al concepto de novedad, de algo nuevo que surge en el mundo por diferentes motivaciones, de verdad una manera nueva de decir algo. El neologismo favorece la emanación de las ideas, la frescura de las imágenes y la originalidad del estilo¹⁵⁹. El porqué se necesite acuñar términos nuevos se refleja en las causas que llevan a un neologismo; siempre Álvarez Ezquerro nos dice que dichas causas pueden ser de diferente naturaleza: los que están relacionados con la necesidad de nombrar algo nuevo que surge en el mundo, con la voluntad de expresarlo de una manera que se considera como diferente e innovadora; y los que son meramente estilísticos, es decir que surgen para presentar de una forma distinta lo ya conocido, haciendo intervenir la propia capacidad creadora individual¹⁶⁰, tema ya tratado en el capítulo anterior hablando del estilo.

Una fase fundamental en la vida de un neologismo es su nacimiento, y es muy importante analizar las causas que han permitido su llegada, examinando también sus fuentes y sus posibilidades de éxito antes de grabarlo y de someterlo *au purgatoire de l'usage*¹⁶¹. Se puede definir como nacimiento de un neologismo la adopción de la palabra inventada o espontánea como medio de comunicación entre diferentes interlocutores. Si están satisfechos con ella la utilizarán ellos mismos, empezando su difusión¹⁶². Por lo contrario, al hablar de su proceso de afirmación, Vidal expresa también la naturaleza efímera del neologismo: *s'il est provisoirement accepté, puis rejeté, il tombe dans l'oubli et devient incompréhensible*. Explica estos diferentes procesos de la vida del neologismo también Álvarez Ezquerro, cuando dice que el proceso de afirmación de un neologismo puede ser muy breve o muy largo. Es breve cuando desaparece casi en seguida por no haber encontrado quien lo adoptara; se convierte en largo con el uso de un grupo reducido de hablantes que cada vez es más amplio, hasta que llega su institucionalización al ser empleado por un gran número de hablantes y culminando con su inclusión en el diccionario, testimonio de su éxito y de fin al mismo tiempo: ya no es un neologismo¹⁶³. Por eso, cuando un neologismo se introduce en un

¹⁵⁹ *Ibid.*

¹⁶⁰ Cfr. ÁLVAREZ EZQUERRA, M. (2007): Op. cit., p. 13.

¹⁶¹ Cfr. VIDAL, P. (1973): Op. cit., p. 357.

¹⁶² *Ibid.*, p. 358.

¹⁶³ Cfr. ÁLVAREZ EZQUERRA, M. (2007): Op. cit., p. 18 – 19.

diccionario no se indica nada sobre su carácter neológico¹⁶⁴ y por eso no es fácil determinarlo en un texto o en un discurso. En efecto es posible encontrarlos en todas épocas y en todos los niveles de la cultura; es posible considerarlos como información básica del desarrollo cultural de una sociedad pero de hecho muchas veces es difícil localizarlo o clasificarlo con precisión¹⁶⁵.

A veces se crean y se desarrollan en momentos de la vida y de la historia específicos, fotografiando una época y sus peculiaridades, como medio para imprimir la cultura de un dado momento histórico, adaptándose o amalgamándose en la lengua. Un ejemplo puede ser el que indica Montero Medina en su ensayo sobre la metáfora en el lenguaje del fútbol cuando afirma que:

*El fútbol entró en España (...), se convirtió en un fenómeno de masas; a partir de ese momento comienzan a usarse algunos neologismos de este deporte en español, y de entre éstos algunos se adaptan a la grafía de nuestra lengua, otros se traducen del inglés, y otros simplemente se calcan de esa lengua.*¹⁶⁶

Existen neologismos necesarios, que suelen ser técnicos, y otros que simplemente son sinónimos, definidos como neologismos de ignorancia; simplificaciones, sustituciones o deformaciones impuestas por la estructura misma de algunos términos¹⁶⁷. Aquí estamos analizando el lenguaje del mundo militar de un período histórico delimitado, el de la Segunda Guerra Mundial. Al hablar de ejemplos, para comprender lo que acabo de explicar de manera tan teórica, pongo los siguientes que se refieren a problemas de traducción de neologismos que se encontraron en este trabajo. Son todos relacionados al contexto político y social que hace de fondo a la novela: *Aliados y nazi*, en su doble función de adjetivo y sintagma nominal.

¹⁶⁴ *Ibid*, p. 26.

¹⁶⁵ Cfr WIDAL, P. (1973): Op. cit., p. 356

¹⁶⁶ Cfr MEDINA MONTERO, F. (2007): "La metáfora en el léxico futbolístico: el caso de los participantes en español, y sus posibles equivalentes en italiano", en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Cafoscarina, p. 198.

¹⁶⁷ Cfr WIDAL, P. (1973): Op. cit., p. 357.

Por un lado, el país depende del petróleo que le suministra Estados Unidos, y por otro hay entre los Aliados desafectos que han interpretado mal nuestro empeño en luchar contra el comunismo, *incluso* al lado de los alemanes, y que están empeñados en tomar represalias.

Da una parte il paese dipende dal petrolio degli Stati Uniti, dall'altra ci sono le ostilità degli Alleati che hanno mal interpretato il nostro impegno a lottare contro il comunismo anche a fianco dei tedeschi, e che ora compiono azioni di rappresaglia.

La definición de *Aliados* que nos interesa no es la del DRAE, demasiado general: *dicho de un Estado, de un país, de un ejército, etc; que está ligado con otro para fines comunes*¹⁶⁸ sino las que los diccionario TAM y CLAVE proponen: el primero incluye en sus lemas la expresión de *tropas aliadas* que define como *truppe alleate*¹⁶⁹; el segundo es todavía más preciso porque afirma que el aliado es quien se alió contra Alemania durante las guerras mundiales¹⁷⁰.

Arturo congeló el gesto de echarse azúcar en el café. Se reprochó no haber relacionado la palabra escrita en la cartulina que guardaba en el bolsillo con aquel desesperado mito nazi.

Arturo fece per aggiungere zucchero al proprio caffè, ma si fermò. Come aveva potuto non mettere in relazione la parola scritta nel cartoncino che custodiva in tasca con quel farneticante mito nazista?!

(...) y a no ser que ocurra un milagro, los rusos van a vengarse por lo que los nazis les hicieron durante la ocupación (...)

¹⁶⁸ DRAE (2010): www.rae.es/drae (20/06/2012)

¹⁶⁹ Cfr TAM, L. (2004): Op. cit., p. 48.

¹⁷⁰ Cfr ALMARZA ACEDO, N. (2000): Op. cit., p. 76.

E almeno che non avvenga un miracolo, i russi si vendicheranno per quello che i nazisti hanno fatto passare loro durante l'occupazione (...)

El término *nazi* se refiere al *nazismo*, abreviatura de la palabra *nacionalsocialismo*. Se puede mencionar a DRAE que dice que *nazi* identifica a alguien o a algo *perteneciente o relativo al nacionalsocialismo* y también *partidario del nacionalsocialismo*¹⁷¹. Como dice Sapir, *la scelta delle parole in un particolare contesto può dar loro un significato opposto a quello che hanno in superficie*¹⁷², es decir que siempre tenemos que considerar su contexto: en efecto, *nazi* puede ser utilizado como adjetivo o como sintagma nominal, aunque las dos, como ocurre en italiano, se escriban de la misma manera.

4.2 El culturema

Al hablar de la unión de cultura y traducción no se puede no hablar de los culturemas. Lucía Molina, en su *El otoño del pingüino*, entiende por culturema un elemento verbal o paraverbal que posee una carga cultural específica en una cultura y que al entrar en contacto con otra cultura a través de la traducción puede provocar un problema de índole cultural entre los textos origen y meta¹⁷³. Otros investigadores afirman que son, por definición, nociones específico-culturales de un país o de un ámbito cultural y muchos de ellos poseen una estructura semántica y pragmática compleja.

La noción de culturema es cada vez más usada en traductología, en los estudios culturales, fraseológicos y en otras disciplinas. Se trata de una noción reciente que está aún por definir y distinguir de otras como, *idiomatismo*, *símbolo*, *palabra cultural*, etc¹⁷⁴ y su

¹⁷¹ DRAE (2010): www.rae.es/drae (20/06/2012)

¹⁷² Cfr SAPIR, E. (1972): Op. cit., p. 10.

¹⁷³ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 79.

¹⁷⁴ Cfr LUQUE NADAL, L. (2009): "Los culturemas: ¿unidades lingüísticas, ideológicas o culturales?", en *Language Design 11*, ELIES (Estudios de Lingüística del Español), p. 93.

origen no es claro, como afirman Lucía Molina y Lucía Luque Nadal en sus trabajos. Algunos autores lo atribuyen a Nord (1997), otros a Vermeer (1983) que lo define como un fenómeno social de una cultura A que es considerado relevante por los miembros de esta cultura y que, cuando se compara con un fenómeno social correspondiente en la cultura B, se encuentra que es específico de la Cultura A¹⁷⁵. Nord da su propia definición, que es más amplia que la de Vermeer, ya que al igual que su modelo de análisis para los indicadores culturales incluye a los elementos paraverbales. Define el concepto de culturema como un concepto abstracto y supracultural, útil para comparar dos culturas, en el que se incluyen cualquier elemento denotador de información, pudiendo ser comunicativo (como puede ser el saludo alemán, su golpe de botas y su *Heil Hitler* que hemos visto anteriormente) o de comportamiento¹⁷⁶, como en los varios pasajes en que se describe la conducta antinatural del secretario de la Embajada española Francisco Maciá, tanto que el mismo protagonista, Arturo, dice que *Maciá abandonó entonces el arquetipo de diplomático*. Se pueden incluir también las convenciones y los hábitos sociales como el modo de comer, vestir y hablar¹⁷⁷; un ejemplo de este tipo puede ser:

Era un *Sturmbannführer* realmente conformado como en la antigüedad clásica; su uniforme parecía puesto sobre una estatua, y su rostro era geométrico, inexpresivo; uno de los cachorros del III Reich, mezcla de entusiasmo juvenil y adoctrinamiento ideológico que les convertían en soldados políticos, los asesinos perfectos de Hitler.

Era uno Sturmbannführer totalmente conforme all'antichità classica; la sua uniforme sembrava rivestire una statua e il suo viso era geometrico, inespressivo. Uno dei cuccioli del III Reich, un mix di entusiasmo giovanile e indottrinamento ideologico che li rendeva soldati politici, gli assassini perfetti di Hitler.

¹⁷⁵ *Ibid*, p. 95.

¹⁷⁶ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 66.

¹⁷⁷ *Ibid*, p. 81.

Resumiendo, podríamos definir entonces *culturema* como cualquier elemento simbólico específico cultural, simple o complejo, que corresponda a un objeto, idea, actividad o hecho, que sea suficientemente conocido entre los miembros de una sociedad, que tenga valor simbólico y sirva de guía, referencia, o modelo de interpretación o acción para los miembros de dicha sociedad. Todo esto conlleva que pueda utilizarse como medio comunicativo y expresivo en la interacción comunicativa de los miembros de esa cultura¹⁷⁸.

No todo lo que tiene algo de ‘cultural’ ha de ser considerado *culturema*¹⁷⁹. En su ensayo Luque Nadal afirma que se puede hacer una lista de algunos criterios de delimitación de los *culturemas*:

1. El primer requisito es su vitalidad, figuratividad y motivación. Han de ser transparentes en la idea nuclear que subyace a diferentes dichos o expresiones relacionadas con el *culturema* tiene que estar ‘viva’ para los hablantes¹⁸⁰;
2. Un *culturema* es productivo si en torno a él existe un gran número de explotaciones. Podemos distinguir dos tipos de productividad: en primer lugar la productividad fraseológica que tiene que ver con el número de *frasemas* existentes en la lengua en torno a un tema cultural y en segundo lugar la productividad general que se basa en las apariciones de un *frasema* en distintos ámbitos títulos de películas, libros, etc¹⁸¹;
3. Frecuencia de aparición en alusiones textuales, chistes, etc¹⁸²;
4. Otro rasgo es su complejidad estructural y simbólica. El *culturema* es una palabra o expresión que se basa en una situación o historia conocida a la que se remite para interpretar o comentar otra situación real inmediata. Usualmente los *culturemas* se

¹⁷⁸ Cfr LUQUE NADAL, L. (2009): Op. cit., p. 97.

¹⁷⁹ *Ibíd*, p. 104.

¹⁸⁰ *Ibíd*, p. 105.

¹⁸¹ *Ibíd*.

¹⁸² *Ibíd*, p. 106.

utilizan para dar mayor expresividad, colorido y fuerza a un razonamiento o argumentación¹⁸³.

Los ejemplos que siguen son términos ligados sobretudo al panorama político de una época caracterizada por personajes carismáticos y líderes dictatoriales que intentaron darle al mundo un orden nuevo:

A estos debemos añadir que dentro de España existen ciertos elementos... - Arturo supo que había obviado su continuación: falangistas -, ciertos logreros y oportunistas que continúan intrigando en contra del Caudillo.

E a tutto ciò dobbiamo aggiungere il fatto che la Spagna ha al suo interno certi elementi ... – Arturo sapeva che aveva evitato di continuare: falangisti – approfittatori e opportunisti che continuano a tramare alle spalle del Caudillo.

Ante de todo, podemos decir que ambos términos son referencias físicas o ideológicas que comparte una cultura, es decir, como en este caso específico, personajes, hechos históricos, organización social y sistemas políticos¹⁸⁴. El DRAE define el falangista como *perteneciente o relativo al falangismo o como persona afiliada a este movimiento*¹⁸⁵. Por eso se podría equivocadamente pensar que esa palabra se traduzca como *fascista* pero no es lo mismo. *Fascista* podría ser su correspondiente cultural en otra cultura, pero no sería lo mismo. CLAVE divide la definición en adjetivo, es decir *del falangismo o relacionado con este movimiento político y social*, y en sustantivo, *que difiende o sigue este movimiento*¹⁸⁶.

¹⁸³ *Ibid.*

¹⁸⁴ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 81.

¹⁸⁵ DRAE (2010): www.rae.es/drae (20/06/2012)

¹⁸⁶ Cfr ALMARZA ACEDO, N. (2000): Op. cit., p. 802.

Los elementos culturales no deben plantearse como elementos propios de una cultura, sino como la consecuencia de un travase cultural¹⁸⁷. Francisco Franco, dictador, militar y líder político español desde el tiempo de su ascenso al poder y jefe de Estado de España hasta su fallecimiento en 1975, era llamando también Caudillo¹⁸⁸. De hecho, el DRAE define esa palabra como *hombre que, como cabeza, guía y manda la gente de guerra y como hombre que dirige algún gremio, comunidad o cuerpo*¹⁸⁹. Para CLAVE el Caudillo es *persona que guía y manda a un grupo de gente, esp. a soldados o a gente armada*¹⁹⁰. En fin, el diccionario TAM habla específicamente de Franco: *capo, caudillo. El Caudillo: il Caudillo, Francisco Franco*¹⁹¹. Franco igualmente que otros famosos dictadores de aquella época tenía un apelativo que destacaba sus características de liderazgo, como ocurre por el Duce italiano y el Führer alemán que se suelen dejar en su original.

No es fácil delimitar los culturemas, porque su número no se puede cuantificar, ya que en cualquier sociedad existen un número ilimitado de culturemas, que se incrementan continuamente y que también pierden validez y actualidad¹⁹². Otro ejemplo que se puede destacar es lo de *rojos*:

Asintió sin replicar y Maciá lo interpretó como un gesto para que siguiera.

- Además, en la ciudad hay trescientos mil extranjeros trabajando, esclavos, caballos de Troya, y entre ellos muchos rojos españoles esperando para resarcirse de la guerra que perdieron.

¹⁸⁷ Cfr MOLINA, L. (2006): Op. cit., p. 78.

¹⁸⁸ Treccani (2012): www.treccani.it (20/06/2012)

¹⁸⁹ DRAE (2010): www.rae.es/drae (20/06/2012)

¹⁹⁰ Cfr ALMARZA ACEDO, N. (2000): Op. cit., p. 357.

¹⁹¹ Cfr TAM, L. (2004): Op. cit., p. 192.

¹⁹² Cfr LUQUE NADAL, L. (2009): Op. cit., p. 95.

Annui senza replicare e Maciá interpretò il suo gesto come un incitamento a continuare.

“In più, in città ci sono anche trecento mila stranieri che lavorano, schiavi, cavalli di Troia e tra loro molti spagnoli rossi in attesa di un risarcimento per la guerra che hanno perso.

En el estudio de los culturemas se advierte de inmediato que existen culturemas específicos de un país junto a culturemas que se comparten entre distintos países y lenguas. Se trata, en este último caso, de zonas culturales que comparten unas tradiciones históricas, religiosas, etc¹⁹³. Y este es el caso de los *rojos*, cuya definición de CLAVE es de ideología de izquierdas¹⁹⁴, y más o menos es lo que ocurre con DRAE que afirma que, en política, es un radical y revolucionario¹⁹⁵. En fin, el diccionario TAM demuestra como en italiano la correspondencia sea perfecta: *pol rosso, di sinistra*¹⁹⁶.

Entonces, al final podemos decir que la suma de los culturemas de una lengua, junto con otros elementos ideológicos de la misma, forman una red de ideas, valores, principios de acción, consejos, explicaciones de cómo y por qué es el mundo, anticipaciones, etc. Todo ello contribuye a configurar una visión del mundo, propia de un país y de un pueblo¹⁹⁷.

4.3 Idiolecto y estilo

La falta de profundización en esa materia se debe a que en la traducción siempre se ha atribuido un rol secundario al estilo frente al sentido. Guerrero Rojas cita a Valentín García Yebra que corrobora este juicio mencionado que el estilo es secundario con relación al sentido

¹⁹³ *Ibid*, p. 101.

¹⁹⁴ Cfr ALMARZA ACEDO, N. (2000): Op. cit., p. 1612.

¹⁹⁵ DRAE (2010): www.rae.es/drae (27/08/2012)

¹⁹⁶ Cfr TAM, L. (2004): Op. cit., p. 922.

¹⁹⁷ Cfr LUQUE NADAL, L. (2009): Op. cit., p. 116.

pero también tiene su importancia y el traductor no debe descuidarlo¹⁹⁸. Aunque no sea fácil encontrar literatura sobre este tema, en lo que atañe a las definiciones de idiolecto, éstas varían según la disciplina en la cual se las ubique. La dialectología sincrónica lo define como hábitos lingüísticos de un individuo en un momento dado; la estilística como individualidad expresiva; la sociolingüística como peculiaridad sociolectal; la semiótica como actividad productora y/o lectora de significaciones propia de un autor individual que participa de un universo semántico dado; la geolingüística como la manera propia de hablar de un individuo, considerada en lo que tiene de irreductible a la influencia de los grupos a que pertenece ese individuo y, por último, la psicolingüística como los hábitos lingüísticos profundamente arraigados en la mente del autor¹⁹⁹. Otra definición de idiolecto es la que sigue:

Idiolecto (del griego: *idios* – propio - + *leksis* – lenguaje) es la forma de hablar característica de cada persona, de su manera particular de utilizar la lengua. Los idiolectos cumplen la función de hacer compatible la necesidad de comunicarse con los demás, con la necesidad de que cada persona pueda expresar su forma particular de ser y de pensar, sus gustos y sus necesidades. Cada ser humano posee un idiolecto, o varios si es, por ejemplo, bilingüe o trilingüe, etc²⁰⁰.

Destacamos ahora tres diferentes definiciones por este término, la de Catford, la de House y la de Newmark.

Catford define el idiolecto como una variedad lingüística utilizada por el individuo, fenómeno cambiante que se refleja en la adopción de nuevas pronunciaciones, adquisición de nuevos elementos léxicos, etc. Dice también que sólo será necesario traducir el idiolecto del autor cuando éste resulte relevante en el texto de partida, esto es en textos predominantemente idiolectales²⁰¹.

¹⁹⁸ Cfr GUERRERO ROJAS, G. (2004): "Idiolecto y Traducción", en *UMBRAL, Revista de Educación, Cultura y Sociedad*, Año IV, n°7, UNPRG Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo, p. 190.

¹⁹⁹ *Ibid*, p. 191.

²⁰⁰ ARMARIO: www.armario.cl/biblioteca/idiolecto.pdf (31/07/2012)

²⁰¹ Cfr GUERRERO ROJAS, G. (2004): Op. cit., p. 190.

Juliana House emplea el término individualidad para referirse al mismo fenómeno al que define como los aspectos idiosincráticos de la lengua utilizados por un individuo de manera inconsciente, aspectos que lo identifican como un ser individual, verbigracia, la forma de escribir de una persona, las cualidades de su voz o la frecuencia de ciertas palabras o frases en su discurso²⁰².

Newmark habla tanto de idiolecto del autor como del traductor definiéndolo como las peculiaridades personales de un autor; este autor toma partido por el idiolecto del traductor afirmando que éste da naturalidad a la versión y que es la competencia lingüística del traductor la que marca la efectividad de su versión. Newmark opina que en textos primordialmente informativos se pueden ignorar las peculiaridades idiolectales del autor y considera el idiolecto y el estilo del traductor como una fuente de interferencia²⁰³.

Después todo lo que ha sido dicho hasta ahora, podemos definir el idiolecto del traductor a la frecuencia de ocurrencia de determinados indicadores estilísticos del traductor en su versión. En suma, se puede definir como la totalidad de hábitos lingüísticos de una misma persona en un momento dado²⁰⁴.

Es la *manera particular de utilizar la lengua* de que habíamos hablado antes que se refleja en las elecciones de palabras de Del Valle, como se puede ver en los ejemplos de *rostro de Picio y tripazo*:

Arturo contempló la mueca de irónica resignación que se dibujó en su rostro de Picio y sonrió con cierta tristeza.

Arturo contemplò la smorfia di ironica rassegnazione che si dipinse su quella faccia da cesso e sorrise tristemente.

²⁰² *Ibíd.*

²⁰³ *Ibíd*, p. 191.

²⁰⁴ Cfr GUERRERO ROJAS, G. (2004): Op.cit., p. 191.

Buscar a la palabra *Picio* en el diccionario de la Real Academia Española significa encontrar de repente la definición de *más feo que Picio*, es decir *dicho de una persona excesivamente fea*²⁰⁵. Alberto José Miranda, en su libro sobre los usos coloquiales del español, incluye a *rostro de Picio* en sus expresiones injuriosas o insultos, que se suelen utilizar más para impresionar que para llegar a la agresión directa²⁰⁶. En este caso, el insulto se refiere a un rasgo físico personal específico que es la fealdad es decir, como hemos visto, ser más feo que Picio²⁰⁷.

Sin mediar palabras se montó en el Kübel, que tras un portazo arrancó dando tripazos entre los socavones de las calles berlinesas.

Senza proferir parola salì sul Kübel, e dopo che gli occupanti ne ebbero chiuso gli sportelli, il mezzo si avviò spanciando tra i crateri delle strade berlinesi.

El traductor encuentra a una palabra que no es posible individuar en los diccionarios habituales y en este caso, tiene que analizar la Berlín de los Cuarenta y sobre todo buscar referencias sobre el Kübel, una camioneta alemana típica de aquella época que tiene una parte inferior que casi llega al suelo, como una tripa que al moverse del medio de transporte golpea con los socavones de la calle²⁰⁸. Su foto puede ser de ayuda por la tarea del traductor porque permite comprender y utilizar el verbo *spanciare*, que en italiano incluye la palabra *pancia*, es decir *tripa* como ocurre en la palabra de partida.

En la introducción de su obra, Cristina Lavinio explica su trabajo y es interesante destacar sus palabras:

²⁰⁵ DRAE: *Diccionario de la Real Academia Española*, www.rae.es/drae

²⁰⁶ Cfr MIRANDA, J.A. (1992): Op. cit., p. 63.

²⁰⁷ *Ibíd*, p. 64.

²⁰⁸ Treccani (2012) : www.treccani.it (17/05/2012)

Il titolo di questo lavoro abbina due termini apparentemente disomogenei: *stilistica* sembra rinviare a una disciplina (quella che ha come proprio oggetto di studio lo stile), mentre *cultura* designa un oggetto di studio, un dato – o meglio, un insieme di dati – di fatto. Eppure tale disomogeneità si rivela solo apparente non appena si consideri che si può sostenere l'esistenza di una *stilistica* (nel senso di insieme di stili) delle lingue²⁰⁹.

Se puede definir estilo como la elección individual del hablante, como la libertad para elegir entre varias opciones, variantes estilísticas que coinciden en el plano del contenido, pero difieren en el plano de la expresión²¹⁰. La traducción debe conservar el mundo particular del autor, el ambiente que éste recrea y su estilo. Es preciso tener muy presente al auditorio y procurar ofrecerle, a través de la palabra y de las imágenes recreadas, y creadas, el mayor grado de equivalencia posible²¹¹. Por una obvia cuestión de respeto, el traductor tratará de identificarse con el autor, sin desaparecer por ello completamente. La identificación no impide que el traductor aporte ciertos rasgos de estilo propio, dotando de un carácter personal al texto, trasplantándolo a otros parámetros vitales, lingüísticos y culturales, los suyos. El resultado es la actualización de la obra en otro espacio, en otro tiempo y en otra lengua, en la cultura que lo hará identificable para otro público. Aquí es donde todo intento de traducción deviene, irremediabilmente, en versión²¹².

Eugene Nida expresa su opinión sobre el estilo y afirma que un aspecto importante de lenguajes y culturas es el hecho de que los modelos simbólicos tienen un papel fundamental en las comunicaciones; por eso adherir a dichos modelos es imperativo, aunque la creatividad no sea siempre controlada por reglas fijas. De hecho, los autores creativos violan constantemente las tradiciones rígidas para atraer atención y para aumentar el impacto de lo que quieren comunicar²¹³.

²⁰⁹ Cfr LAVINIO, C. (1992): Op. cit., p. 115.

²¹⁰ Cfr GUERRERO ROJAS, G. (2004): Op. cit., p. 191.

²¹¹ Cfr LUNA ALONSO, A. (2001): Op. cit., p. 780.

²¹² *Ibid.*

²¹³ Cfr NIDA, E. (1991): "Theories of Translation", en *TTR: traduction, terminologie, redaction*, vol. 4, n°1, p. 55.

Destacamos ahora algunos ejemplos estilísticos del autor Del Valle. El primer caso es lo de las palabras propias de la lengua alemana: por la mayoría, el autor ha decidido dejarlas en el original, sin traducirlas o hacer notas para explicarlas, porque, como dice Umberto Eco, *la nota è sempre segno di debolezza da parte di un traduttore*²¹⁴:

De pie, a su lado, un Hauptsturmführer con las piernas arqueadas, como si hubiera servido en caballería, y un rostro errabundo que no se decidía por el aburrimiento o la pereza.

Vicino a lui, in piedi, un Hauptsturmführer con le gambe arcuate, come se avesse prestato servizio nella cavalleria, e un volto errabondo che non si decideva tra la noia e la pigrizia.

Otras veces explica en seguida la palabra alemana utilizada:

Pero, sobre todo, se deshacían de las pilas de *Dienstaltersliste*, un volumen secreto que se elaboraba varias veces al año con las listas jerárquicas de los oficiales de las SS (...)

Ma soprattutto si disfacevano delle pile di Dienstaltersliste, volume segreto che si stilava più volte l'anno e che conteneva le liste gerarchiche degli ufficiali delle SS (...)

Susan Bassnett afirma que se suelen también utilizar formas dialectales o formas lingüísticas típicas de una zona geográfica específica o de una clase social de la lengua de partida²¹⁵. Un ejemplo práctico pueden ser las palabras escritas en cursivo y que destacamos en seguida:

-Es el *doiche* – confirmó - ¿Y quién puede haber hecho el estropicio?

“È il doich” – confermò. “E chi può aver combinato questo guaio?”.

²¹⁴ Cfr ECO, U. (2010): Op. cit., p. 110.

²¹⁵ Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 147.

- ¿Reglas? ... – se admiró Saladino, como si el juego limpio fuera una afrenta a todos sus antepasados -. Pero ¿tú qué te crees, que esto es *Güinbledón*?

“*Regole...?*” – *si stupì Saladino, come se il giocare pulito fosse un affronto ai suoi antenati. “Ma cosa pensi che sia questo, Uinbledon?”*”.

Hay que “dormir con el autor” para llegar a comprenderlo y así poder traducir fielmente, no sólo sus palabras, sino su estilo, sus intenciones, sus mensajes escondidos en la aparente semejanza de las palabras²¹⁶.

Es interesante destacar otro concepto estilístico importante que es lo que se refiere al *mensaje* y que Lavino ejemplifica hablando de las diferencias estilísticas que se refieren, por ejemplo, al uso de los signos de puntuación y a la largura de las oraciones de un texto, que son diferentes en cada lengua. Para demostrar de forma práctica lo que se acaba de afirmar, se pueden ver un ejemplo²¹⁷:

- Claro, le conocí en Leningrado. Hace ya un par de años. ¿Qué ha sido de él?

- Le hirieron en Prusia y tuvieron que evacuarle. Está en un balneario, recuperándose de su heridas. En breve se hallará dispuesto para cumplir con su trabajo, necesitamos hombres como él.

Arturo reflexionó sobre la capacidad de las palabras para encubrir la labor de sangre y brutalidad que había desempeñado aquel oficial en Rusia. Inevitablemente, enredado en su recuerdo venía el de Hilde, su rostro, uno por que mil barcos se hubieran echado a la mar.

“*Certo, l’ho conosciuto a Leningrado, sono già passati un paio d’anni. Che ne è stato di lui?*”

²¹⁶ Cfr AVENDAÑO-INESTRILLAS, J. (2000): Op. cit., p. 74.

²¹⁷ Cfr LAVINIO, C. (1992): Op. cit., p. 121.

“Fu ferito in Prussia e dovettero farlo evacuare. Si trova in una località balneare ora, nell’attesa di rimarginare le sue ferite. Tra poco sarà a disposizione per portare a termine la sua missione; abbiamo bisogno di uomini come lui”.

Arturo rifletté su come le parole siano capaci di coprire le gesta sanguinose e brutali di cui quell’ufficiale si era reso protagonista in Russia. Inevitabilmente al suo ricordo s’intrecciava quello di Hilde, del suo viso, per il quale mille navi avrebbero salpato.

Es útil también destacar la breve lista que hace sobre los procedimientos de la traducción definida como literal, que son:

- Préstamo, es decir palabra incorporada a otra lengua sin traducirla como pueden ser los siguientes ejemplos que el autor decidió poner en cursiva, elección que se ha respetado:

Al hilo de esas reflexiones, Arturo fue sacando de sus bolsillos marcos del Reich y pfennings, inútiles ya, un cortaúñas, una pequeña navaja, una fina pitillera de plata acanalada, una cartulina repleta por las dos caras de notas y tachaduras...

Continuando a seguire il filo logico dei suoi pensieri, Arturo svuotò le tasche del cadavere tirando fuori marchi del Reich e pfennings, ormai inutili, un tagliaunghie, un piccolo coltello a serramanico, un’elegante portasigarette d’argento a righe, un cartoncino zeppo su entrambi i lati di note e cancellature ...

- Calco, palabra o sintagma extranjero que se incorpora traducido a otra lengua, como es el caso de *dossieres*:

(...) la eliminación sistemática de miles de tarjetas color marrón rojizo de los registros personales, *dossieres*, autorizaciones firmadas, órdenes ..., rastros de una responsabilidad que aumentaba a medida que se alejaba de los hombres que sostenían las armas.

(...)l'eliminazione sistematica di migliaia di tessere color mattone dei registri personali, dossier, autorizzazioni firmate, ordini ... segni di una responsabilità che aumentava man mano che ci si allontanava dagli uomini armati.

- Traducción literal propiamente dicha, es decir la traducción palabra por palabra como, por ejemplo, en la misma estructura de *Tienen a disposición* y *Avete a disposizione*.

Concluyendo, se observa que idiolecto y estilo poseen dos rasgos comunes, la elección u opción estilística y la individualidad, e incluso podría hablarse de un tercero que subyace en la propia definición: la frecuencia de ocurrencia. Las dos tienen también tres rasgos diferenciadores²¹⁸:

1. Acto deliberado, que puede ser inconsciente o semi inconsciente. En le primer caso la acción del autor es voluntaria y reflexiva. Se busca causar determinados efectos en el lector; mientras en el segundo caso las asociaciones o elecciones no son conscientes, o lo son sólo de forma parcial²¹⁹;
2. Recursos estilísticos en oposiciones a hábitos lingüísticos. Por recursos retóricos se entenderán los recursos teóricos existentes en la lengua que utiliza el individuo o los creados por él. Puede hablarse por tanto de libertad estilística. Por hábitos lingüísticos entenderemos los recursos lingüísticos que utiliza el individuo restringido por la norma, recursos ellos que no necesariamente reflejan creatividad estilística²²⁰;
3. Ausencia del factor temporalidad en oposición a presencia de este mismo factor. Su ausencia resulta ser relativa en tanto que el autor tiene la facultad de cambiar su estilo en el curso de su existencia²²¹.

²¹⁸ Cfr GUERRERO ROJAS, G. (2004): Op. cit., p. 191.

²¹⁹ *Ibíd.*

²²⁰ *Ibíd.*

²²¹ *Ibíd.*, p. 192.

Los críticos evalúan una traducción desde pocos y limitados puntos de vista: o consideran la estrecha correspondencia con el texto de partida o consideran el texto de llegada como una obra escrita en esa lengua; la arrogancia que dichos críticos tienen en indicar una traducción como buena o mala llega de una posición monolingüística²²².

²²² Cfr BASSNETT, S. (2009): Op. cit., p. 23.

CONCLUSIONES

Es opinión común que traducir siempre ha sido una actividad necesaria en la cultura occidental; y se tiene razón al decir esto porque de hecho la cultura europea no existiría si no fuese por la gran labor realizada por los primeros traductores que con gran dedicación tradujeron gran cantidad de obras del griego al latín, las lenguas con que se solía escribir en la antigüedad. Si tomamos el ejemplo de España, podemos destacar el creciente número de traducciones entre los diferentes idiomas que se hablan dentro del país, es decir no simplemente castellano o catalán, los que tienen la cantidad más grande, sino también el gallego, el vasco y el valenciano. Se puede también afirmar que la tipología de producción que ocupa el primer lugar en términos de cantidad entre todos los géneros es la literaria. Para testimoniar esta correlación entre producción literaria y traducción, destacamos una interesante opinión que afirma que si un libro escrito originalmente en italiano se vende muy bien en su versión al español, ¡claro que se debe el mérito del mismo autor!, pero también, en buena medida, a una traducción exacta, cuidadosa y no exenta de afanes literarios, mérito de un buen traductor. Según los datos proporcionados por el Ministerio de la Educación y Cultura Español a través de ISBN, el 25% de todo el material publicado en España está constituido por material traducido, es decir que uno de cada cuatro libros de los que se publican es de una traducción. Concluyendo, para el caso de España, ha de tenerse en cuenta un factor explicativo importante como es la importancia que tradicionalmente han tenido las exportaciones hacia aquellos países de la misma área lingüística. España es el país de referencia y asume la responsabilidad de suministrar a otros sus principales consumos culturales.

Al seguir con el tema de la traducción literaria, podemos afirmar que es uno de los que han sido desarrollados en mi comentario y que muchos investigadores y académicos, con Susan Bassnett a la cabeza, han tratado. Como hemos visto, esta no tiene que ser considerada como una actividad lingüística, sino propiamente literaria; de hecho no tiene una estructura así linear como se cree, es mucho más compleja y el traductor tiene un papel fundamental en el desarrollo de este tipo de proceso, que no es sencillo como podría parecer. Por eso, el traductor necesita de herramientas propias que le ayuden en su tarea; he afirmado muchas veces, a lo largo de mi trabajo, que la del traductor no es una actividad secundaria como por

mucho tiempo se ha creído sino que, por lo contrario es muy difícil. Su papel es el de lugar de encuentro de dos lenguas y de dos culturas, la de partida y la de llegada, por eso podemos decir que su labor permite una cierta comunicación que sin su ayuda sería casi imposible. Lo veo como a un moderno Carón, el barquero que guía el conocimiento de una cultura a otra, de una lengua a otra y sin el cuál no se podría ir más adelante en la vida.

El proceso traductológico que está en la base de mi trabajo tiene, por supuesto, sus límites. Ante todo el tiempo que he tenido a disposición para llegar al término de dicho proceso; desafortunadamente los tiempos académicos no coinciden con los tiempos prácticos necesarios para hacer una traducción detallada y minuciosa, por eso muchas veces no ha sido posible extenderse ampliamente sobre temas y problemas específicos ligados con mi traducción. En el caso de mi trabajo, habría sido muy interesante analizar de manera más profunda paremias, juegos de palabras y refranes, que abundan en el texto, pero necesitaban de una búsqueda mucho más larga y profunda que habría necesitado mucho más tiempo y también mucho más espacio. De hecho el espacio es otro elemento que no coincide en teoría y en práctica; los límites de extensión de ambos, la traducción y el comentario no permiten desarrollar los conceptos de manera completa. Por ejemplo, el tema citado antes de los juegos de palabras es muy vasto y particular; no es fácil encontrar material válido, en papel o telemático, sobre ello, se necesita tiempo para buscar en bibliotecas por España, Italia y el mundo si es necesario o en revistas especializadas que incluyen ensayos académicos y profesionales; sería importante también llegar a conocer las investigaciones hechas a nivel académico con este objetivo, y se necesita tiempo para hacerlo. No es suficiente explicar lo que un determinado juego o refrán quiere decir, es necesario e interesante comprenderlo, conocer su historia e intentar encontrar su correspondiente en la lengua de llegada, si posible. Todo este trabajo no se puede hacer en seis meses o un año, y no se puede relegar en cincuenta páginas de comentario porque se tiene también que contextualizar los términos, explicar de dónde llegan y dónde van. Por eso decidí dejar este tema y profundizar otros, aunque la cultura no sea algo que se pueda también desarrollar de la justa manera con dichos límites; es una lastima porque expresiones como *te necesito hasta que las ranas bailen* o *del amo y del mulo cuanto más lejos más seguro* son sugerencias muy interesantes por una discusión de tipo cultural, literaria y traductológica. Que conste que las oraciones citadas han sido traducidas como *non so ancora per quanto y fidarsi è bene, ma non fidarsi è meglio* pero, sobre todo en el primer caso, no he sido capaz de hacer de manera perfecta lo que el

autor había escrito; puede ser una propuesta buena, suficiente, pero no totalmente correcta, porque, por ejemplo el uso de los animales no ha podido ser lo mismo en italiano; es como perder algo, una matiz, una faceta. Por lo contrario, algunas expresiones que parecen ser similares en las dos lenguas son *a mal tiempo buena cara*, traducida como *a buon viso cattivo gioco* (que permite también el mismo juego de palabras con el diálogo que lo sigue dentro de la novela) y *eres más burro que un arado*, que encuentra su correspondiente en *sei più stupido di una capra* que parece ser similar al texto de partida desde un punto de vista semántico y formal. En este último caso habría sido interesante investigar sobre el hecho de que en la historia cultural española se consideren estúpidos un burro y un arado mientras que en italiano a una *capra*, es decir a una cabra. Hay otro tipo de búsqueda que no ha podido ser organizada de manera completa y es la histórica, muy importante en este tipo de novela. Si hubiera tenido más tiempo y espacio, como hemos visto, las reconstrucciones históricas de los acontecimientos habrían sido mucho más precisas y minuciosas como el autor habría querido, si se considera su labor de investigación y como es fácil percibir entre sus líneas. El conocimiento de este tipo puede ayudar al traductor en su tarea al presentar pasajes descriptivos que en el texto de partida llegan ser fundamentales para el desarrollo de la novela. Concluyendo este apartado, se puede afirmar que en sentido general se habría tenido que investigar mucho más sobre estos temas, porque tienen matices y facetas interesantes y que dicen mucho sobre las costumbres de un pueblo.

Siguiendo con el discurso histórico, creo que sería útil al final hacer una traducción fiel al original, visitar los lugares mencionados y descritos en la novela, para coger sus matices y traducir en palabras, sentidos y sensaciones que pueden ser cruciales para la narración; visitar también museos o fundaciones históricas podría ser provechoso para perseguir el mismo objetivo. Con una perspectiva de este tipo, y al considerar que Del Valle ha hecho una labor histórica extraordinaria con una documentación detallada y minuciosa, algunos pasajes de la novela habrían podido ser traducidos de una forma mucho más fiel al original. Otra cosa muy importante para mejorar mi trabajo habría sido contactar al autor y hablar con él sobre su novela, para comprender su manera de escribir y su estilo, discutiendo sobre problemas de traducciones que había encontrado en mi proceso y la manera de tratar algunos conceptos. Una ayuda en la comprensión de su estilo podría llegar también de sus obras anteriores; leerlas y analizarlas puede darnos un cuadro completo de su visión del mundo, su trabajo y su manera de contar los acontecimientos que hacen de fondo en sus

novelas. Así se habría podido recrear el suspense y el horror propios de los cuentos del misterio de una forma óptima. Otra propuesta para mejorar mi trabajo, sería el uso de los diccionarios culturales. Como he explicado en mi comentario, la falta de dichos diccionarios específicos es un obstáculo a la misión del traductor; serían una herramienta valida capaz de traducir textos complejos y ricos en términos sectoriales y propios de una época y de un país, pero desafortunadamente no existen, y los diccionarios tradicionales no pueden cumplir las mismas funciones.

Resumiendo, podemos afirmar que aunque se haya intentado hacer un trabajo completo, con investigaciones minuciosas y un estudio cuidadoso de los elementos traductológicos antes y de los objetos de análisis después, los límites de tiempo y espacio dictados por las reglas académicas no lo han permitido.

Quería concluir mi tesis con las palabras de Gilles Bertrand que afirma que el país extranjero se aprende desde experiencias y contactos personales, donde se mezclan la cultura de partida y la de llegada.

GLOSARIO

Lenguaje militar:

ESPAÑOL	ITALIANO	ENGLISH
Alarde artillero	Sfoggio di artiglieria	Artillery display
Amenazar	Minacciare	(to) threaten
Arma	Arma	Weapon
Asaltar	Assaltare	(to) attack
Asesinato	Assassinio, omicidio	Murder
Asestar	Assestare	(to) deal or (to) deliver
Ataque	Attacco	Attack
Atolladero	Melma	Awkward situation
Atroz	Atroce	Appalling
Batalla	Battaglia	Battle
Batida	Rastrellamento	Search
Bomba	Bomba	Bomb
Bombardear	Bombardare	(to) bomb or (to) shell
Bombardeos	Bombardamenti	Bombing
Borrador	Orribile	Rough
Botas	Stivali	Boots

Brigada	Brigata	Brigade
Búnker	Bunker	Bunker
Cabo	Caporale	Corporal
Cañón	Cannone	Cannon
Capitán	Capitano	Captain
Casamata	Casetta	Casemate
Casco	Casco	Helmet
Castigar	Castigare	(to) punish
Cazar	Cacciare	(to) hunt
Circunspecto	Circospetto	Guarded
Ciudad asediada	Città assediata	Besieged city
Comando	Commando	Commando group
Conductor	Autista	Driver
Conflicto	Conflitto	Conflict
Conquista	Conquista	Conquest
Cuadrarse militarmente	Congedarsi militarmente	(to) stand up straight
Cuchillada	Coltellata	Stab
Cuchillo en mano	Coltello alla mano	Using knife
Defender	Difendere	(to) protect
Defensa	Difesa	Defense
Derrota	Disfatta	Defeat

Desaparecido	Scomparso	Missing
Desfile militar	Parata militare	Parade
Diana	Giungla	Reveille
Dirigirse	Rivolgersi	(to) address
Disciplina	Disciplina	Discipline
Ejército	Esercito	Army
Enemigo	Nemico	Enemy
Enrolarse	Arruolarsi	(to) enlist in
Espía	Spia	Spy
Excursión	Escursione	Trip
Fallecido	Morto	Dead
Feroz	Feroce	Fierce
Fragor	Fragore	Roar
Fusil ametrallador	Fucile	Rifle
Grado	Grado	Rank
Graduación	Graduazione	Ranking
Granadero	Granatiere	Grenadier
Guerra	Guerra	War
Guripa	Soldato	Soldier
Hemorragia	Emorragia	Hemorrhage
Hundir	Affondare	(to) sink

Indecisión	Indecisione	Indecision
Insubordinación	Insubordinazione	Insubordination
Interrogar	Interrogare	(to) question
Invadir	Invadere	(to) invade
Investigación	Indagine	Inquiry
Jaula	Gabbia	Cage
Jerárquico	Gerarchico	Hierarchical
Línea	Linea	Line
Localizar	Localizzare	(to) locate
Lucha	Lotta	Fight
Luchar	Lottare	(to) fight
Marcha	Marcia	March
Mariscal	Maresciallo	Field Marshal
Martirologios	Martirologio	Martyrology
Masacre	Massacro	Massacre
Mayor	Maggiore	Major
Misión	Missione	Mission
Mortero	Mortaio	Mortar
Muerto	Morto	Dead
Objetivo	Obiettivo	Objective
Ocupar	Occupare	(to) occupy

Ofensiva	Offensiva	Offensive
Oficiales	Ufficiali	Officers
Operación	Operazione	Operation
Órden	Ordine	Order
Órden de pase	Ordine di entrare	Allowing to pass
Organizar	Organizzare	(to) plan
Panzer	Panzer	Panzer
Pasar revista	Subire un controllo militare	(to) inspect the troops
Prisiones	Prigioni	Prisons
Programa científico militar	Programma scientifico militare	Military scientific program
Racionamiento	Razionamento	Rationing
Registrar	Registrare	(to) record
Rehabilitar	Riabilitare	(to) rehabilitate
Represalia	Rappresaglia	Reprisal
Responder ante	Rispondere innanzi a	(to) pay for
Ronda	Ronda	Patrol
Saludar militarmente	Salutare militarmente	(to) salute
Sangre	Sangue	Blood
Sargento	Sergente	Sergeant
Servir	Servire	(to) serve

Sitiado	Assediato	Besieged
Soldado	Soldato	Soldier
Solución	Soluzione	Solution
Subordinación	Subordinazione	Subordination
Teniente	Tenente	Lieutenant
Tercer Reich	Terzo Reich	Third Reich
Topo	Talpa	Mole
Torre antiaérea	Torre antiaerea	Anti-aircraft tower
Tragedia	Tragedia	Tragedy
Tregua	Tregua	Truce
Tropa	Truppa	Troops
Uniforme	Uniforme	Uniform
Víctima	Vittima	Victim

Lenguaje político – histórico:

ESPAÑOL	ITALIANO	ENGLISH
Acaecer	Accadere	(to) happen
Acto	Atto	Act
Agenda	Agenda	Agenda
Antepasado	Antenato	Ancestor

Arco de triunfo	Arco di trionfo	Triumphal arch
Asunto	Questione	Matter
Banda	Banda	Group
Barrio diplomático	Quartiere diplomatico	Diplomatic district
Bolchevismo	Bolscevismo	Bolshevism
Británico	Britannico	British
Burocrático	Burocratico	Government
Camarada	Camerata	Comrade
Camaradería	Cameratismo	Camaraderie
Capital (adj)	Capitale (agg.)	Cardinal
Capital (s.m.)	Capitale (s.f.)	Capital
Civil	Civile	Civil
Civilización	Civilizzazione	Civilization
Colonia española	Colonia spagnola	Spanish colony
Comprometer	Compromettere	(to) compromise
Comunismo	Comunismo	Communism
Consultar	Consultar	(to) consult
Crímen	Crimine	Crime
Cruzada	Crociata	Crusade
Dato	Dato	Data
Delegación oficial	Delegazione ufficiale	Delegation

Democracia	Democrazia	Democracy
Despacho	Ufficio	Bureau
Destinar	Destinare	(to) assign
Diplomacia	Diplomazia	Diplomacy
Distrito	Distretto	District
Distrito gubernamental	Distretto governativo	Governmental district
Documentación	Documentazione	Information or Data
Embajada	Ambasciata	Embassy
Embajador	Ambasciatore	Embassador
Falangista	Falangista	Falangist
Ferrocarril	Ferrovia	Railway
Filtración	Infiltrazione	Leaking
Fuga de información	Fuga di notizie	Leaking
Funcionario	Funzionario	Government employee
Guerra Civil	Guerra Civile	Civil War
Historia	Storia	History
Humanidad	Umanità	Human race
Ideología	Ideologia	Ideology
Imperio germano	Impero tedesco	German empire
Incidente	Incidente	Accident
Informar	Informare	(to) inform

Interrogatorio	Interrogatorio	Questioning
Labor	Lavoro	Work
Lista	Lista	List
Mapa	Mappa	Map
Maqueta	Plastico	Model
Mecanógrafo	Dattilografo	Typist
Metrópolis	Metropoli	Metropolis
Ministerio	Ministero	Department
Misterio	Mistero	Mystery
Motivo ideológico	Motivo ideologico	Ideological cause
Nazi	Nazista	Nazi
No beligerancia	Non belligerante	Not-belligerency
Paisano	Compaesano	From the same country
Parlamento	Parlamento	Parliament
Patria	Patria	Homeland
Peligro	Pericolo	Danger
Poder	Potere	Power
Pretoriano	Pretoriano	Praetorian
Prueba	Prova	Test
Reclamación	Reclamo	Claim
Régimen	Regime	Regime

Reglas	Regole	Rules
Repatriación	Rimpatrio	Repatriation
Reputación	Reputazione	Reputation
Reunión	Riunione	Meeting
Saludo alemán	Saluto nazista	Nazi salute
Salva	Saluto	Salute
Sección administrativa	Sezione amministrativa	Official Department
Secretar	Secretare	(to) secrete
Secretario	Segretario	Secretary
Secreto	Segreto	Secret
Seguridad	Sicurezza	Safety
Soviético	Sovietico	Soviet
Taconazos	Colpi di tacco	Stamp
Tensión	Tensione	Tension
Testigo	Testimone	Witness
Traidor	Traditore	Traitor
Transporte público	Trasporto pubblico	Public transportation
Vanguardia	Avanguardia	Vanguard
Verdad	Verità	Truth
Zona	Zona	Zone

Siglas, lugares y personajes históricos:

ESPAÑOL	ITALIANO	ENGLISH
Alemania	Germania	Germany
Aliados	Truppe Alleate	Allied Forces
Berlín	Berlino	Berlin
Cancillería	Cancelleria	Chancery
Caudillo	Caudillo	Caudillo
Ciano	Ciano	Ciano
Chita	Cita	Cheeta
División Azul	División Azul	Blue Division
Duce	Duce	Duce
Fuerzas del Eje	Potenze dell'Asse	Axis Alliance
Escuadrilla Azul	Escuadrilla Azul	Blue Squadron
España	Spagna	Spain
Estados Unidos	Stati Uniti	USA
Führer	Führer	Führer
Führerbunker	Führerbunker	Führerbunker
Gestapo	Gestapo	Gestapo
Hitler	Hitler	Hitler
Italia	Italia	Italy

Katyushas	Razzi Katiuscia	Katyusha multiple rocket launchers
Kripo	Kripo	Kripo
Leningrado	Leningrado	Leningrad
Mussolini	Mussolini	Mussolini
Norteamericano	Americano	North American
Palacio de Santa Cruz	Ministero degli Esteri	Foreign Office
Rojos	Rossi	Communists
RSHA	RSHA	RSHA
Rusia	Russia	Russia
SHAEF	SHAEF	SHAEF
Sipo	Sipo	Sipo
SMERSH	SMERSH	SMERSH
SS	SS	SS
Unidad Ezquerra	Unidad Ezquerra	Ezquerra Unit
Volkshalle, Sala del Pueblo	Volkshalle, Sala del Popolo	Volkshalle, People Hall

Expresiones idiomáticas:

ESPAÑOL	ITALIANO	ENGLISH
A buen paso	A passo spedito	Quickly
A mal tiempo buena cara	Fare buon viso a cattivo gioco	If life gives you lemons, make lemonade
Aguantar mecha	Alleggerire il compito	(to) grin and bear it
Al fondo	In fondo	Straight ahead
Añade más quilates a su oro	Questo le fa onore	You come out of it very well
Aquí hay tela que cortar	Ce ne sono qui di cose da fare	We have a lot to do
Aquí va a haber verbena	Qui sta per succedere un gran casino	It is going to be a fine mess
Bajo llave	Sotto chiave	Under key
Colocarse el puño en boca	Mordersi la lingua	(to) bite your tongue
Como un pez fuera del agua	Come un pesce fuori dall'acqua	Like a fish out of water
Consultar unas dudas	Fugare dei dubbi	(to) remove any doubt
Coño	Cazzo	Fuck or Damn
Cuento chino	Leggenda metropolitana	Tall tale
Cuento de hadas	Racconto di fantasia	Fairy tale
Dando vueltas como una mula atada a una muela	Continuava a sbatterci la testa, testardo come un mulo	(to) bang your head as stubborn as a mule

Dar el pasaporte	Fare la festa/Dare il benservito	(to) kick out
Dar la vuelta	Girare	(to) turn
Dar leña	Dare un fracco di legnate	(to) give a good hiding
Dar mal fario	Portare iella	(to) jinx someone
De refilón	Con finta noncuranza	(to) give someone a sidelong glance
Del amo y del mulo cuanto más lejos más seguro	Fidarsi è bene ma non fidarsi è meglio	If you trust before you try, you may repent before you die
Echar de menos	Mancare	(to) miss
Echar un vistazo	Dare un'occhiata	(to) have a look at
Elevarse como durante la consagración de una hostia	Silenzio tombale	Dead silence
En nada nos van a crecer los enanos	Passare dalla padella alla brace	(to) jump out of the frying pan into the fire
Encogerse de hombros	Fare spallucce/stringersi nelle spalle	(to) shrug shoulders
Eres más burro que un arado	Sei più stupido di una capra	(to) be dumb as an ox
Flaco como hilo de zurcir	Secco come un chiodo	As thin as a rake
Flor de piel	A fior di pelle	Exposed
Frío como una nevera	Fredda come una ghiacciaia	Cold like a refrigerator
Hombro con hombro	Fianco a fianco	Side by side

Ir al grano	Andare al punto	(to) get straight to the point
Ir con segundas	Avere una doppia chiave di lettura	Key to the reading
Jugarse las pestañas	Giocarsi tutto	(to) risk
La responsabilidad era verde y se la comió un burro	Meglio non impicciarsi	It is better to not poke in
Mano de santo	Manna dal cielo	(to) be like manna from heaven
Más razón que un santo	Ha più ragione di un santo	You are absolutely right
Ojito con pisar más uvas	Occhio a dove metti quei cazzo di piedi	Please watch your step
Parecían buscar el blanco	Come in un tiro al bersaglio	It seems like a target shooting
Poner los puntos sobre les íes	Mettere i puntini sulle i	(to) dot the i's
Ponerse en contacto	Mettersi in contatto	(to) connect
Por lo sano	Tagliare corto	(to) take drastic action
Por lo tanto	Dunque	So
Quedarse a gusto	Sentirsi in pace con la coscienza	(to) be comfortable
Respingó como si se hubiera quemado	Colto sul vivo	(to) cut sb. to the quick
Rostro arrugado como una verruga	Viso rugoso come una prugna secca	Wrinkled as a prune
Rostro de Picio	Faccia da cesso	He is really gross

Ser los ojos y los oídos de alguien	Essere gli occhi e le orecchie di qualcuno	(to) be your eyes and ears
Ser una tumba	Essere una tomba	(to) be the soul of discretion
Sexto sentido	Sesto senso	Sixth sense
Situaciones al rojo vivo	Situazioni incandescenti	Incandescent situation
Te voy a necesitar para pelar guardias hasta que las ranas bailen	Non so ancora per quanto	Not for long
Un anciano que más que viejo era antiguo	Un anziano che più che vecchio era antico	So old
Voy a ver por si acaso	Vado a dare un'occhiata, non si sa mai	(to) have a look
Ya será menos	Il solito esagerato	Exaggerated as usual

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAR EZQUERRA, M. (2007): “El neologismo español actual”, en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Libreria Editrice Cafoscarina, p. 11 – 35.

AVENDAÑO-INESTRILLAS, J. (2000): “Sociedad, traducción y cultura”, en *Panacea: Revista de Medicina, Lenguaje y Traducción*, Tremédica, vol. 1, n°2.

BARTOLOTTA, S. (2007): “Problemas léxico – semánticos en la interpretación y traducción de *Candido* de Leonardo Sciascia”, en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Libreria Editrice Cafoscarina, p. 163 – 184.

BASSNETT, S. (2009): *La Traduzione: teorie e pratica*, IV Edición, Milano, Bompiani.

BERBER IRABIEN DE RAIKO, D. (1998): “Cultura y traducción”, en *ASELE Actas IX*, Centro Virtual Cervantes.

BERENGUER, L. (1998): “La adquisición de la competencia cultural en los estudios de traducción”, *Quaderns. Revista de traducció 2*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.

BERTRAND, G. (1992): “La Storia come luogo di comprensione tra le culture”, en C. Lavinio (ed.), *Lingua e Cultura nell'insegnamento linguistico*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, p. 169 – 186.

CALVI, M.V. (2007): “Los términos culturales en los diccionarios bilingües de español e italiano: el caso de autonomía y sus derivados”, en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Libreria Editrice Cafoscarina, p. 49 – 69.

CARBONELL, O. (1996): “Lingüística, traducción y cultura”, en *Revista TRANS N°1*, www.trans.uma.es.

CORDÓN GARCÍA, A.J. (1997): “La traducción en España”, en *Meta: Translators' Journal*, vol. 42, n°4.

D'ADDIO COLOSIMO, W. (1992): “Cultura, lingua e approcci comunicativi”, en C. Lavinio (ed.), *Lingua e Cultura nell'insegnamento linguistico*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, p. 3 – 9.

DEL VALLE, I. (2010): *Los demonios de Berlín*, Madrid, Punto de lectura, p. 11 – 71.

ECO, U. (2010): *Dire quasi la stessa cosa*, Milano, Tascabili Bompiani.

EVANGELISTI ALLORI, P. (1992): “La conoscenza schematica: tra lingua e cultura nell'interpretazione del discorso”, en C. Lavinio (ed.), *Lingua e Cultura nell'insegnamento linguistico*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, p. 11 – 38.

FERNÁNDEZ SÁNCHEZ M. (2005): “Punto de vista interno y externo sobre la traducción: ¿Podemos decir algo nuevo desde la traductología contemporánea?”, en *Meta: Translator's Journal*, vol. 50, n°4.

GUERRERO ROJAS, G. (2004): “Idiolecto y Traducción”, en *UMBRAL, Revista de Educación, Cultura y Sociedad*, Año IV, nº7.

LAVINIO, C. (1992): “Stilistica e Cultura”, en C. Lavinio (ed.), *Lingua e Cultura nell'insegnamento linguistico*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, p. 115 – 127.

LUNA ALONSO, A. (2001): “Aspectos culturales y traducción. La tradición literaria”, en *Écrire, traduire et représenter la fête*, València, Universitat de València.

LUQUE DURÁN, J.d.D. (2007): “La codificación de la información lingüístico – cultural en los diccionarios (inter)culturales”, en Luque Duran y Pamies Bertran (eds.): *Interculturalidad y Lenguaje I. El significado como corolario cultural*, Granada: Método, p. 329 – 374.

LUQUE NADAL, L. (2009): “Los culturemas: ¿unidades lingüísticas, ideológicas o culturales?”, en *Language Design 11*, ELIES (Estudios de Lingüística del Español).

MARTÍNEZ GARCÍA, A. (1996): “Cultura y traducción”, en *Contrastes: Revista Interdisciplinar de Filosofía*, vol. I, Málaga, Universidad de Málaga.

MEDINA MONTERO, F. (2007): “La metáfora en el léxico futbolístico: el caso de los participantes en español, y sus posibles equivalentes en italiano”, en L. Luque Toro (ed.), *Léxico Español Actual*, Venezia, Libreria Editrice Cafoscarina, p. 197 – 239.

MIRANDA, J.A. (1992): *Usos coloquiales del español*, Salamanca, Publicaciones del colegio de España.

MOLINA, L. (2006): *El otoño del pingüino. Análisis descriptivo de la traducción de los culturemas*, Col·lecció Estudis sobre traducció, Num.13, Castelló de la Plana, Universitat Jaume.

MOUNIN, G. (1965): *Teoria e Storia della traduzione*, Torino, Einaudi Editore.

MOUNIN, G. (1975): *Guida alla linguistica*, Milano, Feltrinelli.

NIDA, E. (1975): “Theories of Translation”, en *Language, Structure and Translation*, Stanford, Stanford University Press.

NIDA, E. (1975): “Linguistics and Ethnology in Translation Problems”, en *Language, Structure and Translation*, Stanford, Stanford University Press.

NIDA, E. (1991): “Theories of Translation”, en *TTR: traduction, terminologie, redaction*, vol. 4, n°1.

SÁNCHEZ, I.S. (2000): “El lenguaje y sus interfaces: traducción y cultura”, en *Meta: Journal des traducteurs/Meta: Translators' Journal*, vol.45, n°4.

SAPIR, E. (1972): “American Journal of Sociology”, en E. Sapir (ed.), *Cultura, linguaggio e personalità – Linguistica e antropologia*, Torino, Einaudi Editore, p. 65 – 96.

SAPIR, E. (1972): “Encyclopaedia of the social sciences”, en E. Sapir (ed.), *Cultura, linguaggio e personalità – Linguistica e antropologia*, Torino, Einaudi Editore, p. 3 – 35.

SAPIR, E. (1972): “Language”, en E. Sapir (ed.), *Cultura, linguaggio e personalità – Linguistica e antropologia*, Torino, Einaudi Editore, p. 55 – 64.

VALERO-GARCÉS, C. (2000): “Translating as an Academic and Professional Activity”, en *Meta: Translators’ Journal*, vol. 45, n°2.

WIDAL, P. (1973): “Pour une physiologie du néologisme”, en *Meta: Journal des traducteurs*, vol.18, n°4.

Diccionarios:

ALMARZA ACEDO, N. (2000): *Diccionario CLAVE de uso del español actual*, Madrid, SM Diccionarios.

TAM, L. (2004): *Gran diccionario italiano – español*, Milano, Hoepli.

DRAE (2010): www.rae.es/drae, *Diccionario de la Real Academia Española*.

TRECCANI (2012): *Diccionario de la Lengua Italiana*, www.treccani.it/vocabolario.

WORDREFERENCE (2012): www.wordreference.com/es/ y www.wordreference.com/iten/

Internet:

ARMARIO: www.armario.cl/biblioteca/idiolecto.pdf

GRAN ENCICLOPEDIA DE ESPAÑA ONLINE: Universidad de Granada,
www.biblioteca.ugr.es

IGNACIO DEL VALLE: www.ignaciodelvalle.es

TRECCANI: Enciclopedia www.treccani.it